Fray Luis Córdoba
o. f. m.

★

CONFERENCIAS APOLOGETICAS SOBRE LOS DOGMAS DEL CREDO

LA CIENCIA Y LA BIBLIA

★

BUENOS AIRES
Enero de 1942

Fray Luis Córdoba
o. f. m.

★

CONFERENCIAS APOLOGETICAS SOBRE LOS DOGMAS DEL CREDO

LA CIENCIA Y LA BIBLIA

BUENOS AIRES
Enero de 1942

ARZOBISPADO DE BUENOS AIRES
SECRETARIA GENERAL
Rivadavia 437

Buenos Aires, 26 de Enero de 1942

Rdo. Padre Fr. Luis Córdoba - O. F. M.

De mi mayor consideración:

Tengo el agrado de dirigirme a Ud. para comunicarle que el Ilmo. Mons. Dr. Tomás J. Solari, Vicario General y Provisor de este Arzobispado, se ha dignado conceder con fecha 23 de Enero de 1942 la solicitada aprobación eclesiástica para publicar **"CONFERENCIAS APOLOGETICAS"**

Le ruego envíe a la brevedad posible dos ejemplares de dicha publicación a esta Secretaría, a efectos de colocarlos, debidamente clasificados, en la Biblioteca del Arzobispado.

Aprovecho esta oportunidad para presentar a Ud. los sentimientos de mi consideración más distinguida y profesarme.

S. S. S. y Capellán

MARIANO NUÑEZ MENDOZA
Secretario - Canciller

INDICE

DOS PALABRAS COMO PREFACIO

Pronunciadas estas conferencias, hace bastantes años y en diversas circunstancias, no pensábamos darlas a la publicidad, por considerarlas deficientes y sin interés para el público ilustrado; pero, cediendo a las instancias de amigos y de religiosos graves, que nos merecen respeto y estimación, nos hemos resuelto a darlas a la estampa, sin pretensiones de originalidad, ya que la doctrina en ellas expuestas ha sido muchas veces tratada, con mayor autoridad y mejor forma, por autores que se han especializado en estas materias y han volcado su ciencia y elocuencia en libros y discursos que abundan en nuestro medio y hacen poco menos que superfluo un libro más, que, seguramente, al menos en nuestro caso, nada nuevo añadirá a la doctrina que expone y defiende.

Con todo, hay una razón superior que nos ha decidido a hacer esta publicación, y es: que, en los tiempos que vivimos —tiempos de indiferencia religiosa, de lucha y de ataque constante y sistemático a nuestra sagrada religión—, cada sacerdote debe ser un apóstol, y "el apóstol —dice juiciosamente S. Buenaventura— debe vivir de Jesucristo, predicar a Jesucristo, escribir de Jesucristo y morir por Jesucristo". El escribir, pues, de Jesucristo y de su doctrina salvadora, debe ser algo así como el exponente genuino de la fe y vocación del sacerdote y de su labor espiritual en la viña del Señor. Y si en su oportunidad creímos cumplir con nuestra misión de enseñar

a las gentes, exponiendo la doctrina salvadora de Jesucristo, expresada sumariamente en los dogmas del CREDO, *no estará mal su repetición en el libro, que es como el eco prolongado, a través del tiempo y del espacio, de la predicación del Evangelio, con que Jesucristo, según frase de S. Pablo, ha querido salvar a los creyentes.*

Verdad es que, además de las conferencias doctrinales, que contiene este volumen, van también agregadas otras de carácter histórico o de circunstancias, que dan variedad a las primeras que se refieren a los dogmas; pero que, siendo del mismo autor, demuestran que las diversas circunstancias, en que ha debido actuar, le han obligado muchas veces a cambiar de tópico, por la razón de que el sacerdote es el hombre de todos y a todo lo que es recto y moralizador debe aplicar también sus actividades: Omnibus debitor sum, *como dice el Apóstol. No todos pueden hacerlo, ciertamente, con la perfección y elevación que sería de desear; pero todos podemos y debemos hacer algo, a medida de nuestra capacidad y de nuestras fuerzas.*

He ahí explicado todo el motivo y razón de ser de esta modestísima publicación, que sólo busca en ello la gloria de Dios y salvación de las almas, a la vez que pide benevolencia para su autor.

FR. LUIS CÓRDOBA
O. F. M.

CONFERENCIA APOLOGETICA SOBRE EL MISTERIO DE LA SS. TRINIDAD

Credo in unum Deum... (Símbolo de Nicea).

Señoras:

Las conferencias apologéticas científico-religiosas iniciadas con tan buenos augurios el año próximo pasado y reanudadas nuevamente con no menos halagüeñas perspectivas, han venido a remediar una necesidad, grande, imperiosa, urgente, que se venía sintiendo desde hace tiempo en el seno de nuestra culta sociedad: el estudio fundamental de nuestra religión y de nuestros dogmas. Es que hay preparación intelectual suficiente en las damas y señoritas que forman la sociedad distinguida de Catamarca. Hay, además, fe y religión profundamente arraigadas en el corazón y la conciencia de la mujer catamarqueña: pese a los entusiastas propagandistas y cultores de la escuela neutra. Sesenta años de desesperados esfuerzos no han conseguido extinguir, ni aun debilitar, en el corazón de la mujer catamarqueña, la llama celestial y potente de la fe.

Y bien; esa cultura intelectual alcanzada en el seno de nuestras escuelas y colegios, sostenida y controlada por la educación moral y religiosa recibida en nuestros templos y muy especialmente en el hogar, ha venido a formar en la conciencia sana de nuestra juventud estudiosa y, en particular, de la señorita cristiana, un poderoso interrogante, que le muestra, por un lado, los postulados de la ciencia, que le dice, con aires de suficiencia salomónica: "lo que se ve y se palpa es lo único que existe, lo demás que se dice y se afirma acerca de Dios y del

alma humana, de los premios y castigos eternos, del origen divino del universo y, en general, de todos los misterios de ultratumba, no son más que una ficción, un mito, una hipótesis, hija de la ignorancia y del fanatismo religioso, que hoy la ciencia desecha como un símbolo de atraso y de decadencia para los individuos y los pueblos . . . "

Por otra parte, allá en el silencio del hogar, entre las ternuras de familia, una madre cristiana en el éxtasis del amor, sorprendiendo en su hijo la primera sonrisa de su alma recién purificada en las aguas regeneradoras del bautismo, le muestra al Cristo y le dice con ternura inefable: "así ha amado Dios al mundo, dándonos su sangre y su vida, para asegurar en el cielo nuestro destino eterno. Dios ha formado con su omnipotencia el mundo, nos ha formado a nosotros por amor, ha puesto en nuestra frente un rayo de luz eterna y ha encendido en nuestro corazón, como una antorcha celestial, una centella de su amor infinito; nos ha dado un alma libre, inteligente, inmortal y nos ha señalado un fin glorioso, eterno y divino, cual es el de amarle y servirle en esta vida, para después gozarle eternamente en la otra . . . " Luego le muestra al Cristo llenando el mundo con la luz de su doctrina y de su moral encantadora, incitando al amor y a la virtud con el ejemplo de su vida santísima y con palmas y diademas inmortales . . .

¿A quién ha de creer el niño? ¿cómo ha de conciliar, en su inteligencia tierna, esos dos polos opuestos el joven o la señorita ilustrada en la escuela moderna? Por eso no es extraño ver a muchos niños desdeñar, desde su edad de adolescentes, el consejo y dirección de sus padres, sintiendo debilitarse cada día más en su alma el amor y respeto que debe naturalmente a los autores de su existencia: los cree sobrado ignorantes e incapaces de encaminar sus pasos por los caminos de la vida! El colegio le persuade con la voz autoritaria de una ciencia nueva, que —dicen— va a renovar el mundo; la madre le habla en nombre del amor y de la ternura . . . ¿Quién tendrá de su parte la verdad? ¿No habrá en el mundo quien nos hable con el doble lenguaje de la ciencia y del amor, y concilie y funda en un solo haz de luz esos dos rayos, al parecer, opuestos? . . .

Sí: es lo que nos proponemos en estas conferencias apologéticas, que tienen por objeto demostrar que la ciencia y la fe, lejos de destruirse y hacerse guerra —como se pretende—, se completan, se ayudan y se esclarecen mutuamente, hasta el punto de poderse sentar como un axioma el dicho sentencioso del sapientísimo Bacón: "poca ciencia aleja de la fe; mucha ciencia conduce naturalmente a Dios".

I.—Se ha dicho y repetido hasta el cansancio —y a fuerza de golpear sin tregua ha llegado a constituir algo así como un postulado inconcuso en muchos cerebros que reciben las ideas en boga sin beneficio de inventario— que la fe no sólo corta las alas a la razón, sino —lo que es más— la deprime y anula con sus dogmas absurdos y sus afirmaciones autoritarias y sin sentido. Nada más gratuito y anticientífico que semejante afirmación: es el mismo caso de aquel ignorante labriego que calificaba de absurda la ciencia de los números por la razón única de que él no la entendía. Y ¿cómo había de entenderla, si no la había estudiado nunca? Del mismo modo, ¿cómo se ha de entender la religión, si nuestra juventud ya no la estudia y sólo ha aprendido a despreciarla antes de conocer su definición? Porque la verdad es que en nuestros colegios no se la menciona, a no ser para ridiculizarla, y nuestra juventud, salvo honrosas excepciones, no tiene para ella más que un signo de desdén, cuando no de abierta hostilidad.

Pero, ¿es verdad, o es posible cuando menos, que la fe humilla la razón y destruye la ciencia? Mas ¿cómo puede destruir la verdad a la verdad? ¿Cómo pueden ser opuestos los rayos que originariamente proceden de un mismo foco? Dios es el autor de la razón, ya que ésta se define en buena filosofía: "cierta participación de la luz increada por parte de la criatura humana, que tiene por objeto el conocimiento de las cosas, sus leyes, sus fenómenos y sus causas; al paso que la fe es una luz sobrenatural (que está por encima de la potencia y el alcance de la razón humana), que tiene por autor a Dios y por objeto las verdades del orden sobrenatural". Es una luz más viva y de más alta potencia, sobreañadida a la luz de la razón, para darle mayor alcance y ponerla en contacto y comunicación directa con las verdades del mundo suprasensible, que la sola

razón no podía naturalmente conocer. La fe es, pues, a la razón humana y a la ciencia lo que el telescopio a la escasa y harto limitada potencia de la vista humana.

Y si esto cabe decirse en el orden de las ideas y *a priori*, llega a convertirse en evidencia ante el testimonio irrecusable de los hechos. Hace veinte siglos que la fe viene iluminando el mundo y ensanchando los horizontes de la ciencia con su luz esplendorosa y meridiana; y a medida que más se acercan los pueblos a la fe, mayor civilización alcanzan, y el genio se ilumina con nuevos fulgores y se corona con las conquistas más sorprendentes como jamás habían soñado los siglos. Y si fuéramos a hacer un recuento de los grandes genios que ha tenido el mundo, nos encontraríamos con que, fuera de contadas excepciones, solo en el seno del cristianismo han florecido y brillado los genios, y entre éstos, son los mayores y más grandes precisamente los que mejor han bañado su frente en la luz resplandeciente de los dogmas revelados . . .

Pero esta consideración nos apartaría demasiado del objeto principal de nuestra disertación. Dejémosla para otro día y volvamos nuestra vista al primero de los dogmas de nuestro *CREDO: Credo in unum Deum, Patrem omnipotentem . . . et in Jesum Christum Filium ejus . . . et in Spiritum Sanctum qui ex Patre Filioque procedit*

En las conferencias del año pasado, el ilustrado conferencista nos ha hecho ver a Dios en todo el universo: en el mundo físico, en el mundo orgánico y en el testimonio unánime de los pueblos. Y en todas partes, lo mismo en lo pequeño como en lo grande, hemos podido contemplar escrito con caracteres indelebles el nombre de Dios, su sabiduría, su bondad y su grandeza deslumbrante. "Los cielos cantan su gloria y magnificencia y el firmamento con sus grandezas nos revela la obra maravillosa de sus manos": *Coeli enarrant gloriam Dei, et opera manuum ejus annuntiat firmamentum.* Desde el astro más encumbrado que, majestuoso, cruza los espacios, bordando con tintas de fuego el nombre de Dios, hasta el átomo microscópico que huellan nuestros pies, y desde el insecto que se arrastra por el polvo hasta el tigre formidable que sacude la selva y hace temblar los montes con sus bramidos . . . : todo, en

el vasto universo, nos va repitiendo con soberana elocuencia: *Deus, ecce Deus!* . . .

Todo esto lo hemos visto ya, y no hay para qué insistir en ello; pero demos ahora un paso más. Ese Dios, proclamado por la voz de la naturaleza y encontrado, al fin, por las ciencias físicas y naturales, no es un Dios solitario y taciturno: es una Trinidad en personas, sin dejar de ser uno en esencia; esto es: tres personas inconfundibles que coexisten en una sola idéntica substancia: *Deus, ecce Deus.*

Voy, pues, a hablaros en este día, del misterio augusto de la SS. Trinidad, como complemento necesario de las conferencias del año pasado. Lo haré con la brevedad y claridad que me sea posible.

II.—Confieso, desde luego, que el dogma católico de la SS. Trinidad es el más grande, el más profundo e insondable de los misterios. Y no es extraño, a la verdad; porque si la vida humana es ya un cúmulo de misterios para la ciencia, ¿cuál no será la vida misma e íntima del Ser supremo e infinito? Con todo, él es el foco eterno de la vida y, una vez revelado a la inteligencia humana, se convierte en el faro luminoso que ilumina y vivifica toda la creación.

Dice S. Tomás que "el misterio de la Trinidad no habría podido nunca ser descubierto por las fuerzas solas de la razón", y esa doctrina es incontestable. Mas, una vez revelado el misterio, la razón se apodera de él tan fácilmente; ve tan bien su belleza y lo encuentra tan racional —dice un autor— que llega a pensar que la razón, en un vuelo supremo y como por natural intuición, habría podido acaso adivinarlo.

Intentemos fijar los ojos de la mente por un instante en el misterio, guiados por la doble antorcha de la fe y de la ciencia teológica; y aunque en el fondo es impenetrable, tiene empero sus fases luminosas, lo bastante para hacer racional el obsequio de nuestra fe.

La existencia de Dios puede, indudablemente, ser descubierta por la luz de la razón; de hecho Dios la reveló al primer hombre en el paraíso y más tarde a los patriarcas de la antigua

ley; pero sólo Dios podía dar de sí mismo su exacta definición *Ego sum qui sum*: Yo soy el que soy: Jehová. Esta fué la revelación más grande que Dios hizo de sí mismo en la antigua ley. Y el pueblo de Israel estuvo cuatro mil años de rodillas ante este nombre adorable. Mas el misterio de la Trinidad sólo se reveló de lleno en el nuevo Testamento.

Y digo que "se reveló de lleno" en el nuevo Testamento, porque ya en el antiguo encontramos varios pasajes bíblicos que son como un esbozo del misterio y una forma más o menos velada con que Dios lo reveló a los primeros patriarcas de la antigüedad. El primero de esos pasajes es el que sirve de exordio a la creación del hombre: *Faciamus* hominem. *Hagamos* al hombre: es todo un consejo expresado en número plural: *faciamus*. "A nuestra imagen y semejanza"; es decir: en su alma, que es una y simple en su esencia, y, a la vez, consta de tres potencias, memoria, entendimiento y voluntad, y asociado, además, a la gloria misma de Dios, mediante la gracia santificante. También puede explicarse la semejanza —según la frase de Tertuliano— con relación a Jesucristo revestido de nuestra naturaleza, a cuya imagen se hizo el primer hombre, como una preparación y un tendido puente para llegar a Jesucristo: *Dum homo eformabatur, Christus cogitabatur, homo futurus.*

El segundo pasaje, más preciso todavía, y que viene a confirmarnos más en la hipótesis de la revelación primera, hecha por Dios a los primitivos patriarcas, y que de hecho ellos la entendieron, es la visita de tres personajes misteriosos a Abraham, de quien dice la Escritura: *TRES vidit, et UNUM adoravit* Vió *tres*, y adoró a *uno*... Es, pues, indudable que Abraham tuvo una revelación clara y distinta del misterio augusto de la Trinidad de Dios, como *padre de los creyentes*, según el calificativo inspirado de los libros santos.

Que Adán tuvo una revelación explícita de dicho misterio, aunque la Escritura no lo dice, no podemos dudarlo; porque, de otra manera, apenas se explican las tradiciones antiguas, esparcidas por casi todos los pueblos de la tierra sobre este dogma tan profundo.

VESTIGIOS DEL MISTERIO EN LAS RELIGIONES ANTIGUAS

III.—En efecto: casi todos los pueblos de la antigüedad pagana conservaron, como un emblema sagrado, el número *tres* aplicado al Ser Supremo, en sus religiones y teogonías. ¿Qué significa, si no, aquel famoso oráculo de Serapis en el antiguo Egipto?: "Primeramente Dios, después el Verbo y luego el Espíritu: tres dioses engendrados juntamente y fundiéndose en uno solo".

En la India, aquel *Frabat*, con que se designa a Dios y que significa en antiguo sanscripto: tres que solo hacen uno.

Todavía mejor lo encontramos en el Tibet, en donde se da a la Divinidad el nombre de: Koncikocich, Dios uno, y también: Koncioksun, Dios tres. Y en sus cultos de adoración dirigidos al Ser Supremo, se sirven de una especie de rosario sobre el cual van repitiendo estas palabras misteriosas, que son sagradas para ellos: *Om, Ha, Hum.* Palabras que significan literalmente: *Om* inteligencia o brazo, es decir, poder; *Ha*, la palabra; y *Hum*, el corazón o el amor. Y todas tres significan *Dios.*

En el Lao-tseu, que es el libro sagrado de los chinos, se encuentran igualmente parecidas y casi idénticas expresiones. Hay allí un pasaje muy significativo, que dice: "Se sabe generalmente que *tres* son tres: pero no se sabe que tres son uno: este es un misterio de los dioses".

En otra parte dice: "Las divinas generaciones comienzan por la primera persona; esta primera, *considerándose a sí misma*, engendra la segunda; y la primera y la segunda, *amándose mutuamente*, respiran la tercera. Estas tres personas lo han sacado todo de la nada" . . . Cualquiera creería que se halla en pleno cristianismo, leyendo un trozo del Evangelio o alguna de las epístolas de S. Pablo; y sin embargo, este libro le lleva una delantera de mil y tantos años al Evangelio; habiendo sido escrito, además, en un pueblo completamente aislado del mundo, separado de la humanidad restante, por su religión, sus modalidades y sus leyes, por desiertos y montañas inaccesibles

y hasta por una muralla impenetrable, que lo ha tenido por espacio de cuarenta siglos, estacionario y como momificado en los hábitos y costumbres de su primitiva ignorancia, con un atraso de dos mil años, por lo menos, en la carrera avanzada de la civilización y cultura de los pueblos. ¿De dónde habría sacado esa doctrina tan peregrina, tan sublime y tan profunda, sobre el misterio más grande e incomprensible en nuestra fe?... No cabe dudarlo: son fragmentos y como luminosos rayos desprendidos de la revelación primitiva, hecha por Dios a los primeros patriarcas de la alianza antigua, en una época anterior a la dispersión de los pueblos por las diversas zonas del mundo. Y por eso precisamente, los pueblos más religiosos, de hábitos y costumbres más sencillas, como la India y la China, pudieron con mayor facilidad conservar fórmulas más aproximadas, restos menos desfigurados, de las primitivas tradiciones religiosas del mundo.

En esa fuente sagrada de las tradiciones religiosas de los pueblos bebieron, sin duda, su ciencia los filósofos antiguos, cuando nos hablan del número *tres* como de algo sagrado, que forma parte de la esencia o de los atributos de la Divinidad. Aristóteles en su Metafísica trae este pasaje por demás notable: "¿Qué piensa Dios? Se piensa a sí mismo. Su pensamiento es pensamiento de pensamiento. Dios es el principio, el primer motor. Mueve como amor y se completa en un *trío* perfectísimo y eterno". Y volviendo luego la vista sobre la naturaleza, encuentra el número tres en las leyes eternas que rigen a los seres y concluye diciendo: "Hallando, pues, este número sirviendo de base en todas las leyes, podemos con razón aplicarlo a la naturaleza de los dioses".

Podría continuar con las citas de los autores antiguos, pues las encontramos abundantes lo mismo en los filósofos paganos como en las religiones de los pueblos que precedieron al cristianismo. ¿Se dirá tal vez que el Evangelio tomó esas naciones de otros pueblos o de autores que le precedieron? Ciertamente, no han faltado sectarios que han pretendido tildar de plagio la doctrina sublime del cristianismo sobre éste como sobre varios otros puntos de doctrina. Pero queda demostrado hasta la evidencia, mediante los estudios profundísimos hechos por los modernos sabios acerca de las religiones comparadas

que, lejos de haber copiado el cristianismo a otras religiones o filosofías antiguas, es tan grande su diferencia y tan profunda su ventaja sobre las otras, cualesquiera que ellas sean, que sólo se da un remotísimo parecido en alguno que otro punto de doctrina, muy explicable, ciertamente, mediante el hecho histórico, comprobado por la crítica moderna, con la ayuda de antiguas inscripciones, leyendas y monumentos, de la revelación primitiva y la unidad de la especie humana, que llevó a todas partes algunos girones de la verdad enseñada por Dios mismo en la cuna del mundo. De esas tradiciones primitivas del género humano, desfiguradas luego por las pasiones de los hombres, por las costumbres de los pueblos, por la natural propensión a la idolatría y relajación de costumbres y por falta, sobre todo, de una autoridad encargada de su custodia fiel y de su interpretación auténtica, procedieron esos relámpagos del genio y esos pálidos vestigios esparcidos por los diversos pueblos de la tierra, cual cenizas esparcidas por el viento a lo largo del desierto, como testimonio de un incendio verificado con anterioridad de un siglo.

IV.—Pero no sólo en las tradiciones de los pueblos y en las intuiciones de los grandes genios debemos buscar los vestigios de este misterio, que pretende la moderna incredulidad presentar como un absurdo inventado por el misticismo de los católicos para explotar la sencilla credulidad de los fieles, en siglos de inferior intelectualidad al nuestro, pues, si tal es la naturaleza de Dios, como sostenemos los católicos y creo poderlo probar suficientemente ante vosotros, debe encontrarse por doquiera como el sello de su acción, como la marca viva de sus obras. ¿Acaso el genio, los grandes hombres, no dejan estampado en sus obras maestras, el sello de su grandeza y de su acción? Y los más grandes genios son precisamente, los que mejor suelen dejar grabada y como trasladada su alma entera en sus obras y sus lienzos inmortales! Demos, pues, una mirada a las obras de Dios. He ahí el universo, el *unum-versus* que llamaron los filósofos antiguos: es la variedad en la unidad, y esa variedad se resuelve siempre en un admirable e invariable *trío* o número ternario, que brilla en toda la naturaleza, como la ley principal y fundamental de la belleza incomparable de la creación. Ved el espacio, el gran continente de la creación

visible, la obra más grande de Dios por su inmensidad: ¿cuáles son sus componentes esenciales, en medio de su simplicidad intangible? Tres leyes fundamentales que son la base de la geometría: longitud, latitud y profundidad. Después del espacio, considerad el tiempo, ¿qué cosa más simple y fugitiva, y cuya realidad apenas aparece a nuestros ojos como un punto matemático? También consta de tres componentes esenciales: pasado, presente y porvenir; ayer, hoy, mañana, como si fueran tres compases de un mismo tono. Y sobre estas dos líneas entrecruzadas del tiempo y del espacio, puso Dios el mundo. ¿Bajo qué plan? el mismo: la unidad en la trinidad. Un conjunto grandioso de seres, divididos en tres grandes órdenes: el espíritu puro, la materia pura y el compuesto de espíritu y materia. Tómese cualquiera de esos seres que llevan en su misma esencia el sello visible del Creador; córtense, divídanse en mil pedazos, si se quiere. No se los privará nunca de su admirable unidad, y en esa unidad, de sus tres necesarias y esenciales dimensiones: longitud, latitud y profundidad. Es su carácter inadmisible, la marca de fábrica, como si dijéramos: unidad en la trinidad, y trinidad en la unidad. Hasta el punto geométrico. como la línea, no los concibe la mente sin ese carácter. ¿Y qué diremos del triángulo, adoptado instintivamente por todos los pueblos de la tierra como el emblema más completo y expresivo de la divinidad? Unidad en la trinidad de sus ángulos, y trinidad en la perfecta unidad de su figura. Y el círculo ¿de qué elementos esenciales se compone? De tres igualmente: centro, circunferencia y radio. Y así, en las ciencias abstractas, en la geometría, en la trigonometría, no se trabaja sino sobre figuras: el punto, la línea, el triángulo, el círculo, la esfera, en todos los cuales siempre brilla la unidad en la trinidad y la trinidad en la más perfecta unidad.

La misma ley, eterna, universal, de la unidad en la trinidad y de la trinidad en la unidad, se descubre todavía en forma más brillante en las ciencias físicas. La ley de gravitación universal que rige el mundo físico tiene una triple manifestación: la electricidad, la luz y el calórico: imagen espléndida y brillante de la trinidad celeste: el Poder, la Inteligencia y el Amor. Y es tal la distinción de esas fuerzas que, a pesar de su unidad admirable, se las puede obtener separadamente;

a saber: un rayo de fuerza química sin luz ni calor, un rayo de calor sin acción química ni luz, un rayo de luz sin calor ni acción. De suerte que la física está proclamando en todas sus leyes, ese poder misterioso y divino que baña a todos los seres: unidad en la trinidad y trinidad en la unidad.

Otro tanto acontece en la química, en la astronomía y hasta en la biología, que, según la bella expresión de Bichat, está asentada admirablemente sobre la base de tres órganos principales, que llama el trípode de la vida: el estómago, el cerebro y el corazón.

V.—No me detengo en la contemplación de las leyes con que se rigen cada una de esas ciencias, por no hacer demasiado prolijo y largo este compendioso discurso; quiero llamar vuestra atención sobre una ciencia más elevada, subiendo con vosotros, por la escala ascendente de los seres, hasta las esencias mismas de los espíritus en la región luminosa de la ontología, que es el punto culminante en donde irradia con más vívidos destellos la imagen deslumbrante de la Divinidad. Y con razón; pues si en toda la creación encontramos como un vestigio de la divina esencia, por ser nada más que la obra de Dios, ¿con cuánta mayor razón y con que perfección más acabada y sublime, no se encontrará su imagen resplandeciente en "su obra maestra", en el hombre, sobre todo, de quien dijo expresamente, con una solemnidad hasta entonces desconocida, el Criador: "Hagamos al hombre *a nuestra imagen y semejanza*"? En el hombre, pues, es en donde debemos buscar preferentemente la imagen de la Trinidad del cielo. Oigamos a Bossuet: "la imagen de la Trinidad —dice— brilla de magnífica manera en la criatura racional. A semejanza del Padre tiene el ser; a semejanza del Hijo, tiene la inteligencia; a semejanza del Espíritu Santo, tiene el amor. A semejanza del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, tiene, en su ser, en su inteligencia y en su amor, la misma felicidad y la misma vida".

También como Dios, el hombre es una inteligencia cuyo acto esencial es la idea, que es propiamente su verbo intelectual, en que se reflejan de modo admirable las esencias de las cosas; pero no es solamente inteligencia y verbo, es también un amor. Y es tal el poder de la idea, de ese verbo intelectual del

hombre, que, a pesar de su pequeñez, puede, mejor que la palanca de Arquímedes, gobernar y dar vuelta triunfalmente al mundo. Es cierto que no todas las ideas tienen ese poder asombroso: pero cuando ella se enciende, como el rayo, sobre las alturas de un gran genio, sabe introducirse, como una cuña gigantesca, en las leyes del mundo físico o en los destinos de la humanidad, que obra realmente una revolución completa en la marcha evolutiva de los acontecimientos humanos, como ha ocurrido con las maravillosas invenciones de la imprenta, de la electricidad y del vapor.

Y si tanto puede el hombre con la fuerza prodigiosa de la idea, mucho mayor y más grande es su poder cuando tiene por motor impulsivo de sus actos, el dinamismo incontrastable de su voluntad. Obras grandes se deben en el mundo al genio; pero mucho mayores son, sin duda, las que han brotado al impulso del amor. Las revoluciones sociales, las grandes conquistas que han cambiado la faz del mundo, las dinastías que caen y los imperios que se levantan: todo ello, más que obra de las ideas, son efecto de esa fuerza avasalladora que reside en la voluntad humana, como testimonio el más elocuente de su origen divino, y que es el verdadero dinamismo del mundo moral, cuyas explosiones dominan los siglos y tienen resonancia decisiva sobre los destinos inmortales de la humanidad. Porque si las ideas gobiernan el mundo —como se ha dicho—, la voluntad gobierna realmente el mundo de las ideas . . . ¡Oh hombre, grande eres, cuando te paseas como rey del mundo, sobre tu encendida locomotora! Yo admiro el poder, la majestad y la fuerza de tus inmensas palancas movidas por el vapor; pero comprendo que eres más grande aún, cuando, consciente de tu grandeza y de tus destinos, te asocias al plan divino y trazas con el compás de tu libre voluntad la trayectoria luminosa de tu engrandecimiento moral y sobrehumano! . . .

Tal es, en pálido esbozo, la imagen viviente de la Trinidad de Dios, que resplandece, con su triple manifestación de obra y unidad de principio, en este admirable rey del mundo, que se llama *hombre*. Pero no hemos terminado aun: ved sus actos esenciales — manifestación natural y espontánea de su actividad. Habla. ¿De qué elementos consta su lenguaje, su

síntaxis universal y eterna? De tres palabras: yo, tú, él. De tres términos: el substantivo, el verbo y el adjetivo.

Juzga, razona, discurre. ¿De qué consta su lógica, también universal y eterna? De tres proposiciones, que solo forman una: la mayor, la menor y la conclusión: *Terminus esto triplex.*

Canta. ¿En qué consiste su gama eterna, a pesar de las mil variantes de su admirable polifonía? En tres notas fundamentales: la primera, la tercera y la quinta.

Traslada al lienzo las grandes impresiones de su alma, por medio de la pintura. ¿Qué colores reflejan su pensamiento incoloro, sus afecciones impalpables? Existen siete en el arco iris; pero todos ellos, así como la variedad infinita de matices que nos presenta, en su rica y admirable floración, el mundo vegetal, se reducen a solo tres principales como la gama: el primero, el tercero y el quinto, que engendran por combinación todos los demás.

El hogar doméseico, fuente generadora de la vida humana y fundamento básico del orden social, consta también de tres elementos esenciales: el padre, la madre y el hijo. El orden social, a su vez, de jefe, ministro y súbdito. Podríamos así continuar hasta el infinito; porque la trinidad es la última palabra del orden metafísico, material, moral y social; es la ley universal de los seres animados e inanimados, es el sello eterno de Dios, estampado con caracteres indelebles en todo el universo. Pero ¿a qué continuar? Ya lo habéis comprendido lo bastante en los ejemplos enumerados. Demos otro paso más, y procuremos contemplar por un instante el foco mismo de la luz increada, a través de la penumbra luminosa que nos ofrece la fe, ilustrada con el auxilio de la ciencia teológica.

VI.—Y bien; todos esos vestigios esparcidos por el mundo, en la naturaleza, en las tradiciones mutiladas de los pueblos, en los relámpagos del genio de los filósofos antiguos y aun en los ritos, símbolos y figuras de la ley mosaica, se esclarecen, se iluminan y llegan a alcanzar una claridad deslumbrante con la revelación esplendorosa del Evangelio. Allí es donde se nos revela por entero el misterio augusto de la SS. Trinidad,

al menos en sus términos precisos y necesarios, aunque en el fondo permanece y permanecerá siempre un misterio profundo e insondable. Son diversos y sobrado explícitos y luminosos los pasajes evangélicos, en que el mismo Jesucristo nos revela con precisión y claridad meridiana la Trinidad de personas en Dios. Por doquiera y a cada paso habla de su Padre, al cual nos enseña a invocar con el dulce nombre de "Padre nuestro". En otra parte dice: "Mi Padre y Yo somos una misma cosa". Habla igualmente del Espíritu Santo: "El Espíritu Consolador, que os enviará mi Padre, os enseñará estas cosas". Habla del Padre y del Espíritu Santo a la vez, y aun del Hijo, que es El mismo, cuando dice: "Si alguno me ama, será amado de mi Padre y del Espíritu Santo y vendremos a él y fijaremos en él nuestra morada" . . . Y más claro todavía cuando manda a sus apóstoles por el mundo a predicar el Evangelio y bautizar a las gentes: 'bautizadlos a todos en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo".

Notad estas últimas palabras destinadas a realizar, por medio del bautismo, la redención individual de la humanidad. Para crear al hombre allá en el principio, la Trinidad se reúne en consejo: *Faciamus hominem;* y para redimirle y verificar su regeneración espiritual, su renacimiento a la gracia, vuelven a reunirse en consejo, por decirlo así, las tres personas de la SSma. Trinidad: "Bautizadlos en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo" . . . Y como completando ese grandioso y divino pensamiento, la Iglesia católica, inspirada por Dios mismo, con una solemnidad que raya en lo sublimemente tierno, pone en los labios del sacerdote, estas palabras que pronuncia sobre el lecho de los agonizantes, como para darles su solemne despedida: "Sal, oh alma cristiana, de este mundo, en nombre de Dios Padre que te crió, en nombre de Dios Hijo que te redimió con su sangre, en nombre de Dios Espíritu Santo que te santificó. La dulce Trinidad del cielo envíe sus santos ángeles a recibirte . . . "

En fin, S. Juan, el discípulo amado, que tuvo más que ninguno la clara intuición de la divinidad, nos dice, con toda claridad y en forma categórica, que son *tres* las personas divinas: el Padre. el Verbo y el Espíritu Santo: *Tres sunt qui*

testimonium dant in coelo: Pater, Verbum et Spiritus Santus. Y que esas tres personas no hacen más que un solo Dios: *Et hi tres unum sunt . . .*

Conforme con esa doctrina, la Iglesia, fiel depositaria de todas las verdades del Evangelio, tiene y conserva como el primero y principal de los dogmas de nuestra fe, el misterio altísimo de la Ssma. Trinidad. Y el Concilio de Trento anatematiza, esto es, declara hereje y excomulgado al que niega o adultera los términos de este dogma.

Ahora, apoyados en la verdad revelada y siguiendo la doctrina de los Doctores y grandes teólogos de la Iglesia, procuremos ensayar un ligerq razonamiento teológico sobre el misterio.

VII.—Desde luego, Dios es una inteligencia, inteligencia perfectísima, infinita y eterna: el eterno y soberano Entendimiento, como le llaman justamente los teólogos. Ahora bien, la perfección esencial de todo entendimiento, y aun de todo ser, es la acción, el acto intelectual; y siendo el entendimiento eterno, la acción o sea el acto intelectual será también eterno, coetáneo con el mismo eterno Entendimiento. Luego si Dice es eterno y perfectísimo entendimiento, desde *ab aeterno* ha de estar necesariamente en acto. Por eso se dice, y con razón, que en Dios no hay propiamente potencia, porque es el acto purísimo y eterno. Ahora bien; cuando se está en acto, se obra algo, y el acto propio y natural del Entendimiento infinito ha de ser necesariamente un pensamiento también infinito, un Verbo infinito como Dios mismo. Y como el verbo no es otra cosa que el fiel reflejo de la idea pensando lo infinito, no podía pensarse más que a sí mismo, que es como formarse la conciencia refleja de su ser y de su existencia, su verbo natural y eterno ha de ser necesariamente el reflejo mismo de su substancia: Dios mismo, en una palabra. Luego, su pensamiento es pensamiento substancial y perfectísimo, y como la mayor perfección del ser es la persona, el pensamiento o Verbo eterno de Dios es necesariamente una persona, y persona infinita: Dios mismo reflejado substancialmente y formando con El una misma esencia. Luego, contemplándose Dios en sus infinitas perfecciones, no puede menos que amarse necesaria e infinita-

mente. Este acto eterno e infinito de su voluntad, que radica en el Padre y se reproduce en el Hijo, constituye una tercera persona, eterna, infinita y perfectísima, que es lo que llamamos Espíritu Santo: Dios como el Padre y el Hijo de quienes procede. Tres personas distintas, subsistentes en una misma e idéntica substancia. Tal es el misterio augusto de la Sma. Trinidad, cual lo enseña la fe y lo vislumbra la razón, y del cual al presente sólo podemos difícilmente enunciar sus términos y balbucear pálidas imágenes, pero que en el cielo la contemplaremos —como dice S. Pablo— en su misma divina esencia, si bien jamás la acabaremos de comprender, por ser infinita en profundidad y grandeza.

Podríamos extendernos más en la consideración de los luminosos contornos que rodean este profundísimo misterio; pero creo que basta con lo dicho para probar, cuando menos, que, lejos de ser contrario a la razón y a la naturaleza del hombre, tiene raíces profundas en todo el universo y, una vez revelado a la razón humana, ésta lo encuentra tan racional, tan luminoso, que le sirve de clave maravillosa para descifrar y comprender muchísimas verdades naturales, que, de otra manera, permanecerían ocultas e indescifrables a la ciencia.

VIII.—Antes de concluir quiero, sin embargo, presentaros la solución de una dificultad, al parecer, científica, que suele oponerse a la distinción real de las personas en la Trinidad Divina. El argumento-Aquiles, a que me refiero, es éste: Es un axioma que dos cosas idénticas a una tercera, son idénticas entre sí. Ahora bien, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo se identifican con la esencia divina en Dios. Luego se identifican entre sí; luego no hay ni puede haber en Dios la tal distinción y pluralidad de personas, que, de existir, vendrían a destruir por su base la misma esencia divina. De aquí deducen este corolario, de que los católicos sostenemos un absurdo al confesar en Dios la unidad de esencia junto con la trinidad de personas. Luego —dicen— si la primera y principal de las verdades sostenidas como tales por la fe del catolicismo, es un absurdo, todo el Catolicismo tiene que ser necesariamente absurdo; pues, siendo el fundamento falso, tiene forzosamente que venir al suelo todo el edificio.

Como veis, es un golpe formidable, asestado al corazón mismo de nuestra fe. Y os confieso, francamente, que el corolario que de ese argumento se deduce, por duro y atrevido que nos parezca, es lógico, y caso de ser legítimo y verdadero el argumento, la conclusión o corolario se desprende en forma necesaria y contundente.

Felizmente, no es difícil descubrir el vicio de que adolece, en su trabazón lógica, todo el argumento fundado en aquel axioma: dos cosas idénticas a una tercera, son idénticas entre sí. ¿Diremos que es falso? No, porque los axiomas no pueden negarse racionalmente. Se trata de un sofisma únicamente, que, como todos los de su especie, tiene aparentemente su base científica: el axioma; pero, mediante la tergiversación de los conceptos, deduce una consecuencia falsa, y que, naturalmente, no se desprende de las premisas.

Hay, efectivamente, aquí una confusión de términos: la esencia divina, que es común a las tres personas, y la distinción de relación, que es propia de cada persona. Quiero decir que, de que las tres personas de la Ssma. Trinidad se identifiquen con la esencia divina, se pretende deducir que también han de identificarse en el concepto de relación. La conclusión, como se ve, es más extensa que las premisas, lo cual constituye una flagrante violación de las leyes de la lógica. La conclusión legítima, natural y lógica debiera ser ésta: luego el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo se identifican en la esencia y no forman sino un Dios. Y precisamente eso, y no otra cosa, es lo que enseña la fe.

Un ejemplo tomado de la misma ciencia de los números, como el argumento en cuestión, hará más tangible la falsedad del sofisma. Tomemos estas dos ecuaciones: $2 + 3 = 5$ y $7 - 2 = 5$, y digamos: Dos cosas idénticas a una tercera, son idénticas entre sí. Aquí 5 es el tercero ,igual a $2 + 3$ y a $7 - 2$; y con todo, ¿en dónde está la identidad de estas dos ecuaciones, si los números permanecen distintos. inconfundibles, y la una ecuación se ha verificado por vía de suma, mientras que la otra se ha producido por resta? . . . Ved cómo falla el principio, por su mala aplicación.

Con otro ejemplo se verá más claro todavía. Dos cosas que se identifican con una tercera, se identifican entre sí. Es así que Pedro y Juan se identifican en su ser natural de hombre, puesto que cada uno es hombre en su género. Luego Pedro y Juan se identifican entre sí, y no forman, por consiguiente, más que una misma e idéntica persona. ¿Qué os parece? ¡Sofisma!, idéntico al anterior. A esto se contesta con un "distingo" de sencillez casi vulgar. Pedro y Juan son iguales entre sí, *en su naturaleza de hombre,* concedo; *en su personalidad e individualismo,* niego! . . .

Queda, pues, contestado el argumento, y con esto asentada la doctrina de la augusta Trinidad de Dios, y sobre ella, como sobre fundamento indestructible, el edificio grandioso y sobrehumano de nuestra fe, erguido sobre los sofismas y las pasiones de los hombres, como una roca inconmovible en medio de los mares. azotada sin cesar por las olas y las espumas.

LA CREACION

In principio creavit Deus coelum et terram. (Gen. I, 1).

Credo in Deum . . . Creatorem coeli et terrae. (Symb. Apost.).

El segundo de los artículos de nuestro CREDO católico establece categóricamente la creación del universo por la virtud omnipotente de Dios. En las anteriores conferencias, tratamos de probar, y creo que lo conseguimos, la existencia de Dios, mediante la contemplación de la naturaleza y los fenómenos de la vida, esclarecidos por los últimos descubrimientos de la ciencia. En seguida hemos estudiado, ante la doble luz de la ciencia y de la fe, la naturaleza íntima de Dios, sus relaciones y atributos, y hemos concluído por asentar sobre bases sólidas e incontrovertibles, la Trinidad de personas en Dios, de conformidad con el dogma que nos enseña el magisterio infalible de la iglesia. Ahora debemos, dando un paso adelante, ocuparnos del estudio de otro misterio no menos asombroso ni menos profundo que los anteriores, y que hace sesenta siglos viene ocupando la mente de los sabios, sin llegar jamás a comprenderse y explicarse por entero: es la creación del universo, la existencia de los seres y los mundos. La contemplaremos a la doble luz de la ciencia y de la fe, procurando armonizar los principios y conclusiones de la primera con las verdades y los dogmas de la segunda, a fin de que se vea claramente que la

ciencia, a pesar de sus tan ponderados conflictos con la fe, nos lleva naturalmente a ella, como los ríos todos llevan a la mar sus ondas y sus aguas.

I

La creación, a la verdad, es todo un misterio que solo se explica por la virtud omnipotente de Dios. Por eso el símbolo apostólico, que es el compendio de los dogmas de nuestra fe, al proponerlo a la credibilidad humana, como tratando de disponer nuestro espíritu a recibirlo, lo hace preceder del dogma de la Omnipotencia de Dios —atributo propio y exclusivo de la Divinidad—, que lo hace altamente creíble a la razón humana: "Creo en Dios Padre, *Todopoderoso*, Creador del cielo y de la tierra . . ." Dos palabras o ideas que se encadenan, como la causa con el efecto, como el principio con su lógica consecuencia. Dos dogmas o verdades fundamentales que son como la llave magistral de toda ciencia, de toda historia, y hasta como los dos grandes sustentáculos de la razón y de la fe.

Y en efecto, la ciencia tiene por objeto el conocimiento y estudio de las cosas y sus causas. Mas ¿cómo principiar estudio alguno, sin dejar sentada y fuera de discusión la primera causa y la razón primera de todo lo existente? ¿Cuál es su causa y su razón de ser en el orden de la naturaleza y de la vida? ¿qué relación existe entre el mundo que contemplamos y nuestra propia inteligencia? ¿quién ha establecido esa relación necesaria de adaptabilidad y hasta de perfectabilidad, entre los principios racionales de nuestra inteligencia y los diversos seres del universo? . . . Como existen primeros principios, que están fuera de discusión en todas las ciencias, hay también, en orden a la fe, dogmas indiscutibles, que son como los primeros principios del orden sobrenatural y están fuera de toda discusión y son como los axioma en las ciencias exactas, como los criterios de verdad en todos los conocimientos humanos. Tal debiera ser para el estudio de todas las ciencias humanas, la existencia de Dios, la creación del universo por Dios mismo y otras semejantes. Desgraciadamente, no es así, y se nos exigen pruebas a los católicos, para sostener la verdad de este dogma de la creación, que debiera estar, como los axiomas, fuera de toda

discusión y duda. Trataremos de complacerlos, sin embargo.

Para el cristiano no existe, no puede existir, la duda: la fe establece, en forma dogmática y categórica, la creación de los cielos y la tierra por la virtud omnipotente de Dios. Ambos testamentos se abren con ese grito de fe: "En el principio creó Dios, el cielo y la tierra": "Creo en Dios . . . Todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra" . . .

Es verdad que hay en esto un misterio y que, si sabemos enunciarlo, nadie es capaz de comprender toda la grandeza y sublimidad que encierra el acto creador. Pero, por lo menos, comprendemos que no existe repugnancia ni contradicción entre los términos: Dios y creación. Porque, si existe un abismo infinito entre el no ser y la existencia, con poner de por medio la Omnipotencia infinita de Dios, no hay abismo que no se llene ni dificultad que no se salve.

El concepto de Dios envuelve en sí mismo los atributos de poder infinito, de sabiduría infinita, de bondad. de justicia y de amor infinitos; atributos todos que brillan con magnificencia soberana, en la obra grandiosa, imponente, deslumbradora, de la creación. Y la razón, aunque no comprenda, en toda su extensión, la admirable proporción y relación que existe entre ese Dios Omnipotente y la imponente majestad de la obra incomparable del universo ,entrevé, sin embargo, la necesidad de admitir una causa de proporciones y virtudes infinitas, para explicar de algún modo la existencia, la conservación y los innumerables fenómenos del orden creado, que, de otro modo, permanece un misterio indescifrable, una quimera la más absurda y contradictoria, que, a pesar de todo, revela una inteligencia soberana, un poder infinito y una grandeza y magnificencia, que nos deslumbra y nos subyuga.

II

Si no se quiere aceptar el dogma, el cual, aunque obscuro en sí mismo, ofrece aspectos luminosos, llenos de belleza y majestad incomparables, y el único que explica la razón de ser, los fenómenos y las leyes del universo, hay que aceptar

necesariamente uno de los dos abismos a que nos conduce la filosofía atea. En efecto, la ciencia moderna, que todo quiere explicarlo *humanamente*, con absoluta prescindencia de la intervención divina en el universo, después de rechazar el dogma revelado de la creación, y queriendo dar una explicación *científica*, a su modo, de la existencia y fenómenos de la naturaleza, ha inventado dos grandes sistemas, a cuál más quiméricos y absurdos; y por no aceptar un dogma incomprensible, que tiene en su favor el testimonio y la autoridad de Dios mismo, obligan a la razón a aceptar como axiomas evidentes, las contradicciones y ridiculezas más monstruosas. Esos sistemas son: el *materialismo* y el *panteísmo*. El primero establece *ex cátedra* la eternidad de la materia; toma un poco de polvo y dice, con un aplomo y solemnidad que deja chiquitos a los Concilios ecuménicos de Roma: "la *materia, los átomos*: he ahí el origen de todo; todo procede de allí, mediante asociaciones de átomos y combinaciones químicas, merced a transformaciones realizadas al acaso, sin ley intencional preexistente y sin plan alguno preconcebido, y cuya gestación incalculable tiene su apoyo en los siglos prehistóricos, que ningún ser viviente puede testificar, ninguna ciencia demostrar . ." *Eternidad de la materia, acaso, transformaciones a piacere, asociaciones químicas indemostrables*: he aquí el símblo domgático de esa ciencia, que pretende suprimir los dogmas revelados por *incomprensibles*, y no tiene reparo en sustituirlos con semejantes utopías, tan quiméricas como ridículas. ¡Cuántos absurdos, por no aceptar una palabra revelada, que cmprueba la historia y apoya la verdadera ciencia!

Y lo más asombroso, si cabe, es que vienen invocando la ciencia, con un desenfado que raya en la jactancia, en su afán de negar la fe y aparecer originales y científicos . . . Pero es que no es original y científico quien quiere serlo, sino el que, a fuerza de estudio y de inteligencia, sabe levantarse a las verdaderas causas de las cosas y explicar, conforme a verdad y ciencia, sus fenómenos y sus leyes . . ¡Dicen que la ciencia ha demostrado la eternidad de la materia y la progresiva y ciega combinación de los átomos, hasta llegar, por evoluciones fortuitas, al fenómeno grandioso y sorprendente de

la vida! ¿Sí? ¿Cuándo, en qué ciudad y de qué manera ha ocurrido tal maravilla? ¿Quién es y cómo se llama el afortunado mortal que ha resuelto la cuadratura de ese círculo, vale decir, la eternidad de lo que no puede ser eterno, o una criatura que no es creada?. ¿Querría decírsenos por qué raro e inexplicable procedimiento, esos entusiastas panegiristas del materialismo ciego, al exponer en los libros su sistema, se olvidaron u omitieron de propósito las razones científicas del sistema?... ¡Allí, a la verdad, todo es fortuito y se verifica al *acaso*, incluso la lógica del sistema, que es realmente una fatalidad!...

¡Mentira! La ciencia no demuestra, ni demostrará jamás, que el universo procede de un poco de polvo ciego e inanimado, que absurdamente se supone eterno. Lejos de eso, la ciencia, la verdadera ciencia, tiene demostrado y establecido, como un axioma, que la materia no puede ser eterna, que el *acaso* no existe más que en la ignorancia de los hombres y que esa fuerza ciega, que se supone y no se prueba nunca, es radicalmente incapaz de establecer esas leyes sapientísimas, que rigen al mundo, mucho menos de crear y comunicar la vida a lo inexistente.

Pero concedamos por un instante que la materia sea realmente eterna: la *inercia*, primero y esencial atributo de la misma, destruye el sistema por su base. Pues si se la supone en reposo, como debemos suponerla, ahí se quedará inmóvil por toda la eternidad. Si en movimiento, debemos admitir forzosamente un motor exterior y extraño a la materia, que será, en realidad, el principio de causalidad. Volvemos, pues, arrastrados por la fuerza de la lógica, a Dios y a la creación, con una belleza menos y un absurdo más, y luego, toda esa cadena de absurdos que se eslabonan y encadenan en monstruosa deformidad. Como veis, el sistema no resiste el examen de la razón y de la lógica.

Por otra parte, una vez admitido el materialismo, ¿en dónde hallaremos las bases del derecho y de la moral? ¿Acaso puede darse moralidad en la materia? Suprimid a Dios; ¿qué queda? Únicamente la ley odiosa y aplastadora del más fuerte. Y en ese caso, ¿qué sería de los individuos? ¿Qué suerte se

depara a los pueblos? El hombre, sin conciencia, sin destino y sin ideales; los pueblos, sin más instinto que el de conservación, en lucha perpetua por disputarse el vil plato de lentejas y la satisfacción de los apetitos más brutales, devorándose sin cesar los unos a los otros Tendríamos, en fin, como el estado ordinario y legítimo de la humanidad, el odioso espectáculo de esos inmensos ejércitos, sin piedad y sin responsabilidad, sedientos de sangre y de despojos, provistos de máquinas infernales, anexionarse brutalmente provincias y naciones enteras, que los detestan, y que, después de pasar a sangre y fuego pueblos y comarcas florecientes, con el tacón de sus botas escriben sobre los campos y ciudades devastadas, como lo hemos visto en la desolada y moribunda Europa, en pleno siglo XX: "¡la fuerza es el único derecho de los pueblos! "

¡A eso conduce fatalmente el materialismo de la ciencia y la civilización sin Dios!

III

El segundo sistema que se ha escogitado para explicar el universo sin la intervención de Dios, o más bien, para expulsar a Dios del universo, es el *panteísmo.* El primero nace de la abyección, éste procede del orgullo. El universo —según este sistema— no es más que una emanación substancial de Dios; y el hombre, privado de individualismo real, despojado de libertad y hasta de personalidad propia, no es más que una modalidad de Dios, una imagen que flota en la mente divina y como una prolongación del mismo, y, por tanto, incorruptible y hasta impecable como Él. Y siendo así —dicen—, ¿a qué molestarse el hombre por practicar el bien y la virtud? Si soy una prolongación de Dios, todo me es lícito, todas las pasiones son legítimas y los vicios todos son santos... Robo, blasfemo, cometo las peores injusticias... ¡qué importa!... Si todas mis acciones se imputan a Dios, y si la vida del hombre, como ellos dicen, no es más que un sueño ¿quién castiga un mal sueño?

¡Oh!, no se dan errores más opuestos ni más monstruosos que el materialismo y el panteísmo: el uno es negación del otro. El materialismo mira el universo y dice: "todo es materia, materia eterna y causa única de todo cuanto axiste". El panteísmo mira el polvo de la tierra y dice: "todo es Dios". Y ambos sistemas, conducidos por la lógica misma de las cosas, se termian en el fatalismo, la abyección y la blasfemia: es el abismo adonde van a parar todos los errores, el resumidero común de todas las pasiones que degradan...

IV

Entre esos dos abismos que se abren ante la humanidad, como la boca de la antigua esfinge, para tragarse a los hombres y a los pueblos, levanta su voz la iglesia católisa y dice con imponente majestad: "Ni tan alto, ni tan bajo; ni ese honor excesivo de hacer Dios al universo, ni esa indignidad de materializarlo todo. El universo es nada más que una *criatura,* pero criatura de Dios, que lleva en su fachada misma, el sello resplandeciente del soberano Artífice, que, al comunicarle el ser y la existencia, le imprimió como un destello de su belleza eterna, incomparable".

Me preguntaréis, y con razón: ¿qué motivos impulsaron a Dios en la creación del universo? ¿Qué fin se propuso con este exterior despliegue de actividad, con este magnífico esparcimiento de bellezas, en la obra prodigiosa, incomparable, de la creación? ¿Acaso no estaba perfecto y feliz en el seno de su Trinidad augusta? ¿Faltaba algo, por ventura, a su belleza soberana? ¿Faltaba algún complemento a su eterna e infinita felicidad?..

Procuremos responder a estos interrogantes, tan legítimos como elementales. Todo ser que obra, obra por necesidad, por utilidad, o bien por amor. Por necesidad obran los seres materiales y los irracionales, como el peso que busca su centro, como la luz que irradia un cuerpo luminoso, o bien, como el animal que, en fuerza del instinto, busca el alimento y huye de las llamas que amenazan su vida. Por utilidad

obra todo ser racional que, en sus actos, busca su conveniencia, su bien particular y nada más. Ninguno de estos móviles puede atribuirse a Dios en la obra de la creación, sin menoscabo de su naturaleza y de sus infinitas perfecciones. ¿Qué necesidad tenía, en efecto, de la creación, desde que es perfectísimo en su Trinidad admirable, libre con la libertad absoluta de su ser?, o bien ¿qué utilidad y provecho podía provenirle de la creación contingente y libre de los mundos, cuando es infinitamente feliz y dichoso en los esplendores de su belleza soberana? No queda más, entonces, que decir que lo creó por el exceso infinito de su amor, que es el móvil más alto, el que impulsa a obrar a los seres inteligentes y libres. Derramarse al exterior para hacer a otros participantes de su felicidad, inclinarse hacia los pequeños para levantarlos, engrandecerlos y dignificarlos: he ahí la aureola más hermosa de la verdadera grandeza. Y he ahí también la causa verdadera y única de la creación del universo.

Pero —me diréis—: ¿qué puede amar Dis en la creación, en el hombre mismo, que, si tiene algo de bueno, de noble y de bello, lleva, en cambio, un cúmulo inmenso de miserias y de bajezas, que lo hacen hasta indigno de la vida y de la existencia? . . . ¡Oh! Dios ama en el hombre, como en todo el resto del universo, la obra de sus manos, su imagen, su semejanza; ama, sobre todo y más que todo —y ésta es la razón de ser del hombre y aun de todo el universo—, ama a Jesucristo, corona resplandeciente del universo, que es el compendio de toda la creación, la causa eficiente y el término final de todos los mundos y los seres: *Primogenitum omnis creaturæ,* le llama admirablemente el apóstol San Pablo. ¿Que Dios, ser infinito, necesita, en sus obras, una razón infinita que lo impulse? Ved ahí a Jesucristo, nudo misterioso que une admirablemente a Dios con toda la creación. ¿Que entre lo criado y lo increado, entre Dios y el universo, media un abismo infinito? Ahí está la encarnación del Hijo de Dios, salvando como tendido puente ese inconmensurable abismo, para estrechar en un solo abrazo al Criador con la obra de sus manos. De aquí que, una vez desquiciado de su centro el hombre y desviado de su fin, mediante el abuso de su libertad, pudo nuevamente volver a su centro y rehabilitarse

en orden a la consecución de su destino eterno, por medio del sacrificio expiatorio de Jesucristo, que, de Mediador y Sacerdote eterno, se convierte para la humanidad en su Víctima y Redentor.

V

Dejando, pues, expuesto y demostrado que el universo es obra de Dios, y que fué creado de la nada por un acto libre y espontáneo de su amor infinito, cabe ahora preguntar: ¿cuándo se verificó el acto divino de la creación? ¿Son coetáneos todos los seres, que pueblan el vasto universo?, ¿qué edad se atribuye al mundo?... ¿Cuándo apareció el hombre sobre la tierra? ¿Qué dice la Biblia? ¿Qué ha demostrado la ciencia?... ¿Es cierto que la revelación anda reñida siempre, y especialmente sobre este punto, con los descubrimientos y los progresos de la ciencia?... Así lo dicen y lo pregonan a todos vientos los que, a fuerza de gritar y no de razonar, pretenden sentar plaza de sabios y hacerse pasar como los voceros genuinos de la ciencia y los portaestandartes del progreso moderno. Pero los verdaderos sabios, los que han encanecido en el estudio, los que llevan en su cerebro las riquezas intelectuales de la humanidad y no son víctimas infortunadas de pasiones indignas, enseñan y demuestran todo lo contrario. Siguiendo, pues, las huellas y las enseñanzas luminosas de esos sabios de verdad, digo y afirmo categóricamente que no existe tal antagonismo entre la ciencia y la fe; y voy a probarlo.

La Biblia —¿quién no conoce la Biblia?—. Es la primera historia del mundo, cuyos títulos documentales y cuya veracidad hace cincuenta siglos que se vienen discutiendo y examinando a la luz clara de la ciencia y de la crítica, sin que hasta hoy día —y hoy menos que nunca— haya sido desautorizada ni desmentida; antes por el contrario, a medida que la ciencia avanza y se van descifrando las antiguas inscripciones de los pueblos, los obeliscos y monumentos de la antigüedad, los caracteres fonéticos y jeroglíficos del Egipto, del Turkestán, de la Persia y Babilonia, la Biblia se ilu-

mina con nuevos resplandores, y el relato de Moisés —consignado en su admirable Pentateuco— aparece a los ojos del mundo y de la ciencia, como el documento más completo y más hermoso que nos ha legado la antigüedad, como la historia más admirable y más verídica del mundo, de cuantas se han escrito en todo el universo. Cada paso que da la ciencia, cada palmo de tierra que se analiza y se examina, cada capa geológica que se clasifica y cada inscripción que se descifra, es un nuevo documento que comprueba la veracidad del relato admirable de Moisés, que, en más de una ocasión, ha hecho exclamar estupefactos a los sabios: "o el autor del Pentateuco estaba inspirado por Dios, o hay que confesar que era el hombre más sabio del mundo y de todos los siglos". Es verdad que, durante algunos siglos, la incredulidad batió palmas, creyendo haber conseguido desmentir, con sus menguados descubrimientos, la veracidad del sagrado texto y menoscabar la autoridad inconmovible de la Biblia. Pero hoy, después de los descubrimientos admirables de Buffon, Laplace, Herschell, Aragó, Kurt, Duclè y de otros sabios y naturalistas, verdaderos gigantes de la ciencia, solamente las mediocres ilustraciones, los críticos estrechos y menguados, y, sobre todo, los sectarios *a la moderna,* son los únicos, hoy día, que, en pleno siglo XX, se atreven aún a repetir las triviales objeciones del siglo XVI, sobre los soñados o supuestos conflictos entre la ciencia y la Biblia. Su calentario científico lleva un atraso de tres siglos . ¡no es nada!.

Pero vamos a cuentas y veamos lo que dice esa vieja Biblia y lo que ha descubierto, en realidad, la ciencia; porque no basta afirmarlo; es necesario probarlo. La Biblia nos dice categóricamente: "que el universo fué creado por Dios": *In principio creavit Deus cœlum et terram.* ¿Cuándo se verificó el acto creador? *In Principio*: no señala ni precisa época: es una fecha *indeterminada,* que tan bien puede ser diez como cien mil años. ¿Lo creó todo a la vez? No. Seis días señala Moisés, durante los cuales Dios fué haciendo brotar gradualmente los diversos e innumerables seres que pueblan el universo. Esos *días*, llamados así por la Vulgata, que no es el texto primitivo, sino una versión autorizada por la Iglesia, deben entenderse —según el dictamen de los escripturistas y

la interpretación de los más grandes Doctores de la Iglesia— por *épocas,* más o menos largas, que separan una creación de otra, puesto que aún no había días, ni sol, ni luna, ni astro alguno, ni siquiera tiempo, hablando en propiedad. O más bien, son cuadros que Dios hace desfilar ante la vista atónita de Moisés, que no hace más que expresar, en la forma que puede, lo que va contemplando en el grandioso lienzo de la revelación, que se descorre divinamente ante sus ojos. Según el testimonio autorizado de San Agustín, los días de la creación son largas épocas, de las cuales la *mañana,* de que allí se habla, significa el comienzo, y la *tarde,* la terminación o el fin de cada obra. En el mismo sentido lo explican la mayor parte de los expositores de la Biblia, y esa es la doctrina de la Iglesia y, a la vez, la última palabra de la ciencia, que está en un todo conforme con la Biblia, en este punto.

Ahora, ¿cuántos años o siglos marcan esas épocas? La Biblia no lo dice; y tan bien puede acomodarse a la opinión de aquellos que atribuyen una antigüedad fabulosa al universo, como a la de los que creen encontrar la creación del mundo, de nuestro planeta en particular, unos ocho o diez mil años antes de ahora. Con todo, creemos que mejor todavía se acomoda el texto a los que señalan, como verdadero génesis del mundo, una larga antigüedad de siglos, que no ha sido posible todavía a la ciencia ni siquiera próximamente señalar. En tal sentido, y sin violentar absolutamente el texto, podemos decir con Cuvier, Laplace, Herschell, Aragó y Ampère, agregando una palabra al texto bíblico: "En el principio creó Dios la *materia* del cielo y de la tierra", o quizá mejor, como se dice ahora, creó la *materia prima*. . Y Ved, como en vez de esos pretendidos y tan ponderados conflictos entre la ciencia y la Biblia, nos encontramos con que se apoyan ambas y se esclarecen mutuamente. Y esa *materia prima* de que hablan los sabios, está muy conforme y en perfecto acuerdo con lo que, a renglón seguido, nos dice Moisés: "*Terra autem erat inanis, et vacua, et tenebræ erant super faciem abyissi*" . . "Y la tierra estaba *vana* y *vacía,* y las tinieblas cubrían la faz del abismo". . . Notad estas expresiones: *vana, vacía,* sin cuerpo, sin solidez, sin consistencia En los Se-

tenta se lee: *invisible, incompuesta,* y en el texto samaritano: "la tierra era *impalpable* "

No se podía expresar mejor el estado *gaseoso* de la tierra, en una lengua, como la hebrea, que carece de la palabra *gas.* Y junto con ver el estado gaseoso de la tierra, veía también Moisés que todo estaba *obscuro: et tenebræ erant super faciem abyssi,* y ve igualmente, como entre una penombra, el movimiento de rotación, y a Dios dando el *primer impulso,* que inicia el movimiento giratorio: *Et spiritus Dei ferebatur super aquas.* . ¿Sobre qué aguas? —pregunta alguno—, si aún no habíase verificado la división de agua y tierra, que contenía en su seno la masa informe de nuestro globo, división que vino más tarde. "Era —dice San Agustín— el mismo flúido vaporoso que envolvía toda la masa líquida e informe, y que Moisés apenas acierta a expresar en una lengua que, como decimos, carece de vocablo propio para designar con precisión el estado gaseoso de nuestro globo. Según el testimonio de los más grandes geólogos, entre ellos Cuvier, Herschell, Laplace, la primera forma que tuvo la tierra y que han creído descubrir, a través de las capas geológicas, después de largos y prolijos estudios, fué un estado gaseoso e incandescente, algo así como metal fundido bajo la acción de un fuego de mil y tantos grados de calor. "En ese estado —dice Laplace— debió recibir de Dios el primer impulso de rotación, comenzando entonces el movimiento giratorio sobre sí misma", como una máquina encendida, a la que se quitan los frenos y se lanza, en carrera vertiginosa, a través de los espacios. De allí —añaden— debieron desprenderse, y de hecho se desprendieron, algunas porciones de esa misma materia informe, en virtud de que la fuerza centrífuga debía superar forzosamete a la cetrípeta. De esas fracciones se formaron otros planetas: Venus, Marte, Saturno, etc., que contienen iguales elementos que la tierra. Por su parte, rindiendo homenaje involuntario al relato de Moisés, dicen los enciclopedistas del siglo XVIII: "Siendo extraño a la materia el movimiento, se requería necesariamente que lo hubiese recibido de otra parte; no pudo haberlo recibido de la nada, porque la nada no puede obrar. Hay, pues, otra causa que debió imprimir el primer movimiento a la materia, la cual no puede

ser, a su vez, materia ni cuerpo, y es necesario decir qué es lo que llamamos espíritu". Nosotros los católicos, a ese espíritu es al que llamamos *Dios*: exactamente lo que dice Moisés: *Et spiritus Dei ferebatur super aquas*. . . Y Dios obraba sobre la nebulosa como un soplo. Decía Laplace, en su entusiasmo científico: "Tengo a mano todos los elementos para la organización del mundo; pero es necesario que alguien, más poderoso que yo, dé el *coscorrón* e infunda movimiento al globo". Ese *alguien* es el que vió Moisés, meciéndose sobre las aguas y dando el movimiento de rotación al globo: *Et spiritus Dei ferebatur super aquas*

Ved cómo la ciencia y la Biblia se apoyan y se dan la mano: ¿y habrá todavía quien diga que andan reñidas, en forma irreconciliable?

VI

¿Cuánto tiempo duró ese estado gaseoso? Difícil es decirlo. Los geólogos han abierto las entrañas de la tierra, como se abre la corteza de una naranja y han creído deletrear algo del misterio que envuelve la primera época del mundo, y han señalado cuatro períodos principales: 1º A una profundidad de doce kilómetros, han encontrado el gran block de materias primitivas: metales fundidos por el fuego, canteras inmensas de granito, asperón rojo, gneiss, pórfiro, mezclados con arena y arcilla. Todo esto —dicen los geólogos— nos revela que la tierra, en su primer período, estuvo sujeta a la acción de un fuego ardiente, y durante largo tiempo, ha debido permanecer en estado incandescente. Allí no hay rastros de vida ni germen vegetal alguno: es el mismo estado vaporoso y licuefacto que vió, en su primera revelación, Moisés: *Terra erat inanis et vacua*. 2º La segunda capa geológica de la tierra está formada por grandes minas de hulla, carbón de piedra y tierra caliza: allí se encuentran los primeros gérmenes vegetales, pero apenas perceptibles y carbonizados: se denomina el *período del carbón* o *de la hulla*. 3º La tercera capa está formada por inmensos yacimientos de creta, o sea, un mundo de infusorios petrificados, tan pequeños cada uno, que pue-

den colocarse hasta un millón y más en el hueco de la mano, y son tan numerosos, que forman verdaderas montañas... ¡Cuántas generaciones enterradas en esas necrópolis colosales! Los infusorios, como sabéis, son vivientes microscópicos que forman como el anillo de transición entre el mundo vegetal y el animal, se desarrollan y viven en fangales, cual se supone, en ese período, el estado de la tierra, entremezclada todavía con el elemento de las aguas. Se llama el *período de la creta.* 4º La cuarta capa geológica la constituyen los terrenos propiamente vegetales, primero una capa de caliza terrosa y luego los terrenos formados de aluvión: tierra arcillosa y vegetal, conteniendo grandes bosques de árboles gigantescos, helechos colosales, de tronco como una encina, restos de elefantes, aves de corpulencia descomunal, rinocerontes, mastodontes y mamuts: toda una creación de destruídos mundos.

Todo esto se ha descubierto y analizado minuciosamente por la ciencia. ¿Cuánto tiempo duró cada período? Los sabios confiesan sobre este punto su derrota, y a lo más llegan a decir que esto debió durar muchos miles, acaso millones de años. Pero ¿esto no se opone al texto de la Biblia? ¡En manera alguna! Es cierto que la Biblia fija en una época relativamente reciente la creación del hombre, y en esto mismo está muy de acuerdo con la ciencia, que no ha encontrado restos humanos sino muy en la superficie de los terrenos geológicos; mas, respecto a la época de la creación del mundo, nada dice ni afirma. Entretanto, tiene la palabra la ciencia, y los estudiosos un inmenso campo en qué ejercitar su talento y sus actividades. Y a la verdad, que aún le queda mucho que descubrir.

VII

"Y Dios dijo: Hágase la luz, y la luz fué hecha". Tal es el tercer versícul del Génesis, con que Moisés describe admirablemente la creación gradual del universo. "Palabra sublime y rebosante de belleza —dice Longino— en que se revela divinamente el acto creador, dando como una pincelada

magistral y soberana, llena de colorido y de resplandor, a la masa informe, que flotaba como un sueño sobre los espacios, en las sombras inmensas del vacío". Pero se dirá: ¿Cómo la luz pudo ser creada antes que el sol y los astros, ya que —según el relato de Moisés— recién en el cuarto día fueron creados los cuerpos luminosos, que forman el mundo de los astros? ¿Cómo es posible esto? ¿No se equivocaría el historiador sagrado al estampar en este lugar la creación de la luz? En la antigüedad, efectivamente, se consideraba este punto como un contrasentido, casi un anacronismo, y genios poderosos como S. Agustín y como Bossuet, no sabían cómo dar una respuesta satisfactoria a los que, en nombre del buen sentido y de la ciencia, les oponían el formidable argumento de hacer aparecer antes el efecto que la causa. Algunos intérpretes, violentando el texto y con la mejor intención del mundo, apelaban a la falsa hipótesis de que hubiese habido un cuerpo luminoso, creado espresamente para iluminar el caos y luego, más tarde, pasó a formar parte de los astros. Pero esto —como veis— es una suposición gratuita y que, en vez de explicar y dar una razón plausible, lo único que hace es aumentar la dificultad y navegar, sin orientaciones y sin rumbo, por el mar inmenso de las hipótesis. Sin embargo, no debemos culpar y tildar de ignorantes a esos sabios: culpemos a su siglo de haber andado demasiado tardío en el progreso de las ciencias. Esto ocurría hasta fines del siglo XVI, mas hoy día, gracias a los descubrimientos de la ciencia, no sólo encontramos posible la aparición de la luz con anterioridad a la creación de los astros, sino que hasta los niños lo saben que así debió suceder necesariamente. En efecto, la ciencia ha demostrado: 1º, que la luz debió ser creada necesariamente antes que la tierra y antes que el sol. Porque los grandes flúidos, destinados a formar nuestro globo, puestos en movimiento de rotación, inflamados por ardiente fuego que liquida todos los metales, en combinación química para producir un todo sólido, no podían menos que esparcir inmensas vibraciones luminosas en el espacio

2º Que la luz puede existir independiente del sol, como ocurre en la luz eléctrica —efecto de la fuerza dinámica y del magnetismo que producen la materia en movimiento. Las nebulosas mismas que se levantan de los mares y forman las tor-

mentas y granizos, sujetas a la acción de vientos encontrados, provocan en el éter vibraciones luminosas, que, en las regiones obscuras y heladas del polo, forman las auroras boreales, y en las tempestades se dibujan, a través de las espacios en forma de cintas luminosas o culebrinas de fuego.

3º Que de hecho hubo, antes que apareciese el sol, una época iluminada por una luz poderosa, que dió un desarrollo colosal a la flora primitiva, que es anterior al día cuarto. En efecto, se han encontrado, en las minas de carbón de los terrenos carboníferos, restos de árboles gigantescos, pero de blanda y celular contextura, que no habrían podido alcanzar tan prodigiosas dimensiones, ni aun en la región tropical, bajo la acción de los rayos solares, tal como la tenemos hoy día. De consiguiente —concluyen los físicos naturalistas—: "hay que reconocer que esa flora se desarrolló con más calor, pero con menos luz que la actual".

Y los botánicos han confirmado este dictamen de los físicos, afirmando que esos árboles habían crecido bajo una atmósfera sofocante, pero *a la sombra . . .*

Tal es la última palabra de la ciencia, que concuerda maravillosamente con la primera palabra de la Biblia.

LA CREACION

Dixit quoque Deus: fiat firmamentum in medio aquarum: et dividat aquas ab aquis. (Gen. 1-6).

I

La Creación, señores, es el gran libro de Dios, que lleva estampada, en todas sus páginas, la grandeza, la sabiduría, la bondad y magnificencia del Criador. "Los cielos cantan su gloria y magnificencia" —exclama en un grito sublime de entusiasmo el real profeta—. "¡Todo lo habéis hecho con sabiduría, y la tierra está rebalsando con vuestra gloria y majestad!" *Omnia in sapientia fecisti: impleta est terra possessione tua.* (Psal. 103-25).

Por eso a medida que más se estudia y mejor se conoce el universo, más bien se descubre y se presiente a Dios y sus infinitas perfecciones, y el corazón salta de gozo, y sube a los labios espontánea y fervorosa la adoración. ¡Desgraciado el hombre que mira al mundo como letra muerta, y no descubre en él más que una combinación casual de elementos mudos y fuerzas ciegas!

Dice el salmista que Dios ha coronado al hombre de honor y de gloria y lo ha colocado sobre las obras de sus manos; pero cuando el hombre desciende de ese glorioso pedestal de honor, y cierra los ojos de la inteligencia para no reconocer en la obra al soberano artífice, se coloca voluntariamente al nivel de los irracionales y se hace semejante a ellos: *homo*

cum in honore esset, et non intellexit, comporatus est jumentis, et similis factus est illis.

Ved, pues cómo el conocimiento de la creación no es solamente una obra decorativa a la inteligencia humana, escrita únicamente para los sabios, sino para todos los hijos de Dios. Y no sólo denuncia atraso intelectual su olvido y desconocimiento, sino una verdadera y profunda degradación.

Ahora comprenderéis la razón y la necesidad de estas conferencias. Es necesario estudiar la obra de Dios, es necesario leer constantemente su carta magna —la Biblia— escrita con letras de oro a la humanidad redimida. Es indispensable que el cristiano medite alguna vez el primer artículo del Credo: *Creo en Dios Padre Todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra*

II

Hemos anteriormente bosquejado a grandes rasgos la obra del primer día de la creación, y hemos visto flotar el espíritu de Dios, como un soplo de vida, sobre las aguas y las sombras tenebrosas del caos; y hemos admirado la maravillosa armonía que existe entre la ciencia y la biblia en la exposición de los acontecimientos y de las revoluciones que han presidido el génesis del mundo.

Ahora vamos a continuar esa exposición sublime, que nos llevará de sorpresa en sorpresa hasta terminar en un acto profundo de adoración. Viniendo luego a comprender cuán tardíos hemos andado en el estudio de la Biblia y en el conocimiento de las obras de Dios.

ENTREMOS EN MATERIA

"Y dijo Dios: sea hecho el firmamento en medio de las aguas; y separa las aguas que están sobre la extensión de las que están debajo. Y así se hizo". En el primer día hemos

contemplado el trabajo gigantesco de los elementos en la preparación *química* del globo; ahora vamos a asistir, en este segundo día, a la preparación *atmosférica* del mismo.

Bajo la acción del primer impulso del Criador, las fuerzas físicas de la naturaleza, la electricidad, el magnetismo, el calor y la atracción, se habían puesto en movimiento, reunidos, combinados químicamente, para elaborar los elementos precursores de la vida. Del estado gaseoso primitivo, la nebulosa, que va a convertirse en nuestro globo, había pasado al estado *incandescente*. "Espesos vapores subían de allí sin cesar —dice un autor—, se elevaban a cierta altura, y luego, enfriándose en el espacio inmenso, volvían a caer con todo su peso sobre la masa ardiente. Allí se caldeaban nuevamente, y volvían a subir para caer otra vez. En tal estado de ignición, era imposible la vida. Ni un hombre, ni un ave hubieran podido vivir en medio de aquellos vapores inflamados. Faltaba el aire, primer elemento indispensable de la vida".

¿Qué se requería para formar este primer elemento? Un *fiat* criador, sin duda, como el que había producido los elementos en ignición. Hubiera sido menester que los vapores inflamados, que subían de la tierra, se detuviesen en las alturas, como para aislar, en cierto modo, el centro inflamado de los elementos en ebullición. Mas, ¿cómo? Si la *fuerza centrípeta* los atraía y recogía nuevamente, en el punto mismo en que la impulsión *centrífuga* perdía su vigor y preponderancia? . . .

En tal situación era menester el concurso del mandato soberano, y éste acudió al punto. "Entonces dijo Dios: "haya una extensión firme entre las aguas superiores y las inferiores: *fiat firmamentum*. Mas, ¿cómo? ¿Cuál es ese *algo firme* que separa las aguas superiores de las inferiores, que envuelven la masa informe de nuestro globo? Durante muchos siglos este pasaje de la biblia permaneció indescifrable: nadie lo comprendía. Y tomando pie en esa ignorancia, que sólo sería un motivo de confusión para la ciencia humana, el impío Voltaire se mofaba de la ignorancia de Moisés, que habría querido implantar en el mundo la teoría de la existencia de *cielos cristalinos* sobre la atmósfera terrestre. Pero pasó Voltaire

con la turba de sabios impíos que le forman coro, y llega el gran Galileo y dice al mundo estupefacto de los sabios: "no tiene razón la burla; la ignorancia es sólo nuestra: Moisés está en la verdad: el aire es pesado y tiene la consistencia de un cuerpo sólido, aunque en sentido diverso, y esto es, indiscutiblemente, a lo que Moisés ha dado el nombre de *firmamento*, divisor de las aguas superiores e inferiores"... ¡Fué una verdadera revelación! La ignorancia de la ciencia antigua quedó en descubierto y los sabios declarados en derrota, ante los resplandores del genio que daba la razón al escritor inspirado del Pentateuco.

Desde entonces todo se explica: los vapores de la tierra, más sutiles y livianos que el agua de los mares, se levantan sobre una atmósfera (*firmamentum*) que mide quince leguas de espesor, y allí se detienen, cautivas, aprisionadas, suspendidas en medio del espacio, para caer más tarde, filtradas y enriquecidas de hidrógeno, en forma de lluvia fecundadora y refrigerante. Esas nubes caprichosas, matizadas de luz atmosférica, que semejan bordados inmensos, primorosos, flotando como un manto real sobre nuestras cabezas, son ríos caudalosos que cruzan en continuo vaivén sobre los espacios, sin más sustentáculo que el aire atmosférico, que les sirve de lecho y de columpio. Luego las vemos descansar perezosas y como dormidas sobre las montañas, que, en virtud de la rarificación del aire, las recoge, las aprisiona y las estratifica, para hacerlas descender más tarde, al primer rayo de sol, en caudalosos ríos y torrentes, que se bajan de la montaña y se derraman por valles y praderas, llevando a todas partes la fecundidad y la vida; o bien, se filtran, a través de la misma atmósfera, dispuesta a manera de cernidor, formando los rocíos y las lluvias, que refrigeran el aire y ayudan a la vegetación y al desarrollo de la vida. Si esa agua cayera en masa, en forma de torrentes o de cascadas inmensas, destruiría no sólo las mieses y las yerbas, sino que concluiría también con nuestras casas y ciudades y sepultaría, como en un diluvio desolador, a los habitantes todos del universo. ¡Oh, Dios: cuán admirables son tus obras, y cómo resplandecen tu sabiduría y bondad en todas ellas!

III

DIA 3º — *ET DIXIT DEUS;* ETC.

Con la creación de la atmósfera entra, en la gestación de nuestro globo, un nuevo elemento que produce una revolución inmensa. La efervescencia cesa, los elementos en ignición se pacifican y detienen, y una brisa suave y fresca, acaricia blandamente las mejillas ardientes del universo. Pero la tierra aún está sumergida en el elemento líquido de las aguas que la envuelven. Necesítase un nuevo mandato de Dios, que la ponga en condiciones de recibir y sustentar la vida. "Y dijo Dios: Que las aguas que están bajo los cielos se reúnan en un lugar y aparezca lo seco". Y a la parte seca Dios llamó *tierra,* y *mares* al *cúmulo* de las aguas. Y dijo, además: "que la tierra germine yerbas que tengan semillas, y árboles que produzcan fruto según su especie. Y así se hizo". He ahí la obra del día 3º. Las de los dos primeros fueron magníficas, sin duda; éstas son más bellas aún. La creación va subiendo en oleadas, y se agranda a cada paso. Como un gran artista, Dios se alienta y asciende a medida que avanza.

Primeramente la corteza terrestre se separa de las aguas, se seca y solidifica; luego, bajo la acción del fuego central que la trabaja, se levanta, sale del fondo de las aguas, como una ninfa antigua, magnífica y hermosa, con sus valles y sus praderas, con sus torrentes y montañas, con sus volcanes y lavas ardientes, que conservan en sus entrañas el calor suficiente para recibir y sustentar la vida, que pugna por hacer su aparición en el mundo. "Y al soplo mágico del Creador, aparecen dos *nereidas* misteriosas: son Fauna y Flora que pasan por el mundo derramando vida"...

La Biblia lo afirma y la ciencia lo demuestra; que al levantamiento de los primeros terrenos que forman la corteza terrestre de nuestro planeta, siguió un período de colosal vegetación; musgos arborescentes que alcanzan hasta cien pies de altura, helechos gigantescos de macizos troncos que miden un metro de diámetro, ciertas gramíneas que tienen la altura y el vigor de las encinas. "En otra época alguna —dice

el sabio Müller—, fué testigo el mundo de una flora semejante. La juventud de la tierra fué particularmente una juventud de sombríos y espesos bosques, de gigantescos abetos y de enormes araucarias".

Pero, ¡cosa extraña!, en toda esa exuberante vegetación no se ve una flor. ¿Qué significa eso? "Claramente se descubre en esto —dice la ciencia— que el sol no influía aún sobre nuestro planeta"; en lo cual está maravillosamente de acuerdo con el relato bíblico, que recién el 4º día hace aparecer los astros, el sol, la luna y las estrellas (Hugo Miller, *Testimony of the Rocks*, p. 125).

Los geólogos, por su parte, no sólo han conseguido demostrar la aparición de una flora gigantesca en la época señalada por Moisés, sino que, además, han estudiado prolijamente y analizado la estructura y condiciones climatéricas de esos árboles, de esos helechos inmensos, que forman el anillo principal del período carbonífero. ¿Y qué han encontrado? Todos los caracteres propios de las plantas que crecen a la *sombra;* ninguno de los que caracterizan a los árboles que se desarrollan a la luz del sol. "En donde faltan los rayos del sol —dice el sabio Pozzi—, se nota que, si bien la vegetación es más rápida y briosa, la planta, en vez de apretar sus fibras y solidificarse, se queda blanda y pulposa. Así se observa que las plantas que crecen a la sombra, tienen tejido blando y flojo, en tanto que las de igual especie que se crían al aire libre, bañadas por el sol, son firmes y de apretada contextura, aunque no llegan a una altura tan considerable y se desarrollan con más lentitud". Pues bien, la geología ha demostrado, en forma incuestionable, que "los restos vegetales del período carbonífero se nos presentan precisamente con esos caracteres briosos, de blanda y celutar contextura, demostrando así que, en la época de su crecimiento, debía hallarse la tierra en constante estado de sombra, de humedad y de calor, mientras que los del período siguiente, menos abundantes y de corpulencia inferior, de contextura leñosa y dispuesta en capas concéntricas, demuestran a las claras que crecieron bajo la acción del sol". (Pozzi, *La Terre et le récit biblique)*.

De esta manera —según las ciencias naturales, la aparición del sol, colocada en el día 4º por el *Génesis*, tiene su lugar, como en la Biblia, entre el período de la formación hullera (día tercero) y el de la formación triásica, jurásica y cretácea (día 5º). (Ebrard, *La Bible et la Nature)*.

¿En dónde encontraremos un tan maravilloso acuerdo, como el que existe entre la ciencia y la Biblia sobre este punto? ¿A qué quedan, pues, reducidos los soñados y tan ponderados conflictos entre una y otra? ¡Ah!, ¡sólo existen en la ignorancia y mala fe de los impotentes enemigos de nuestra fe!

IV

LA OBRA DEL DIA 4º — *ET DIXIT DEUS*: ETC.

Toda la naturaleza está organizada, plasmada y cubierta la tierra con los ricos atavíos con que la ha dotado el Criador; sólo falta un rayo de luz más viva, que le comunique el encanto mágico de la belleza. Porque, a la verdad, ¿qué es toda la hermosura de los valles y las praderas; qué son las armonías del mundo, sin el baño de sol que dé contornos de verdadero encanto a todo el cuadro? Existía, ciertamente, la luz desde el día primero; pero era una luz indecisa y de penumbra, como la luz melancólica de las auroras boreales, producida por las vibraciones de la materia en movimiento: faltaba el toque magistral del día que da al mundo toda su belleza.

"Y dijo Dios: Haya luminares en el cielo, para separar la noche del día, y que sirvan de señales para las estaciones, los días y los años. Y así se hizo. Y fué la tarde y la mañana el día cuarto".

¡Cuánto habría que decir acerca de los astros y en particular de esos dos luminares grandiosos resplandecientes, que fulguran en el cielo como antorchas encendidas por la mano de Dios mismo, para iluminar toda la tierra y derramar a torrentes la vida y la belleza en todo el universo! Son, por

otra parte, un reloj inmenso, magnífico y perfecto, que señalan perpetuamente las estaciones, los días, los meses y los años, con una precisión matemática, que no atrasan ni adelantan nunca, llevando en pos de sí, cual rodajes colosales y luminosos, los innumerables astros que giran, en procesión perpetua, a través de los espacios infinitos. ¿Quién diría que ese reloj admirable, infinitamente más perfecto que los mejores de Bezançon, es obra del acaso? Basta contemplarlo, para exclamar con el poeta:

"Cuanto más lo miro, más infiero

Que no anda este reloj sin relojero".

Pero vamos a la narración de Moisés. ¿De dónde sacó esa peregrina teoría de que el sol y la luna fueron creados después de la tierra? ¿Cómo se atrevió a desafiar toda la ciencia de los sabios y estamparla, como un corolario demostrado, en su maravilloso Pentateuco? La afirmación, ciertamente, es tan atrevida, como la otra de que la luz fuese creada antes que los astros, de que hemos hablado en la conferencia anterior. ¿Adivinó acaso que, cuatro mil años más tarde, Laplace, sabio impío y enemigo declarado de la Biblia, expulsado del Instituto de París por Napoleón, a causa de su incredulidad y libertinaje, había de darle la razón y aun confirmar científicamente la exactitud de su relato? Laplace, pues, sin sospechar siquiera que trabajaba al lado de Moisés, hace sus cálculos, asienta sus principios y deduce, con toda la fuerza de la lógica, que se apoya rigurosamente en hechos demostrados —¿qué?— que el sol y la luna han sido formados después de la tierra, y lo prueba con tales razones, que los sabios todos lo reciben entusiastas y lo celebran como el triunfo más grande de la ciencia y lo adoptan como una verdad incuestionable. ¿Veis la divinidad de la Biblia? "Moisés —dice juiciosamente Ampèr— tenía en las ciencias un saber tan profundo como el de nuestro siglo, o hay que confesar que escribía inspirado".

Según la teoría de Laplace, aceptada y suscrita por toda la ciencia, la tierra primitivamente formó parte de la nebulosa

solar; luego, en virtud de cósmicos sacudimientos, una porción de esa nebulosa se desprendió da la masa común, y condensándose lentamente, vino a formar nuestro globo. Más adelante, y progresivamente, de la atmósfera solar desprendiéronse nuevas porciones, que formaron los planetas, hasta que, finalmente, la atmósfera solar se hubo condensado lo bastante para dar al sol la forma definitiva que tiene en la actualidad.

Compréndese —según esto— que, siendo la tierra mucho menor que el sol, necesitase menos tiempo para reducirse al estado descrito en el día tercero, del que requirió el sol para llegar al estado normal que ahora tiene.

Pero todo esto, ¿no se opone al texto de la Biblia? En manera alguna; al contrario, todas esas revoluciones que precedieron a la formación actual de nuestro planeta y del sistema solar, y que ha comprobado la ciencia, corresponden por modo maravilloso a los sucesivos mandatos del Criador, que son, en último análisis, los que constituyen las leyes eternas que rigen y regulan el movimiento del universo.

LA OBRA DEL 5º DIA

ET DIXIT DEUS

I

> "Y dijo Dios: que las aguas produzcan reptiles vivos en abundancia, y haya pájaros que vuelen en la atmósfera de los cielos . . . Y Dios crió los monstruos marinos" . . . (Gen. I, 20)

Después de haber formado la tierra y haberla vestido y engalanado, como un palacio resplandeciente que aguarda la llegada de algún huésped ilustre, comienza Dios por darle animación y vida. Observad el proceso gradual y admirable de la creación, y decid si Dios no es un gran artista. Primero la materia informe, como si dijéramos el lienzo en blanco; en seguida, esa misma materia se agita, se pone en movimiento; las aguas se separan de las aguas, mediante el dique impalpable de la atmósfera celeste; luego la tierra aparece flotando sobre los espacios, como un navío inmenso, con sus montañas ciclópeas y sus depresiones profundas; más tarde, obedeciendo al impulso de un nuevo mandato, la tierra se viste de yerbas, de plantas y de follaje verdeante, y al recibir al primer rayo de sol, aparecen, desabrochando su lujosa envoltura, innumerables, rozagantes flores, pintadas de bellos e insuperables matices, mostrando al cielo toda la belleza encantadora de sus ricos atavíos, cual novia enjoyada que despliega todo el poder de sus encantos y se adelanta airosa hacia

el altar iluminado, en que va a celebrar sus nupciales desposorios. Ved ahí, en todo su esplendor y lozanía, la belleza incomparable de los valles y las praderas, esa alfombra inimitable de musgos verdegueantes y de césped, saturada de perfumes, cubierta de flores y cruzada de arroyos y riachos, en cuyas ondas cristalinas se retratan las estrellas de los cielos, la fronda de las selvas y los picos de los montes... Toda esa belleza soberana va a realzarse más, adquiriendo animación y vida, mediante nueva y vigorosa pincelada que va a darle el mandamiento de Dios.

Oigamos a Moisés: "Y dijo Dios: Que las aguas produzcan reptiles vivos en abundancia, y haya pájaros que vuelen por la atmósfera de los cielos. Y Dios crió los monstruos marinos y todos los seres animados, que ya las aguas habían producido, según sus diferentes especies. Creó igualmente toda ave que tiene alas, y dijo: Creced y multiplicaos". (Gen. I-20, 21 y 22).

Y aparecieron los pájaros, cual flores aladas, luciendo al sol su soberbio y variado plumaje, y comenzaron a bullir, en medio de los bosques y las selvas, un enjambre de abejas, de grillos y de reptiles, formando la nota rumorosa de la sonora orquesta, que hace oir sus primeros acordes con las melodías inimitables de las calandrias y los mirlos, de los jilgueros y ruiseñores, como el preludio inmortal del canto soberano, arrobador y quejumbroso que la naturaleza entona, como un himno de acción de gracias, al Dios de la creación.

Al mismo tiempo se agitan, en forma inusitada, las entrañas profundas de los mares, y se ven surcar las olas embravecidas un sinnúmero de peces y de monstruos de corpulencia colosal, que cortan las aguas en todas direcciones, se agitan y se mueven y saltan y sobrenaban y juguetean con las olas y se zambullen y vuelven a flotar, alegres, juguetones, cubiertos con las nieblas y las espumas. Es la vida potente, que late, que estalla, que se esparce y aspira el ambiente, se sumerge en las aguas y se baña en los rayos del sol!...

Todo está muy bien —dirá alguno—, el cuadro es soberbio, grandioso, incomparable; pero parece extraño que Moisés hubiese mezclado y hecho aparecer, en un mismo día, la creación de seres tan diversos y desemejantes, en su contextura anatómica y fisiológica, cuales se descubren a primera vista las aves y los peces; colocando luego, recién en el día sexto, la creación de los animales terrestres. ¿Qué causas o razones tuvo para ello? ¿Se compadece el relato de Moisés con los descubrimientos de la ciencia? Ciertamente, hubo durante siglos, muchos sabios y naturalistas a quienes chocó sobremanera tan extraña y singular mescolanza, que la atribuían únicamente a la ignorancia de las ciencias naturales, tan común en aquellos tiempos atrasados y rudimentarios en que se escribió la primera historia del mundo. Pero, aparte de la analogía que se observa entre los peces y las aves en lo que se refiere a la reproducción, verificada en unos y otros por medio de huevos; sin parar mayormente la atención en el hecho de que todos sobrenadan, los peces en el agua y las aves en la atmósfera, teniendo para ello aparatos semejantes: he aquí que las ciencias naturales acaban de demostrar científicamente que los glóbulos de sangre de las aves y de los peces son del todo semejantes y, a la vez, en nada se parecen a los de los otros animales terrestres, que aparecen el día sexto. "De ello se deduce claramente —dice un anatómico— que no fueron creados en la misma época y bajo el influjo de unos mismos elementos atmosféricos". Tenemos, pues, con ello, confirmada una vez más la frase juiciosa de Ampèr: "o Moisés tenía tanta ciencia como los sabios de ahora, o estaba inspirado". Lo segundo sostenemos los católicos.

La geología viene en seguida a confirmar más todavía el testimonio de Moisés. Sobre los terrenos carboníferos, donde empieza el terreno *jurásico*, entre las capas de caliza y tierra vegetal, sembrados de troncos enormes de palmeras, helechos y bambúes, encontró: 1º, fósiles de grandes monstruos marinos; 2º, aves gigantescas, buitres, gansos y flamencos; es decir, animales ovíparos, con alas o sin ellas, que nadan en el aire o en el agua. Y, cosa singular, nunca se encuentran allí animales terrestres, tales como el caballo, el

ciervo, el elefante, u otro parecido. Lo cual prueba —dicen de consuno la ciencia y la razón— que estos animales aparecieron recién en época posterior. Oigamos a Cuvier: "Subiendo —dice— a través de los asperones que tan sólo presentan huellas vegetales, llégase a las diferentes capas de caliza que se han denominado del Jura. Allí aparecen, por vez primera, algunos restos de animales: es la clase de los *reptiles* que alcanza todo su desarrollo . . . Durante mucho tiempo se ve que los *reptiles dominan* exclusivamente".

Cuvier nada dice de las aves, y es que este punto no estaba bien esclarecido en su tiempo. Posteriormente, y gracias a los progresos de la geología, ha llegado a esclarecerse por completo, y hoy es ya cuestión resuelta que las aves son contemporáneas con los peces; pues se han encontrado huellas inconfundibles de diversas aves en los bancos de caliza de los terrenos juráricos. Hasta se han encontrado fémures, patas y plumas en las canteras de Solenhofex, pertenecientes a esa época. En otra parte se han encontrado huesos de aves en número considerable, como en Mendon y Montmartre, donde se descubrió una rica mina de fósiles de esa época, tibias, fémures y hasta vértebras de grandes aves, semejantes al flamenco y al avestruz. Después de lo cual ha podido decir, con toda verdad, el sabio Pozzi: "puede darse por plenamente demostrado que las aves y los reptiles son coetáneos, y sus restos se hallan confundidos a veces en la misma fosa".

¿Qué dirán a esto nuestros seudosabios, que se desviven por probar al mundo y convencerle de que la Biblia es el *cuco* de la ciencia y la rémora del progreso, y sólo en épocas de visible atraso pudieron tomarse en serio sus pretendidas revelaciones y cosmogonías? A la verdad que si son leales, deben confesar paladinamente con el gran Aragó, que "Moisés lleva a la ciencia moderna una delantera de *treinta siglos*, a lo menos, en su relato admirable de los orígenes del mundo".

II

LA OBRA DEL DIA 6º

Et dixit Deus . . .

"Y Dios dijo: Produzca la tierra animales vivos, según su especie, bestias y animales que se arrastren, y toda especie de bestia terrestre". (Gen. I, 24 y 25).

He aquí, según la Biblia, la obra del día sexto, o sea la sexta etapa del mundo en el gran cuadro de la creación. Oigamos ahora a la ciencia, y dígasenos si no hay el más perfecto acuerdo entre ambas. La ciencia geológica representa el trabajo ímprobo y el esfuerzo perseverante de tres siglos, en que se han consumido las energías y agotado el ingenio de los cerebros más poderosos del mundo. Se han cavado las entrañas de la tierra, se han examinado y nalizado reiteradamente sus elementos todos, como un libro que se expurga y se analiza palabra por palabra, y se miden y se pesan hasta los puntos y las comas. Y qué ha descubierto esa ciencia? Que en la tercera capa geológica, sobre los terrenos *jurásicos*, en donde se hallan los yeseros y lechos de caliza, entremezclados con los primeros terrenos vegetales, como los encontrados en París, en Normandía, en Inglaterra, en Polonia y en Pomerania, allí aparecen *por primera vez, animales terrestres*: el buey, el caballo, el oso, el león, el elefante, etc. Antes no se habían visto en las capas inferiores; ahora aparecen monstruos enormes, de corpulencia descomunal, tales como el mammut y el mastodonte, descriptos por Cuvier.

"El período terciario —dice Miller— tuvo también su clase especial de seres. Su flora no parece haber sido más notable que la actual; pero los *animales terrestres* alcanzan un desarrollo notable, así en tamaño como en número, cual no se ha visto en otra época alguna. Sus mammuts, sus mastodontes, sus hipopótamos y rinocerontes, así como sus enormes dinoterio y megaterio igualaron en corpulencia a los más grandes mamíferos de la época actual y los superaron en el número. Los restos de esos elefantes (*elephas primigenius*) se hallan todavía en

tal abundancia en medio de las playas heladas de la Siberia, que por algún tiempo se creyó que se trataba de *verdaderas canteras* de marfil. Ciertamente —concluye— esta época terciaria, tercera y última de los períodos geológicos, fué especialmente la época de los grandes animales, domésticos y salvajes, cada cual según su especie".

Cuvier, por su parte, dice: "A pesar de las investigaciones más constantes, me ha sido imposible descubrir ninguna huella de la existencia de mamíferos terrestres, antes del terreno depositado sobre la caliza tosca. Por el contrario, tan luego como se llega a los terrenos que están sobre la caliza tosca, aparecen, en crecido número, huesos de animales terrestres. Es, pues, razonable creer que las conchas y los peces no existían en la época de los terrenos primitivos; debe también creerse que los cuadrúpedos ovíparos han comenzado con los peces y las conchas; pero que los *cuadrúpedos terrestres* no han aparecido sino *mucho después*".

Ved ahí confirmado plenamente, con el testimonio irrecusable de la ciencia, el texto sagrado de la Biblia. No puede desearse concordancia más completa.

Ahora resumiendo todo lo dicho hasta aquí (en esta y las anteriores conferencias), podemos concretar los siguientes puntos, harto discutidos y controvertidos anteriormente, y hoy admitidos y demostrados plenamente por el testimonio de la ciencia, después de cuatro mil años ha que las venía enseñando esa vieja Biblia, siempre combatida y siempre victoriosa.

1º Que la tierra es esférica (Isaías 60, 22), lo cual negó la ciencia, durante siglos; 2º, que nuestro globo se halla suspendido en el vacío (Job. 26, 7), cosa que largos siglos ignoró la ciencia; 3º, que la luz existió y dió fecundidad a las plantas, mucho tiempo antes de la aparición del sol sobre el horizonte —lo cual fué objeto de burlas sangrientas por parte de los sabios durante siglos, viniendo hoy día la ciencia a proclamarlo como un hecho indubitable—; 4º, que la corteza terráquea del globo que habitamos, descansa sobre un fuego interior, que da origen a las termas, temblores y volcanes (Job 28, 5), lo cual queda hoy día bien probado por los plutónicos; 5º, que

esa misma corteza terrestre estuvo, durante mucho tiempo, cubierta por las aguas, antes de ser habitada por viviente alguno. Tesis probada anteriormente por los neptunos y hoy día por la ciencia geológica; 6º, que la tierra se halla envuelta por una capa de aire de 15 leguas de espesor, y que este aire es *pesado* y *resistente* y hasta se puede *solidificar* —que es *pesado* lo probó Galileo, más de tres mil años después de dejarlo estampado Moisés en su admirable Pentatenco; y que puede convertirse en *sólido*, es una conquista de la ciencia de nuestro siglo—; 7º, que el aire es el *firmamentum* de Moisés, y está encargado de separar las aguas superiores de las inferiores o terrestres, operando un verdadero flujo y reflujo, que las hace subir como a través de un tamiz, en forma de vapores, y luego las obliga a bajar como atravesando una regadera, que refresca la tierra, fecunda las plantas y neutraliza el peso de las aguas, para que no dañen a la vegetación de la tierra.

8º Que las estrellas que brillan, como lámparas encendidas, en el firmamento de los cielos, alcanzan un número incalculable, casi infinito, por más que la ciencia antigua no hubiera contado más de un millar, pero que la ciencia moderna lleva contadas más de 72 millones, y cada día nos sorprende con el descubrimiento de nuevas constelaciones.

9º Que la vida orgánica tuvo, en su aparición, como tres etapas o desarrollos progresivos: 1º, un desarrollo de vida vejetal rudimentaria: helechos, gramíneas, bambús, etc.; 2º, desarrollo de vida vejetal más perfecto, simultánea o casi simultánea con la aparición de los animales aéreos, peces y reptiles; 3º, otro desarrollo de vida animal más perfecto: mamíferos terrestres, animales domésticos y salvajes. Todo lo cual pareció extraño a los sabios antiguos, pero hoy la ciencia moderna lo tiene bien probado y averiguado.

Y hay que tener en cuenta que la Biblia no es un tratado científico: son cuadros únicamente que se le ofrecen a la vista atónita de Moisés, y los va apuntando y reduciendo a historia, sin pretensiones, sin preámbulos y sin rebusques de palabras y de frases, en el lenguaje común y usual del pueblo, para quien escribe. ¿Qué decir entonces de esa vieja Biblia, siempre antigua y siempre nueva, tan combatida y zarandeada por los

hombres ilustrados de nuestro siglo? Que va resistiendo triunfalmente un combate de tres mil años de parte de la ciencia, que le tiene naturalmente prevención y siempre termina por rendir sus armas ante los esplendores de esa misma Biblia, que a medida que la ciencia avanza, va recogiendo nuevas y más brillantes confirmaciones, por cuanto los hombres van haciéndose más capaces de comprender sus grandes afirmaciones.

Pero Moisés, el más antiguo y grande de los escritores que ha tenido la humainidad, era el más sabio de los hombres, o escribió inspirado por Dios mismo? Sí, una de dos cosas es necesario admitir, si hemos de ser razonables y leales. Para la Iglesia como para el cristiano, no hay duda: Moisés escribió inspirado, o mejor, copió inspirado los cuadros que Dios se dignó descorrer sucesivamente ante sus ojos absortos de admiración. Y mientras no se nos pruebe lo contrario, seguiremos creyendo que la Biblia es por eso mismo el gran Libro de Dios, y al mismo tiempo el libro más hermoso de la humanidad.

Pero no hemos concluído todavía: nos falta lo más importante, la parte más bella y sublime del gran poema de la creación: nos falta contemplar al rey del universo, ¡al hombre! Dios es un artista, pero hasta ahora no ha hecho más que preludiar el gran poema.

En la conferencia siguiente entraremos de lleno en el gran concierto de Dios y sentiremos más de cerca los tibios resplandores, los tiernos aletazos del amor infinito sobre la frente pura y trasparente de la primera pareja humana, que brota, como la sonrisa primaveral del mundo, al impulso del amor, entre los albores sonrosados de un ensueño . . .

LA CREACION

Et ait: Faciamus hominem. (Gen. 1-26).

El hombre

I

"Y dijo Dios: Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza; y tenga dominio sobre los peces del mar, y sobre las aves del cielo, y sobre toda la tierra. (Gen. I, 26). Formó pues el Señor Dios al hombre del barro de la tierra, e inspiró en su rostro un soplo de vida, y fué hecho el hombre en ánima viviente". Gen. II, 7).

Estamos en la tarde del día sexto, último de la creación, que va a clausurarse con la obra maestra del Criador: ¡el hombre! Ved ahí la nota postrera y más admirable del gran poema de Dios: es la obra más perfecta, la más sublime y hermosa, que forma como la corona resplandeciente del universo: la creación del hombre.

En las creaciones anteriores basta una palabra, un mandato del Omnipotente, para que la nada se fecunda y brille la luz en medio del espacio, y la tierra se solidifique, se cubra de yerbas y se vista de flores, y se convierta en el palacio resplandeciente del hombre, que abre sus puertas, se viste de gala y se ilumina, a la espera de su rey, que va a llegar. Ahora el momento es más solemne: parece que Dios se recoge, se concentra en la Trinidad de sus Personas, forma su consejo, por

decirlo así, y resuelve: "Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza . . . Hagamos al rey de la creación".

Desde luego, adviértese la grandeza y solemnidad de la frase que sirve de génesis al rey del mundo. Hagámosle a nuestra imagen y semejanza: imagen de Dios en su alma, que es una trinidad creada, que consta, en su admirable unidad, de tres potencias, que constituyen la gran palanca que gobierna el mundo: memoria, entendimiento y voluntad. Semejanza que resulta de la gracia santificante, que lo eleva a la categoría de hijo de Dios y lo asocia a su reinado eterno. Es el *honor* y *gloria* que hacía saltar de gozo al santo Rey David, cuando decía: "Hicístelo (al hombre) un poco menos que los ángeles, pero, en cambio, lo coronaste de honor y de gloria y lo constituiste rey de toda la creación". (Sal. 8).

Así salió de las manos de Dios, el hombre, puro y hermoso en toda su belleza, íntegro en su cuerpo y en su alma, con perfecto dominio sobre todos sus sentidos, con la visión clara de su destino, con el cetro de su soberanía sobre el mundo, llevando en su frente el sello de su real grandeza . . . Si el hombre se hubiera conservado en ese estado, habría sido de hecho y de derecho, sin esfuerzo y sin afanes dolorosos, el rey y señor del universo, y habría pasado, sin rendir a las enfermedades y a la muerte el tributo amargo y humillante de sus profundos abatimientos, a continuar gozando en el cielo los esplendores de una vida inmortal. El pecado, de que hablaremos más adelante, fué la causa única de esa profunda decadencia que hoy, con dolor, contemplamos en el hombre caído. Pero aún hoy día, a pesar de su visible decadencia, que revela por sí misma una catástrofe, todavía es grande y ejerce en la naturaleza, aunque con doloroso esfuerzo, ese dominio y esa soberanía; y entre los escombros y ruinas de su condición actual, se descubren rasgos visibles, restos admirables, de su primitiva realeza, que testifican y comprueban el origen divino de su ser y de su soberanía en el mundo! . . .

Pero dejemos para más adelante estas consideraciones y volvamos al acto mismo de su creación. Desde luego se nota a primera vista la exquisita bondad y delicadeza del Criador, en la formación del hombre. Llega éste el último de todos, como

el señor que espera —dice un autor— para realizar su entrada, a que esté dispuesto y arreglado el palacio.

La tierra lo espera y lo recibe, con muestras visibles de regocijo, como a su hijo y su rey. Cesan las convulsiones de sus elementos, que habían estado en choque formidable durante siglos; la corteza terrestre, que va a ser su morada, surge majestuosa y llena de encantos de entre las aguas, se viste de flores, se atavía y se engalana, como un altar en el gran día de boda. Y para que nada falte a la grandiosa solemnidad del acto, estalla de entre las frondas y los bosques, una inmensa y sonora orquesta de aves canoras, que parecen preludiar una oda nupcial, celebrando la entrada de su rey . . . Todo, en fin, está dispuesto, y el hombre va a llegar.

"Y Dios tomó un poco de barro —dice el sagrado texto— y formó al hombre, y sopló sobre él un espíritu de vida". ¿Veis el doble origen del hombre? Un poco de barro sirve de materia al cuerpo, y un soplo de Dios, sacado de su seno —dice la Biblia, como para darnos idea del amor que le infunde movimiento y vida—, da origen al alma, que puede llamarse, y lo es efectivamente, un soplo del amor infinito y eterno de Dios . . . ¿Con qué delicadeza, con qué tierno amor, se inclina Dios mismo sobre la materia inerte, toma un poco de barro, lo redondea amorosamente con sus divinas manos y forma la estatua corporal del hombre; y cuando está perfecta, la contempla con tierna mirada, y mejor y más feliz que Miguel Angel extasiado ante la escultura de su Moisés, sopla en su rostro y le infunda un alma, que es vida, inteligencia, amor.

Su mismo nombre nos revela los componentes que han entrado en la admirable estructura del hombre, porque *Adán* significa literalmente *"tierra roja"*, y según el testimonio autorizado de los escripturistas, tierra roja fué la elegida por Dios para moldear el cuerpo del primer hombre. Esto dice la Biblia, y luego viene la ciencia a confirmarlo. Se ha analizado, en efecto, el cuerpo humano, y ¿qué elementos se han encontrado? Cal, azufre, fósforo, potasa, ázoe, es decir, los mismos elementos y no más, que los que se hallan en un puñado de polvo. ¿Veis cómo la ciencia apoya y confirma el relato de la Biblia? Esto por lo que mira al cuerpo; pero el espíritu, el

alma ¿quién la analizó?, escapa su espiritualidad al escalpelo de la ciencia. Pero ¿deberemos decir por eso, con el materialismo grosero, que no existe? ¡Oh no! hay tantas cosas que no caen bajo la acción de los sentidos, y sería absurdo desconocerlas. Lo mismo dígase del alma humana. Si es verdad que no se la toca, ni se la ve, ni se la aprisiona; se la siente, sin embargo, se la sorprende y se la descubre en la luz que brilla en los ojos, en los resplandores de la frente, en la sonrisa que se dibuja en sus labios, en la frase vibrante y sonora que nos revela toda la grandeza deslumbradora de su pensamiento . . .

Sobre esa materia pesada y grosera, a través de esa corteza tosca y deleznable, hay algo más noble que da animación y vida al compuesto humano, algo que palpita ante los resplandores de la verdad y del bien, algo que ama y que se inmola, que se agita y se mueve, que corre, que vuela, que ríe, que canta, que gime, que llora . . . : es el alma sensible, ardorosa, inmortal, que rebalsa la estrecha capacidad del cuerpo y se lanza a los espacios, y llena el mundo con los esplendores de su genio, y sube hasta los cielos con sus potentes aletazos . . .

Tal es el hombre, criado a imagen de Dios, erguido como una columna y con su frente mirando al cielo: es el rey del mundo ,la obra maestra del universo . . .

II

"Y Dios hizo desfilar a todos los animales en parejas en presencia de Adán, y éste puso a todos un nombre adecuado". He aquí el primer acto de soberanía que ejerce Adán: impone el nombre, nombre adecuado según su clase, a todos los animales, que parecen inclinarse respetuosos ante él, en señal de vasallaje. "Imponer nombre a una cosa —dice Santo Tomás— es acto de dominio y de soberanía". Con ello, pues, nos indica claramente que es rey del mundo, y al imponerles nombre "adecuado" nos revela la ciencia de que estaba adornado el primer hombre, que es uno de los dones que llaman los teólogos "preternaturales", y que completaba, en cierto modo y era como

el apéndice decorativo del estado sobrenatural de gracia, a que Dios lo había levantado en el acto mismo de la creación.

Podría preguntarse ¿quién enseñó a hablar a Adán? Indudablemente, Dios, desde que El acababa de crearlo y no existía aún en el mundo otra persona con quien ensayar una forma cualquiera de lenguaje. Además de eso, está probado científicamente que el hombre no pudo haberlo inventado por sí mismo, lo cual viene a confirmar una vez más el relato de la Biblia, que nos muestra al hombre creado por Dios en edad perfecta, con el uso completo de sus facultades y gozando en acto del don maravilloso de la palabra, cuando impone "nombre adecuado" a todos los animales que Dios hace desfilar ante él.

III

Después de habernos mostrado a todos los animales, desfilando en parejas, agrega la Biblia: "Y Adán estaba solo". como haciendo notar el contraste entre él y los animales —lo cual debió contristar naturalmente a Adán, que sentía ya en su corazón los primeros amagos de la nostalgia y la necesidad de participar su dicha a otro corazón, capaz de comprender al suyo, y como él, capaz de amar y de transfigurarse. Y después que hubo despertado en el corazón de Adán el deseo de tener copartícipes en su dicha, dijo Dios: "no es bueno que el hombre esté solo: hagámosle una compañera semejante a él". No estaba, ciertamente, completo el hombre en su especie; Dios va a completarlo, y para ello se reviste de la misma solemnidad que al crear al hombre, hablando como entonces en plural: "hagámosle una compañera: *faciamus ei adjutorium,* como una resolución tomada en consejo de las tres Personas divinas". Y Dios —continúa el sagrado texto— infundió un sueño en Adán, y sacó una de sus costillas, y de ella formó a la mujer, *edificó* —es la palabra que emplea la Biblia, como para indicarnos con ello el cuidado y esmero que puso Dios en la formación de esa obra prodigiosa—, empleando en ella la materia extraída del varón, no de una parte cualquiera, sino del lado del corazón, caliente aún y latiendo al impulso del primer

amor. "El sueño de Adán —dicen los teólogos— no fué un sueño como el natural del reposo nocturno, que es una flaqueza en el hombre: era ese misterioso y divino ensueño, que podríamos llamar un "arrobamiento", en el cual el alma, levantada sobre sí misma y como absorbida por la esencia de Dios, deja dormitar sus facultades inferiores y cierra los del cuerpo, para ver mejor con la luz interior del alma. Dormido, pues, en éxtasis profundo, veía cómo Dios introducía blandamente su mano en el costado de Adán; ahondaba con ternura en el punto donde late el corazón, y de aquel ardiente foco, sacaba, pura y hermosa, a la mujer, imagen resplandeciente del hombre —dice S. Pablo—, su gloria y su alegría, como el Verbo es la gloria y regocijo de Dios Padre. Por eso Adán, apenas salido de su sopor, exclama, en el éxtasis del regocijo y del amor: "¡He aquí el hueso de mis huesos, y la carne de mi carne!" "Y Dios los bendijo y santificó" — concluye el sagrado texto.

Ved ahí, en estas palabras admirables, el primer origen del matrimonio, creado, bendecido y santificado por Dios, y luego elevado por Jesucristo a la categoría y dignidad de sacramento de la ley de gracia, al mismo tiempo que proclama su unidad e indisolubilidad, contra la inmoral y odiosa poligamía y el divorcio cruel y antisocial.

Dirá acaso alguno que es indigna de Dios la creación del hombre en la forma que nos la refiere la Biblia. Por mi parte, confieso que la encuentro sublime y llena de ternuras infinitas. ¿Qué diferente es la narración bíblica, en su sobrio y sencillo lenguaje, que llega hasta lo sublimemente bello, de esas ridículas transformaciones que nos presenta el materialismo, en su afán por contradecir la historia de Moisés! Allí el amor se pierde en la grandeza del ideal, la bondad y ternura en la sabiduría incomparable que preside la creación del universo. Aquí, en el materialismo, el ridículo con el absurdo se confunden en una quimera, que no tiene más base que el acaso y las fuerzas ciegas, que jamás pueden ofrecer punto racional de apoyo a una disertación científica, mucho menos producir la armonía incomparable que presenta el universo.

Por otra parte, la ciencia nada ha demostrado que pueda

alarmar o poner siquiera en duda el relato de la Biblia. Al contrario, todos los descubrimientos no hacen más que confirmar la narración del Pentateuco, con la traducción de los códices antiguos, de las teogonías de los pueblos y de los caracteres fonéticos y jeroglíficos.

IV

Ahora respecto a la época en que aparece el hombre, por primera vez, sobre nuestro globo, hay bastante que decir. Según la Biblia la creación del hombre debe colocarse en último lugar en la serie sucesiva de creaciones que abarca la obra de los "seis días", y con más probabilidad, siguiendo el orden cronológico de las generaciones humanas, unos 7 u 8 mil años antes de ahora. Y la ciencia ¿qué ha demostrado? Aunque existe mucha divergencia de opiniones entre los representantes, más o menos autorizados de la ciencia, sobre este punto, creo poder demostrar que el relato bíblico, en esto como en todo lo demás, permanece inconmovible y puede provocar los estudios y la discusión, seguro de salir vencedor. En consecuencia, digo:

1º Aunque respecto del mundo, los sabios, en general, se inclinan en favor de la opinión (porque es necesario decir que aquí la ciencia anda bastante a obscuras y los sabios no hacen más que navegar en el mar inmenso de las hipótesis) que atribuye al mundo una antigüedad de cientos de miles de años (cosa que no contradice en nada al texto sagrado que nada define sobre el particular, desde que ya hemos dicho que los tales "días" de la creación sólo denotan épocas más o menos largas, según la transición de una obra a la que le sigue) ; con todo, están más o menos contestes en señalar al hombre una aparición relativamente reciente (unos 7 u 8 mil, y algunos hasta 10 mil años de existencia sobre nuestro globo.

En efecto, se han excavado las diversas capas geológicas del mundo y solo se han encontrado restos humanos en los terrenos cuaternarios, mezclados con los fósiles de los grandes animales, del león, del caballo, del elefante, etc., precisamente lo que afirma la Biblia, que hace aparecer estos animales y al

hombre el mismo día sexto, sin solución de continuidad y sin que ponga siquiera, entre unos y otros, la división de *mañana* y *tarde*, como en las obras anteriores.

Es verdad que hay naturalistas que atribuyen al hombre una antigüedad prodigiosa, de 80, de 100 y hasta de 150.000 años; pero es necesario decir que eso no es ciencia, eso es, sencillamente, fantasear y formar castillos en el aire, sin base alguna científica. Y para responder a tales asertos, basta observar este hecho incontestable: si el hombre cuenta 80, o cien mil años, ¿cómo es que no dejó en el mundo huella alguna de su paso, durante largas miriadas de años? Hacen 7 ú 8 mil años —según el testimonio de todos— que vive, habla, escribe en las paredes, en pellejos o pergaminos, incrusta sus ideas y recuerdos históricos en la piedra, en el mármol y en el bronce; y aunque hoy sufriese la tierra un cataclismo, como el diluvio universal, permanacerían siempre indelebles las huellas y señales de su paso por el mundo. Por el contrario, antes de esa época, durante cien mil años y más, como dicen que vive sobre la tierra, nada hace, nada crea, nada deja en la historia que perpetúe su recuerdo. ¿Se halla 100 mil años sobre la tierra —decís—? ¡Sea!, pero no conserva recuerdo alguno, más que desde hacen seis o siete mil años a esta parte, precisamente la época en que fué creado, según el testimonio de la Biblia . . . Esto significa mucho: esto es historia y realidad; lo demás es fantasía, quimera, delirios de mente enferma, y nada más.

2º Se dice, pretendiendo sostener la hipótesis, que esos cien mil años los empleó el hombre en despojarse de la animalidad hasta elevarse a la categoría de hombre civilizado. Empleó primero —dicen— la piedra, el silex groseramente tallado, como instrumento de labor: es *la edad de la piedra;* luego el bronce (edad del bronce), y finalmente el hierro; y habiendo llegado ahí, conoció las artes y la civilización.

¡Sueños, señores, y nada más que sueños! 1º, está probado por la experiencia y por la historia que el salvaje no se civiliza por sí mismo, sino que desciende hasta los límites de la animalidad, entregado a los recursos de sus propias fuerzas. Necesita siempre el auxilio de una raza superior, para entrar por la senda estrecha y ascendente de la cultura y de la civilización.

Y la historia, de consuno con la filosofía, nos dicen que el hombre no comenzó por el estado salvaje. Al contrario, sólo se hizo salvaje cuando algunas tribus errantes se desprendieron del foco de la civilización, y así fueron degenerando y descendiendo hasta el límite de la barbarie y de la animalidad. 2º Esas pretendidas épocas prehistóricas están desechadas por la verdadera ciencia. Inventadas por el danés Thomson en 1837 e introducidas con sobrada solemnidad como ligereza en el Museo de Saint Germain y en la gran Exposición de París en 1864, hoy se ven repudiadas y descalificadas por la ciencia. Un examen prolijo y reiterado ha demostrado, en forma categórica y concluyente, que esa teoría no es más que una utopía grosera, fundada en la observación superficial de unos cuantos utensilios de tosca y ruda labor, pero hechos y tallados a base de instrumentos más perfectos, de época relativamente moderna. Fué un chasco igual al del zodíaco de Denderath, que metió tanto ruido con su fabulosa antigüedad de 200 mil años, hasta que el gran Champollion descifró la inscripción geroglífica que contenía y apareció patente el nombre del emperador Tiberio, contemporáneo de Jesucristo. Así son todas las objeciones que se hacen, al son de bombo y de platillos, contra la Iglesia y sus dogmas inconmovibles.

Se objeta también la burda teoría de Darwin sobre su soñado transformismo. Pero esta teoría es tan burda, que no vale la pena de detenerse en su examen. Aparte de que no señala origen alguno al venturoso mono prehistórico, que habría tenido la peregrina idea de civilizarse y cambiar de especie, en una época que nadie conoce, y en circunstancias que nadie sabe, el transformismo queda plenamente refutado: 1º, por la inmutabilidad incontestable de las especies; 2º, por la absoluta y radical esterilidad que sigue a la cruza de diversas especies; 3º, por la solución de continuidad en la pretendida selección; 4º, por el análisis anatómico de sus elementos; 5º, por la sana filosofía, y 6º, por carecer en absoluto, no diré de base científica, pero hasta de fundamento racional.

LA CIENCIA ANTE EL FENOMENO DE LA VIDA

¡Ciencia! Palabra mágica, fascinadora, que nos deslumbra y nos subyuga, como una visión de gloria. Ella nos muestra abiertos e iluminados los abismos de la tierra, el rumbo de los astros, los arcanos del tiempo y del espacio, y nos hace gustar y saborear los encantos de la vida . . . La ciencia es el lenguaje favorito de nuestro siglo . . .

Hay que hablar, pues, en el siglo XX, el lenguaje de la ciencia, si aspiramos a que se nos entienda, o cuando menos, a que se nos escuche. Y aunque pudiera repetir hoy mismo la atrevida frase con que triunfalmente apostrofaba a la ciencia orgullosa del siglo XIX, el más elocuente y sabio de nuestros oradores, el gran Esquiú, cuando decía: "Yo no conozco, señores, esa ciencia cuyos dominios dicen extenderse hasta más allá de los confines del universo y hasta arrancar a Dios el secreto de sus arcanos y sus misterios" . . . Y terminaba desafiando a la misma ciencia a que le explicase el origen de la vida, la fecundidad de las simientes y todo el cúmulo de misterios que se encierran en una simple hoja de yerba; prometiendo, al que tal hiciera, adorarlo como a Dios . . . Y nadie, que yo sepa, ha respondido hasta hoy día, al atrevido reto del gran Fraile catamarqueño. Con todo, señores, yo prefiero en este momento, rendir el tributo de mi admiración y respeto, con las reservas que veremos luego, a la ciencia de nuestro siglo y hablaros, en esta noche, el lenguaje mismo de la ciencia, en nom-

bre de Dios, "Señor único y soberano de las ciencias", como le llaman justamente los Libros Santos.

Y al hablaros de la ciencia, creo indispensable precisar el sentido en que voy a tomar esta palabra y dar aplicación a sus principios y sus axiomas en orden a las ideas, que debo exponer y dilucidar ante vosotros.

Mucho se ha abusado, ciertamente, y aún se abusa, de la palabra ciencia; y no hay una sola teoría, por anacrónica y absurda que ella sea, que no se haya tratado de cohonestarla y galbanizarla con el mágico barniz de la ciencia. ¡Pobre ciencia! ¡cómo te difaman y adulteran, o mejor, cómo te escarnecen y asesinan, los mismos que se precian de proclamar tus excelencias y pasearte triunfante por el mundo! . . .

La ciencia, señores —y digan lo que quieran los seudosabios de nuestro siglo— no es más que la razón humana en contacto con la Verdad Eterna, explicando las causas y los fenómenos del universo. La ciencia, señores, no crea nada en el mundo: su único papel es pasar revista de lo existente, comprobar las leyes que lo rigen y deducir algunas aplicaciones prácticas, con el fin de hacer menos penosa nuestra existencia; pero, ni los principios, que son su base, ni la verdad, que es su guía, ni el universo, que es el vasto campo de su acción, no son una creación de la ciencia, ni se modifican por que ella se desvíe.

Y basta de preámbulo: entremos en materia.

I

Cuando nuestra débil, razón, auxiliada por los instrumentos poderosos de la ciencia, el telescopio, el microscopio y los grandes aparatos de nuestros gabinetes científicos, penetra en los inmensos horizontes de la creación; cuando examina los astros, mide las distancias incalculables que los separan de nuestro globo, pesa el volumen inmenso de sus grandes moles, y pasmado contempla su perpetuo columpio en medio del vacío y cómo cruzan majestuosos los espacios infinitos, en pro-

cesión armónica y acompasada, describiendo sus elípticas evolutivas ,en forma tan precisa y matemática, sin estorbarse ni chocarse nunca, cual si todos concurrieran a formar los rodajes conscientes de una máquina inteligente y maravillosa, que no se entorpece ni desgasta nunca; cuando vemos que todo el universo responde matemáticamente a un mismo y sabio pensamiento, tiende a realizar un mismo fin, se rige por leyes análogas, precisas, inmutables, que hacen que los seres se completen mutuamente, viviendo los unos para los otros, con órganos adaptables de asimilación, de orden y de armonía perfecta; cuando vemos que solo nosotros, en el mundo visible, poseemos inteligencia y razón, y podemos conocer, admirar y disfrutar, como los reyes del universo, de sus bellezas y armonías, no obstante ser tan pequeños y de naturaleza tan frágil y deleznable; y que tenemos a la tierra por sustentáculo de nuestra vida, a los astros por antorchas luminosas de nuestros pasos, y a todos los seres del mundo por tributarios y vasallos sumisos de nuestra soberanía . . . ¡Ah!, entonces sube de punto nuestra admiración y pasmo, para convertirse en un acto sublime de gratitud y de adoración al Ser Supremo, que con amor tan grande ha creado tantas maravillas para el hombre, ha esparcido tanta belleza en el universo, con el designio soberano y manifiesto de hacerle grata en el munde, su permanencia a esta su criatura predilecta, que, pequeña en sí misma, lleva en su frente un destello de su luz eterna, y en su corazón, nostalgias infinitas de amor y de belleza, que solo en Dios pueden satisfacerse plenamente.

Pero si todos los seres que contemplamos en el universo llevan como grabado en su frente el nombre de Dios, autor de tantas maravillas; si las ciencias todas proclaman su existencia, su soberanía y su bondad; si la astronomía nos muestra en cada estrella, en cada constelación, algo así como un perfil de la faz resplandeciente de Dios; si la geología y la paleontología nos hacen ver, en cada capa de nuestro globo, en cada revolución terráquea, en cada fósil que se descubre, una huella patente, inconfundible, de la acción de Dios en el mundo; si la física, la química, la lingüística, la fisiología, y todas las ciencias naturales, nos están gritando, con una elocuencia que nada ni nadie puede desvirtuar ni obscurecer: *Deus, ecce Deus!*

¡Dios! ¡He ahi a Dios, Criador y Conservador del universo!...

Con todo, en este momento no quiero detenerme en el examen de esas ciencias, QUE SOLO NOS REVELAN LA CORTEZA EXTERIOR DEL UNIVERSO: quiero ir más adentro y ver con vosotros cómo del centro de todo ese cúmulo de bellezas y de armonías, brota como un torrente de luz, la vida.

Gentil vencedora tras cruda batalla,
Cual novia enjoyada, la vida se engríe,
La vida potente, que late, que estalla,
Que esparce venturas, que canta, que ríe,
Y extiende en el mundo su manto de gloria . . .

Mas si la vida es precisamente lo que da animación y belleza al universo; sin la vida, nada es el orden, nada la armonía, ni los mil cambiantes de luz, cuando ésta se derrama a torrentes sobre el mundo . . . : sin la vida, todo es muerte, quietud, inmovilidad, cadáver yerto y despreciable . . . ¿Qué es la vida? ¿Cuál es el germen vital del universo? . . . Antes de responder a esa formidable interrogante, terror y espanto de la ciencia atea, pero de fácil solución al filósofo cristiano, deseo llamaros la atención sobre la manifestación más simple y rudimentaria de la vida, sobre la germinación, fecundidad y desarrollo de las plantas, que solo ostentan el primer grado de la vida, o sea, la vida vegetativa. Observad este fenómeno singular: en cada una de ellas, especialmente en las especies superiores, se descubre a primera vista un organismo completo, que se compone de infinidad de partes, de órganos diversos, destinados admirablemente, sabiamente, a la conservación, desarrollo y perpetuación de las especies, de aparatos y partículas perfectamente adaptadas a las funciones vitales, a que están destinadas; p. ej. las trepadoras, junto con tener la flexibilidad del tallo, están dotadas de un zarcillo, especie de mano flexible, que se arrolla al rededor de otros tallos más fuertes o se agarra de los resquicios y porosidades de los muros o las rocas, con

el fin, visible, preestablecido, de buscar y proporcionarse un sustentáculo necesario a su debilidad y deleznable condición. Si examinais con el auxilio de la ciencia, los elementos de que está compuesto el organismo de una planta; encontraréis allí una multitud casi infinita de fibras, de moléculas y de células, admirablemente yuxtapuestas las unas a las otras, bañadas y animadas por la savia, especie de sangre arterial que la inunda, la anima y fecundiza. Seguid el análisis: descomponed esa savia, esas moléculas, esas células y filamentos fibrosos, casi microscópicos: ¿qué encontráis? Un poco de oxígeno, de hidrógeno, de ázoe y de carbono . . . ¿y la vida: cuál es y en dónde está? ¿Diréis que la vida es el compuesto total de esos elementos? . . . Pues bien: tenéis ahí los elementos, los componentes de ese compuesto vital: tentad a unirlos nuevamente, mediante idéntico o análogo procedimiento. Ponedla en contacto con los mismos elementos en que se hallaba anteriormente: tierra, agua, aire puro, y . . . ¿Tendréis nuevamente la vida? ¡Oh, no! Lo que tendréis será únicamente los componentes químicos, yertos, inanimados, y nada más; pero la vida se esfumó para no volver! Y toda la ciencia de nuestros sabios es incapaz, radicalmente incapaz, de animar e infundir el soplo vital a una hoja de yerba, desgajada de la planta que la sustenta . . . ¡Desafío a toda la ciencia a que me pruebe lo contrario!

Y luego, esa vida tan misteriosa y tan rica en maravillas, ¿de dónde procede? —De la semilla, me diréis. Enhorabuena: pero tened en cuenta que la semilla no guarda proporción con las dimensiones y propiedades de la planta. La del eucaliptus es apenas como un grano de mostaza, y sin embargo, este árbol alcanza, a veces, un desarrollo que pasa de cien metros de altura. En la semilla misma, el germen verdadero de la planta no es más que un simple y casi imperceptible utrículo o punto saliente, en que el microscopio más poderoso solo descubre algunos pequeños filamentos o granulaciones en medio de una pequeña envoltura. ¿De dónde, pues, procede esa fuerza expansiva, que de ese utrículo microscópico hará brotar más tarde un roble gigantesco, una encina capaz de desafiar las tempestades, o un castaño como el famoso de Etna, cuyo tronco mide 50 metros de circunferencia? . . . ¿De dónde también esa

fuerza directriz, tan variada y múltiple, pero al mismo tiempo tan constante y fija en una misma especie, que acaba siempre por reproducir el tipo del vegetal generador, y no otro? Atribuir al azar, o a alguna causa primera desconocida, que obra ciegamente, fatalmente, una fuerza capaz de realizar tantas maravillas de orden y de adaptación al ambiente en que ha de crecer y desarrollarse, sin la intervención de una causa superior, inteligente y ultrapoderosa, es tan anticientífico, tan absurdo iba a decir, como negar la realidad de las cosas, o porque no las vemos o porque nos vendría más a cuenta el que no existiesen. Si tal fenómeno no se verificase más que alguna vez . . . : pero se repite millares de veces y en forma tan constante en cada generación: cada año esa planta, ese árbol, esa pequeña legumbre, producirán millares de frutos, de simientes dotadas de idénticas propiedades a las anteriores, que se reproducirán en otros millares de plantas, destinadas a perpetuar en el mundo la misma especie.

Decir que todo esto se realiza al azar, maquinalmente, fatalmente, sin la intervención de una causa inteligente —más inteligente que el hombre, ya que éste es incapaz, a pesar de toda su tan ponderada ciencia, de hacer tales maravillas— es tan anticientífico, tan irracional, iba a decir, como admitir que una de nuestras grandes máquinas se haya fabricado por sí sola, que repare sus pérdidas, que desarrolle y ponga en movimiento sus poleas y engranajes, y que, además reproduzca a millares otras máquinas semejantes, sin intervención alguna del mecánico o del artista, y esto durante siglos . . .

Podemos afirmar, en consecuencia, que el orden, la armonía y belleza que brilla en las plantas, y, sobre todo, la fuerza expansiva y reproductora de su maravilloso organismo, la vida, en una palabra, proclama con más elocuencia que los millares de soles que brillan en los espacios, la existencia de una Causa Primera inteligente; y cuanto más penetra el espíritu humano en los abismos insondables de la vida y examina mejor y más de cerca las maravillas del mundo orgánico, tanto mejor se le revela la presencia y las perfecciones infinitas de una Primera Causa, de Dios, en una palabra.

Por eso los verdaderos sabios, los que más detenidamente

y mejor han estudiado la naturaleza, son también los que, con más elocuencia y con mayor autoridad, han proclamado la existencia de Dios, sin el cual la naturaleza entera no es más que un caos indescifrable, un absurdo inconcebible. Así, el ilustre naturalista sueco, autor de la clasificación más completa de la flora terráquea, que tenemos en botánica, el gran Linneo, terminaba su obra magistral con estas palabras notables, que son a la vez su más explícita profesión de fe en un Dios Criador, y el triunfo más brillante de la ciencia sobre los misterios de la naturaleza y de la vida: "El Dios eterno, —dice— inmenso, omnipotente, todopoderoso, ha pasado delante de mí; yo no le he visto de frente, pero su reflejo ha llegado a mi alma, apoderándose de ella y sumiéndola en un piélago de estupor y de admiración. He procurado rastrear sus huellas en las cosas de la creación; y en todas partes, y en sus obras todas, aun en las más pequeñas e imperceptibles, qué fuerza y armonía, qué sabiduría y belleza, qué inefable perfección . . . He observado cómo los seres animados están sobrepuestos y encadenados al reino vegetal, los vegetales a los minerales . . . El sol y todo el sistema sideral, inmenso, incalculable, deslumbrador, se me han presentado sostenidos y guiados por el Primer Motor del universo, Causa de las causas, Rector y conservador de toda la creación. Todas las cosas creadas dan testimonio de la sabiduría y poder divinos: la belleza, la armonía admirable, que brilla en todo el universo, y las justas proporciones de todas sus partes, todo proclama el poder y sabiduría de ese gran Dios . . ."

Así es cómo habla la ciencia verdadera, que no se detiene sistemáticamente a mitad de su camino ni desvía las consecuencias que brotan lógicamente de sus principios.

El almirante Jurien de la Graviere, presidente de la Academia de las Ciencias de París, decía, en la sesión pública del 27 de Diciembre de 1886: "Diríase con verdad que la Botánica ha tenido, en todo tiempo, el privilegio de hacer santos y sabios: es una ciencia dulce, impregnada en cierto modo del perfume de las flores . . . , que se complace en admirar al Criador en la belleza incomparable de sus obras . . ."

II

Demos un paso más; fijemos nuestra consideración en el reino animal, que es donde mejor se ostenta la vida y con más claridad se observa, no ya únicamente el orden que brilla en todo el universo, sino también y principalmente el *fin*, "el designio intencional" de una primera causa inteligente y soberana, que ha ordenado admirablemente y dispuesto los medios y los fines, con asombrosa proporción y sabiduría.

"La naturaleza —dice Taine, no obstante sus conocidas ideas positivistas—, la naturaleza es artista, y la materia, por un esfuerzo innato, organiza visiblemente sus dispersos elementos . . . " Molleschett, jefe del más avanzado positivismo, agrega: "No creais que vaya a ser yo tan temerario que niegue a la naturaleza un "designio", un FIN preestablecido en sus obras; aquellos de cuyas ideas participo, no rechazan en manera alguna este FIN, pues ellos, con Aristóteles, lo reconocen, lo presienten y lo ven por todas partes en la naturaleza . . . "

Que le den la explicación que quieran a ese hecho, que atribuyan ese "designio" a una causa ciega, como los escépticos ,o que la llamen "esfuerzo innato" de la materia, como los positivistas y materialistas, poco importa: que reconozcan el hecho, eso solo nos basta: de lo demás se encarga la lógica . . .

Si hay, pues, "esfuerzos" realizados y "fines conseguidos" en todas las fases de la vida; si estos efectos son "intencionales", como lo reconocen los mismos positivistas, necesario es reconocer también una "causa inteligente", que haya conocido de antemano esos efectos, y que haya "querido" producirlos. Mas, he aquí, sin embargo, lo que se obstina en no admitir ni reconocer el positivismo y materialismo modernos; pero helos ahí, por eso mismo, convencidos de ilógicos y anticientíficos en sus teorías y sistemas. En contra de sus negaciones sistemáticas protesta el buen sentido del género humano, y hoy como siempre, repite esta tan sencilla como vigorosa argumentación: el orden exige necesariamente la presencia y acción de una causa inteligente. Donde se encuentran partes, órganos, agentes unidos y dispuestos en forma regular y armónica, concurriendo todos, como otros tantos medios a un fin

común, es necesario reconocer una causa inteligente, que los haya ordenado y adaptado a este fin.

Este principio es tan conforme con los dictados de la razón, que el espíritu humano espontáneamente y sin cesar lo aplica en sus apreciaciones, en los juicios teóricos y prácticos de la vida. Mostrad a un rudo labriego un objeto cualquiera, una máquina, por ejemplo, en la que gran número de partes y un engranaje complicado concurran a producir un efecto útil, y decidle que todo aquel complicado mecanismo se ha hecho sin intención, sin un fin determinado, sin artífice alguno, y sólo por una mera casualidad. Y veréis dibujarse en sus labios una sonrisa incrédula, que significa claramente: ¿pero usted está en su juicio, o es que quiere burlarse de mi sencillez? . . .

III

Y si de las causas intencionales, que se manifiestan visiblemente en todos los reinos de la naturaleza, pero muy particularmente en el reino animal, pasamos a examinar la contextura individual de cada especie, de cada familia, de cada ser, se hace más palpable la necesidad de admitir la intervención de una causa inteligente, capaz de ordenar, dirigir y explicar ese complicado mecanismo, a través del cual irradia esplendente la vida.

Detengámonos por un instante a contemplar el cuerpo humano, asiento visible y pedestal maravilloso de los órganos vitales, que constituye el prodigio más grande de la naturaleza y la desesperación perpetua de la ciencia. Desde luego, el cuerpo humano está compuesto de huesos, que forman no sólo el armazón interno de este ser privilegiado, que, en la elevación majestuosa de la frente, en la irradiación chispeante de sus ojos y hasta en la figura erguida de su talla y, como si dijéramos, en el frontispicio mismo de su fachada escultural, ostenta el sello señorial de rey del mundo: el hombre; sino que están destinados, además, los huesos a servirle de palanca en los múltiples e indefinidos movimientos que realiza a cada instante, bajo la acción permanente de los nervios y los múscu-

los, que le sirven de ejes y poleas para dar movimiento y actividad a toda la máquina viviente del compuesto humano. Por eso se multiplican, tanto los huesos como los músculos, allí donde los movimientos deben ser más precisos y variados. En cada mano se cuentan veintisiete huesos, de los cuales catorce pertenecen a los dedos, con más de veinte músculos aductores, extensores y contractores, que permiten las posiciones más diversas. Fijáos, si no, en la flexibilidad y ligereza con que el pianista pasea sus dedos en un teclado, para arrancarle torrentes de armonía . . .

La mayor parte de los huesos han de ejecutar movimientos diversos, y según la naturaleza de estos movimientos, se unen entre sí, articulándose de diferente manera. Las articulaciones destinadas a flexiones variadas, están provistas de una especie de saco cartilaginoso, aplastado, que se interpone entre los huesos que se unen, el ilíaco, la rodilla, por ejemplo, y cerrado enteramente. Este saco está, a su vez, envuelto interiormente en una membrana serosa, que segrega un líquido viscoso, llamado *sinovia:* ingenioso medio de facilitar las mil inflexiones de los huesos así articulados, en lugar de apoyarse inmediatamente el uno sobre el otro, descansan sobre un cojinete casi líquido, que se presta a todos sus movimientos con una flexibilidad perfecta. Además, para asegurar la solidez de las articulaciones, los huesos que se juntan, se hallan unidos por ligamentos de fibras fuertes y flexibles, paralelas o entrecruzadas, que se implantan en los dos huesos por sus extremidades.

En cuanto a la configuración de sus extremidades, los huesos presentan una porción de detalles, útiles, admirables, en orden a facilitar los movimientos y asegurar la solidez, sin perder de vista la estética, que imprime al cuerpo humano el sello de una belleza singular y única en el mundo. Podría extenderme mucho más bajo este punto de vista, por demás interesante y lleno de armonías; pero basta con lo dicho para comprender la necesidad de reconocer la intervención de una causa inteligente, de un sapientísimo artista, que tan maravillosamente lo ha formado en orden a los fines altísimos, variados y sublimes, a que lo tenía destinado, sin perder de vista la ar-

monía del conjunto, la delicadeza de las partes ni la belleza de la forma . . .

Pero si en el sistema óseo, que es el más sencillo en el hombre, encontramos a primera vista sorprendentes maravillas, mucho mayores se descubren en el estudio de ese otro fenómeno más complicado y sorprendente, que se llama la circulación de la sangre. Hay en esta función fisiológica tantos factores reunidos, tantos efectos útiles conseguidos, tantos inconvenientes conjurados, y se produce en ella un trabajo tan delicado, por medio de un mecanismo tan sabiamente construído, que sólo un obrero divino, un artista sapientísimo, ha podido reunir, disponer y adaptar tantas partes diferentes y tantos elementos heterogéneos; en fin, sólo una inteligencia divina ha podido concebir y realizar, en forma tan maravillosa, un plan tan admirable.

En efecto; la ciencia descubre en el cuerpo humano millares y millones de células, que forman una porción de tejidos diversos, y de órganos diferentes. Estas innumerables partes que trabajan y se desgastan sin cesar, necesitaban un medio apto que les proporcionase las substancias propias y necesarias para la conservación del calor y de la vida celulares, los materiales que las células deben elaborar. Además del trabajo que produce el calor, que lo regula, que lo hace uniforme y que repara las pérdidas, se necesitaba otro mecanismo que trasportase y diese salida a los detritus inútiles y perjudiciales. Ahora bien; todo lo ha realizado maravillosamente, sabiamente, el constructor del cuerpo humano, y lo ha realizado en todo hombre viviente y hasta en todo animal, de una manera perfecta, bañando todos los órganos y las células todas con un líquido cuidadosamente elaborado y movido por la acción incesante de un motor orgánico prodigioso, el corazón. (No me detengo a describirlo, por no hacer interminable esta conferencia.) Sigamos el trabajo de la elaboración de la sangre y sus funciones.

Desde luego, era necesario suministrar oxígeno a ciertos elementos colocados en las células, pero de modo tal que, en esta oxidación o combustión, la célula, a pesar de su extremada delicadeza, no sufriese detrimento alguno. Para hacer llegar el líquido nutritivo a cada una de las células, en dosis tan

pequeñas y adecuadas, era necesario emplear una infinidad de conductos extremadamente tenues. Y como este líquido debe surtir a cada miembro, a cada tejido, a cada célula, de los elementos especiales que cada uno necesita, y en la forma y medida que cada parte lo requiere, ese líquido debía contener, en número, peso y medida, los más variados elementos, sales, cloruros, fosfatos, hierros, sulfatos, etc. (Además de un gran artista y un gran mecánico, debié ser un gran químico el soberano artífice del cuerpo humano!). Pues bien, todos esos elementos se hallan perfectamente reunidos en la sangre, y en forma tal, que hay allí el peso y medida exacta de cada elemento, y nada más. Allí está la sal, el fosfato, el cloruro, el hierro y hasta la misma albúmina, que es la desesperación de los químicos, por su complejidad y aplicación, y se encuentra allí descompuesta en tres partes o fases diferentes . . . Y todo ello ¿para qué? Para hacer de todo ese conjunto, un baño reparador, tonificante y nutritivo, capaz de reparar las pérdidas ocasionadas por el desgaste y almacenar, además, la reserva suficiente para los casos de enfermedad o de accidente, como ocurre con los glóbulos blancos, que sirven a la vez de cauterio, de vendaje y de emoliente en las heridas.

Todo ese trabajo de oxidación, de renovación y de fortificación de todas las partes de la máquina humana, lo realiza admirablemente la sangre por medio de los glóbulos. Son los glóbulos de la sangre unos discos bicóncavos, microscópicos, destinados a llevar y distribuir entre las células los elementos vitales del torrente circulatorio. Se cuentan hasta cinco millones en un milímetro cúbico de sangre, en una gota, como si dijésemos. Y como el cuerpo del hombre contiene de cinco a seis litros de sangre, puédese calcular de 25 a 30 billones de glóbulos, por término medio, en el organismo de cada hombre. Estos glóbulos, cargados de ácido carbónico, que produce en la sangre un color violeta, penetran en los pulmones, y, puestos allí en contacto directo con el aire, dejan el carbono en cambio del oxígeno, que absorben y les da el color rojo, propio de la sangre rica y purificada. Reparados de tal suerte los glóbulos, provistos del gas vital, vuelven al corazón con la riqueza de la sangre renovada, y de allí pasan a las arterias y se distribuyen por todo el cuerpo, llevando a todas partes el vigor y la

fuerza. Llegados a los vasos capilares, se encuentran en contacto casi inmediato con las células cargadas de productos mefíticos de carbónico y detritus: los glóbulos absorben inmediatamente el ácido carbónico y se apoderan de los detritus producidos por el desgaste y la descomposición de las materias alimenticias, y dejan, en cambio, abundancia de oxígeno y de hierros a las células, volviendo luego al corazón y de aquí a los pulmones, para renovarse y repetir su marcha. Y esta acción incesante de oxidación y renovación de las corrientes sanguíneas, las verifican los glóbulos, con una velocidad tan vertiginosa, que han llegado a contarse hasta doce mil circulaciones por día . . .

¿Y diréis que todo esto no es más que obra del acaso?... ¡Oh!, ¡menos absurdo fuera afirmar que la Eneida de Virgilio se haya hecho casualmente, con solo tirar al acaso, en medio de un campo, los tipos de imprenta, de que están formadas las palabras y las estrofas del gran poema! ¡Gran Dios!, qué ciegos son los hombres que, teniendo ojos e inteligencia, no ven, no reconocen y admiran tu sabiduría, tu providencia y tu bondad, en todas las maravillas del mundo y especialmente en el hombre, obra prodigiosa de tus manos .

Orden admirable, prolijidad asombrosa, adaptabilidad de todos los medios a un fin sabiamente definido: todo ello denuncia claramente y en forma indubitable, un *designio preestablecido* y perfectamente organizado: orden y designio que nos revelan, en forma luminosa e intergiversable, la acción de una inteligencia soberana, de una potencia creadora, que todo lo envuelve, lo ilumina y vivifica, y sin la cual el universo entero es un caos indescifrable, un absurdo inconcebible. En una palabra, la creación entera, y especialmente el mundo orgánico, animándolo e iluminándolo todo con los esplendores de la vida, nos está repitiendo, con la elocuencia deslumbradora de los hechos que se imponen: *Deus! Ecce Deus! ¡Dios!,* ¡hed ahí el autor de tantas maravillas!

¿Y la vida, en sí misma, qué es? ¿Cómo se explica? La filosofía y hasta el sentido común del género humano nos dicen formalmente, y las ciencias físicas lo comprueban, que la materia es, por su naturaleza, *inerte;* más aún, que es la negación misma de la vida. ¿De dónde, pues, saca esa potencia vital, que la anima y vivifica y de que está despojada por naturaleza? ¿Quién se la presta?... *Deus! Ecce Deus!*... Sí, solamente Dios, foco eterno de la vida, explica satisfactoriamente, plenamente, el origen y la presencia de la vida en el mundo, con todos sus fenómenos, sus armonías, sus encantos y sus leyes. *Deus! Ecce Deus!* Y, ¿qué es la vida? Es el soplo permanente de Dios, sosteniendo y animando el mundo...

SERMON DE S. FRANCISCO SOLANO

Ite, et docete omnes gentes. Id, y predicad a todas las naciones. (Math. XVIII, 19).

El acontecimiento más grande y trascendental de la Edad Media, lo constituye, sin duda, el descubrimiento de América, vale decir, de la mitad de la tierra y de la humanidad, desconocida hasta entonces y ausente de los acontecimientos humanos, que registra la historia del mundo.

Se levanta el telón y aparecen los adalides de la Conquista, que, siguiendo las huellas que llevaron las naves del inmortal Colón, van a engarzar a la Corona de España, la perla americana del Nuevo Mundo. Es un drama sublime, mezcla de heroísmo y de fe religiosa, que se desarrolla en tres actos, cada uno de los cuales abarca más de un siglo. Es el primero: el Descubrimiento de América y el reconocimiento de las tierras y los mares, de los ríos y cordilleras, que forman su configuración geográfica y revelan al mundo estupefacto la multitud incontable de habitantes y de razas que lo pueblan. Es el segundo: la lucha titánica, porfiada, larga y sangrienta de la Conquista. Es todo un drama de contornos legendarios, que deja muy por abajo a la Odisea de Homero. Y la parte más grandiosa, más sublime y heroica, no es precisamente el papel que representa la conquista de la espada, que, en la mayor parte de los casos, se tiñe en sangre fratricida, con inmensas hecatombes humanas y hasta con el exterminio de la raza más débil, no: es la conquista espiritual, realizada

con sublime abnegación por el misionero, por el soldado de la cruz, que, dando generosamente su vida y su sangre, conquista para Dios y para España, la raza bravía del indio salvaje, que sólo inclina su frente, como el fiero sicambro de los galos, ante la sublime abnegación y la dulzura celestial del misionero del Evangelio. En esos adalides de orden sobrehumano, está representada la gran España, espiritualista, cristiana e invencible del siglo XV. Aquí está la página más gloriosa de la conquista y de la civilización de América. El tercer acto: es el que ya toca con la Emancipación de América y las proezas de heroísmo que se registran por ambas partes, hasta terminar, primero, en separación violenta, y luego, en un abrazo fraternal de amor, que dura hasta la hora presente.

En este día, señores, destinado a cantar las glorias del gran Apóstol del Tucumán, S. Francisco Solano, sólo debo hablaros del segundo acto de ese gran drama, y aun a éste, ceñirlo y circunscribirlo al territorio del antiguo Tucumán —teatro de las proezas de nuestro Santo—, para mejor destacar su personalidad histórica, de relieves inconfundibles y sobrehumanos, obrando la prodigiosa transformación del indio salvaje y montaraz, en elemento de trabajo, en factor de progreso, en ciudadano creyente y civilizado. He ahí bosquejada la obra sublime y apostólica del gran Solano y de todos los frailes y misioneros que, infatigables, han derramado su sangre y sacrificado su vida, en la abnegada tarea de incorporar a la fe de Cristo y a la civilización del Evangelio, todo un mundo de seres humanos e hijos de un mismo Dios que está en los cielos. Esto no lo consiguió la espada; lo realizaron, con amor y abnegación sin par, los apóstoles del Evangelio.

Y sintetizando mi pensamiento, quiero recordaros —lo que no ignoráis y que no debéis olvidarlo nunca— que San Francisco Solano fué el Apóstol providencial, enviado por Dios mismo, para plantar la cruz de la Fe y sembrar la semilla fecunda del Evangelio, en esta parte privilegiada del Continente Americano.

I

"Los pueblos no se conquistan ni civilizan por la fuerza de las armas: ésta es obra de Apóstoles, es milagro de los Santos" —ha dicho, con profunda verdad, el gran Vázquez de Mella—. Y, en efecto; el imperio de las armas, que es la ley de la fuerza, y la más odiosa de todas, sólo puede dominar los cuerpos, ya sean individuos o colectividades, como pueblos y naciones, que se subyugan y dominan temporariamente por otra nación más fuerte; pero los espíritus son inconquistables por la fuerza de las armas. Y más tarde o más temprano, aprovechando una oportunidad propicia, se yerguen como un león y se lanzan de nuevo al teatro de la guerra hasta sacudir el yugo que las oprimía, sin dominar su espíritu. Esta ley de la humanidad está testificada por la historia de todos los siglos, por todas las naciones y razas del mundo

Es que el dominio de la fuerza es puramente exterior y no alcanza a conquistar y dominar el espíritu ni menos a ahogar el sentimiento de libertad. Oigo al poeta exclamar, desde el fondo oscuro de sus prisiones:

"Muestra a mis ojos espantosa muerte,
Mis miembros todos en cadena pon
¡Bárbaro, nunca matarás el alma,
Ni pondrás grillos a mi mente, no!"

Es que el alma no se rinde ni se entrega sino ante el imperio dulce y suave, persuasivo y noble, de la ley moral, ante el ideal divino de una Religión de amor, que abraza por igual a los pequeños y a los grandes, a los poderosos y a los débiles, bajo la mirada paternal de Dios, que es, a la vez, Supremo Juez y Padre de los unos y los otros.

Por eso han fracasado tantas veces, y en algunas, ruidosamente, los conquistadores que representan a la fuerza, como ocurrió a Pizarro, Aguirre, Villagra, Valdivia y muchos otros grandes Capitanes, que, después de coronarse de laureles

en cien batallas, terminaron su vida en una prisión o bajo el puñal de un vulgar asesino. Por el contrario, los que triunfan y se inmortalizan en el recuerdo de la posteridad, son los misioneros, que representan la fuerza moral de la virtud, que llevan encarnada y como viviente en su vida abnegada de apóstoles de Jesucristo. Esos son, y únicamente esos, los que llegan hasta el alma del salvaje, los que le llevan la convicción y consiguen levantarlo hasta Dios, en brazos de la fe y del amor. Por eso sus obras son duraderas y su recuerdo es inmortal.

España, en la Conquista de América, tuvo esa doble visión, como se prueba, más que todo, por el sabio Código de sus leyes de Indias, por más que no quieran reconocerlo sus adversarios y detractores. Por eso, al lado de la conquista armada, de la cual se cuentan tantos horrores, que, con exageración y todo, no están lejos de la verdad; al lado de la conquista armada —digo— destacó una legión de misioneros, que, ardiendo en celo santo, llenos de virtud y abnegación, y desafiando el peligro de los mares, la ferocidad del salvaje, el hambre y la sed y la inclemencia de los elementos, llegaron a las tierras inhospitalarias, y a veces insalubres, de América, y se lanzaron a la conquista espiritual de los indígenas, armados sólo de una cruz desnuda, que es símbolo de mansedumbre, de amor y de redención. Los conquistadores militares venían a imponerse por la fuerza de las armas, invocando el señoría de España, es decir, de un Rey extranjero; los misioneros se dirigen a las almas, en nombre del Dios que ha creado los cielos y la tierra, ofreciéndoles amor, perdón y redención.

Ved entre esos adalides heroicos, mejor dicho, entre esos apóstoles del amor y de la paz, cómo se destaca el gran Solano, el hijo predilecto de S. Francisco, que encarna en su cuerpo macerado toda la austeridad del verdadero apóstol y en su alma transfigurada el trasunto del amor que se inmola por el bien de sus hermanos. Es el enviado providencial de Dios, que trae a los pueblos incultos e idólatras de América, el mensaje sublime y divino de redención para sus almas. *Ite, et doce - te omnes gentes.* "Id, y predicad el Evangelio a todos

esos pueblos, que yacen sepultados en las tinieblas de la muerte", se le ha dicho, como en otro tiempo, a los apóstoles. Y él marcha, confiado en la providencia de Dios, y predica a los pueblos, y hace milagros, y se inmola cada día en aras del amor y de la fe. Su labor es penosa, ciertamente, y erizada de peligros; pero su acción es heroica y su sacrificio es fecundo. Y los pueblos bárbaros, en medio de su ignorancia y salvajismo, han reconocido en él al Enviado de Dios, al Padre de los pobres y desamparados.

Él recorre a pie descalzo todo el vasto territorio de los Incas, desde las costas occidentales del Perú hasta el antiguo Tucumán, que se extendía desde Jujuy, Salta y el Chaco, hasta Santiago del Estero, Córdoba, La Rioja, Catamarca y Tucumán. Y con qué fe y amor les predica a los salvajes en su lengua propia, los recrea y amansa con las dulces melodías que arranca a las cuerdas de su inspirado violín. Y cuando sus cuitados nuevos hijos, que le ha dado el cielo por medio de la predicación evangélica, padecen hambre o sed, él obra por virtud de Dios alguno de esos milagros, que aún se recuerdan con emoción, al cabo de tres siglos, y que testifican la santidad y virtud que encarnaba en su alma este varón extraordinario. Él, como apóstol de la paz y Padre espiritual de los indígenas, los defiende de la voracidad y despotismo de los conquistadores, que sólo aspiran a convertirlos en esclavos y enriquecerse a sus expensas.

Se encuentra en la Ciudad de Todos los Santos de la Nueva Rioja, cuya fundación reciente aún no está asegurada. Y los feroces diaguitas, vomitando odios y jurando exterminar a los intrusos, es decir, a los españoles que los han batido la víspera; vienen armados y dispuestos a la lucha, sin piedad y sin cuartel. Traen un número incontable de razas y de tribus, belicosas y sanguinarias, y vienen con el propósito feroz y resuelto de exterminar a los españoles, que se han establecido en la nueva Ciudad y les exigen obediencia y vasallaje, ¡a ellos que son más libres que el cóndor de sus cumbres y más indómitos que el puma de sus bosques! La pequeña Ciudad apenas cuenta con unos pocos elementos de defensa. Los indios han cortado ya el agua del único río que

provee a la ciudad: son incontables por su número, incontenibles en su pujanza de destrucción y están sólo esperando una orden para arrojarse a la matanza... Pero ahí está Solano, como el arco-iris de la paz y que es amigo de indígenas y españoles; él sale al encuentro del feroz salvaje, llevando como única arma la cruz y como coraza invulnerable su ardiente caridad de apóstol, probada en mil encuentros amistosos con el salvaje. Allí se adelanta y les habla en lenguaje divino, en que les hace ver que sólo Dios es grande y que para acercarse al hombre y hacerlo feliz, se ha hecho niño pequeñito, a fin de que nuestra sumisión y adoración sea del todo voluntaria. Y diciendo esto, coloca sobre un peñasco la hermosa Imagen de un Niño-Dios, que lleva consigo, el que, a pesar de su pequeñez —dice—, es el Rey de Reyes y Señor de los que dominan, y ante el cual se inclinan reverentes los cielos y la tierra. Y dejando al Niño a la contemplación de los indígenas, se acerca al Capitán español, le pide sus insignias y su espada, y con ellas arma Capitán al Niño-Dios. Luego, acercándose al primer Cacique, le pide que haga lo mismo y que todo se termine en un abrazo de amor y fraternidad, a los pies del Cristo-Niño, Señor de todos... Esta actitud extraña, que, a no ser realizada por un Santo y luego confirmada por el cielo, con milagros estupendos, parecería ridícula, tiene la virtud de conmover y desarmar el brazo airado del primer Cacique y de todos los salvajes, hasta el punto de que, deponiendo su fiereza y sus enconos, van depositando, uno por uno, todas sus armas a los pies del Niño, que parece sonreirlos con divino encanto. Y allí mismo, españoles y diaguitas sellan con un abrazo de amistad, una nueva alianza, se reconocen hermanos y depositan toda su autoridad en el Niño-Dios, al que proclaman Primer Alcalde y Supremo Señor de españoles y diaguitas. Y no para aquí el triunfo alcanzado por virtud del Taumaturgo: es visiblemente un milagro del cielo, y Dios mismo se encarga de completar la obra y sellar su alianza. Nueve mil indios —dice la historia— se convierten a la fe de Cristo y reciben allí mismo, de manos del gran Apóstol, el bautismo redentor, siendo apadrinados por los Capitanes españoles. Desde entonces, hasta el día presente, se celebra en la Rioja, como

fiesta religioso-popular, la festividad evocadora del Niño-Alcalde. Es una fiesta típica y única en su género, que conmueve y encanta, por su sencillez y sus ceremonias extrañas y nos transporta involuntariamente a los tiempos de la Colonia y de la Leyenda, en que españoles e indígenas funden sus almas y sus destinos en un abrazo fraternal de amor, que dió origen al verdadero "criollo", representante genuino de dos razas invencibles.

Y en la Rioja y en Santiago del Estero y en todo el vasto territorio de los Incas y del antiguo Tucumán, doquiera predicara y desarrollara su alta misión de Apóstol, el gran Solano, allí es únicamente donde el indígena ha podido sobrevivir al exterminio de su raza, y hasta conservar su dulce idioma, como ocurre en la Provincia de Santiago del Estero, en Bolivia y el Perú, siendo luego incorporados sus elementos a la civilización y a la fe, al igual que todos los españoles, nacidos en América.

Con razón se lo ama, con razón los pueblos nacidos al amparo de la cruz, que plantara con tanto amor el gran Solano, lo veneran y reconocen como el gran Apóstol de Jesucristo, enviado por Dios para traer la fe y la verdad evangélica al Nuevo Mundo. ¡Ah, señores!, el espíritu de Solano está aún vivo y palpitante, al cabo de tres siglos, en todos los lugares y pueblos donde predicó esa doctrina celestial de amor, que cautiva a los hombres y engrandece y dignifica a los pueblos; donde pisaron sus sandalias apostólicas, dejaron una huella tan profunda, más que en las piedras que se dicen holladas por sus pies, en el corazón y las almas del pueblo creyente y agradecido de Santiago. Cuando uno ve y presencia los actos de fe cristiana y del amor y veneración que conserva este pueblo al gran Taumaturgo, civilizador de nuestra raza, no puede menos que remontarse a los orígenes de su fe, a la pila bautismal de su conversión, y decir, como única explicación de este hecho: "aquí vivió un Santo, por esta tierra pasó derramando el bien, como el Maestro Divino que lo enviara; ¡aquí predicó el más grande Apóstol que pisara estas tierras vírgenes del Nuevo Mundo!". . .

II

Y siguiendo la misma ruta abierta por el gran Solano, a través de bosques, desiertos y montañas, en los pueblos recién fundados y en los aduares desmantelados de los indígenas, y prosiguiendo su obra apostólica y civilizadora, se lanzaron innumerables misioneros, franciscanos, domínicos, mercedarios y jesuítas, que continuaron con ardiente celo la gloriosa empresa de convertir y civilizar al salvaje, ya con la predicación del Evangelio, ya abriendo escuelas y talleres de enseñanza, que lo iniciaron en el aprendizaje de las ciencias y las artes, hasta incorporarlo de lleno a la obra de cultura y civilización, que, al cabo de tres siglos, hemos alcanzado.

Y no se olvide que, durante dos siglos y más, los frailes, y sólo ellos, han sido los maestros y mentores de españoles e indígenas, los únicos que levantaron y sostuvieron escuelas de enseñanza, desde las primeras letras hasta los estudios universitarios, que se daban, desde principios del siglo XVII, en la Universidad de Córdoba, fundada por un gran Obispo franciscano, el Ilmo. Trejo y Sanabria, cuando el Estado docente no existía aún y cuando los únicos focos de cultura estaban concentrados en los Conventos, que, a pesar de su pobreza proverbial, encontraban recursos suficientes, en su caridad sin límites, para alimentar con el pan material y espiritual a las hambrientas muchedumbres, que desfallecían de hambre y de ignorancia en los pueblos recién convertidos a la fe de Jesucristo.

Ellos pueden apropiarse, con toda verdad y sin jactancia, el apóstrofe lapidario y rigurosamente histórico, que el gran poeta argentino pone en boca del abnegado misionero:

> ¿Qué fué, un día, tu mansión paterna?
> ¿Qué fué el hogar donde tu amor sonríe?
> ¿Qué fué, en fin, tu patria entera,
> Donde hoy sus pasos el progreso estampa?
> Antes de alzar mi cruz —¿sabes lo que era?—

¡El salvaje desierto de la pampa!

. . . .

¡Y sobre la sangre mía,
Con que el desierto indómito fecundo,
Extiende el progreso la férrea vía,
Por donde cruza el porvenir del mundo!

De suerte que podemos decir, con toda verdad y con los documentos en la mano, que, si somos deudores a España, de nuestra civilización y cultura, no es por obra de sus conquistadores y adelantados, sino porque toda su fe legendaria, toda su cultura y toda su grandeza espiritualista y caballeresca, estuvieron representadas en sus grandes misioneros y en sus ilustres frailes..— Francisco Solano, Luis de Bolaños, Trejo y Sanabria, Juan de Vergara, Cayetano Rodríguez, Pedro Luis Pacheco, Castañeda, Ramón de la Quintana, Esquiú, son más que nombres celebrados, son estrofas del gran poema cultural de la Nación Argentina, en la primera etapa de su cultura, en la infancia de su vida moral e intelectual.

Y es esto tanta verdad, que si los argentinos, por un fenómeno no raro en la historia humana, llegáramos a olvidarlo, hasta las tumbas de los muertos se abrirían para testificarlo, y hasta los Andes con la voz aterradora de sus volcanes, y los bosques con el bramido de sus fieras, y los ríos con la voz atronadora de sus torrentes, ¡nos estarían gritando y enrostrando nuestro olvido e ingratitud!... ¡Pero no!, la estrofa escrita con sangre generosa de mártires y Santos, como Solano, ¡no puede olvidarse nunca! ¡Ella vive y vivirá eternamente grabada en nuestros corazones, y allí su recuerdo es inmortal!..

¡Noble y religioso pueblo de Santiago! ¡Conservad siempre en vuestros corazones, como una lámpara votiva e inextinguible, el recuerdo de vuestro glorioso Taumaturgo; pero

más que todo, conservad viva en vuestras almas la fe cristiana y las altas virtudes religiosas, que, con tanto amor y celo, os dejó como la mejor herencia de su espíritu seráfico, el Santo Penitente, objeto de vuestros cultos! La gratitud y la fe religiosa son el único fundamento sólido de la felicidad y grandeza de los pueblos.

S. Francisco Solano es el gran embanderado de Cristo, que Dios os ha enviado para que guía vuestros pasos y os haga felices en el tiempo y en la eternidad

¡Así sea!

INFLUENCIA DE LA TERCERA ORDEN FRANCISCANA EN LAS CIENCIAS, EN LAS ARTES Y EN LA LITERATURA

Praeco sum Magni Regis. (Vita P. Francisci).

La revolución más grande que se ha operado en el orden moral e intelectual del mundo —más grande que las revoluciones geológicas del planeta que habitamos, más trascendental, en sentido contrario, que la tragedia paradisíaca que trastornó el universo— fué, sin duda, la que obró el drama sangriento del Calvario, Jesucristo redimiendo, con el precio de su sangre, a la humanidad culpable.

La Cruz, señores, levantada por Cristo como enseña redentora, fué la cuña gigantesca clavada en el corazón del mundo, que, mejor que la soñada palanca de Arquímedes, dió vuelta al universo entero y cambió por completo los ideales, los rumbos y los destinos todos de la humanidad.

Del polvo de las razas envejecidas surgió un mundo nuevo; nuevos horizontes se abrieron para el género humano, nuevas verdades y nuevos mundos para la ciencia, y un hálito celestial de vida divina vino a animar nuevamente los huesos áridos y calcinados del hombre decaído y materializado.

La civilización cristiana, con todo ese cortejo deslumbrante de ciencia, de bellas artes, de virtudes y de glorias, que

ha hecho de la Europa cristiana el teatro de la civilización más grande del mundo y de la historia, que en cada palmo de tierra ha dejado, en monumentos inmortales, estampado el sello soberano de su grandeza, como la irradiación viviente de Dios en la humanidad; la civilización cristiana —repito— es la antítesis gloriosa, inconfundible y triunfante de la abyecta civilización pagana.

Pero la civilización cristiana, señores, siendo la irradiación de Dios en la humanidad y teniendo, como tal, dos elementos diversos, dos componentes antitéticos, que forman algo así como los dos polos opuestos —el positivo y el negativo— del magnetismo electro-dinámico del universo, o sean Dios y el hombre; tiene también su doble faz: la una, radiante y pura, como el pensamiento de Dios dando vida a los mundos; la otra, mezquina, egoísta, decadente, como el barro mortal, en que está plasmada la humanidad. De aquí que a veces la misma fe, que es como el sol de la redención, y hasta la caridad, que es la vida del mundo, sufran sus eclipses y velen su faz resplandeciente, bajo la densa nube que surge y se levanta del fondo obscuro de las pasiones rebeldes y turbulentas del hombre carnal y degenerado.

¡Tal ocurrió, señores, en el siglo XIII, respecto del cual ha dicho un gran filósofo cristiano que si la Iglesia de Jesucristo pudiese morir, el siglo XIII habría sido seguramente su tumba!

Pero como Dios mismo tenía y tiene empeñada formalmente su palabra de que "las puertas del infierno, o sean los errores y los vicios que a él conducen, no prevalecerían jamás contra la religión del Cristo", desciende nuevamente al mundo, no en su persona misma, sino en la persona para siempre afortunada de un varón justo, de un vidente celestial, taumaturgo divino y esrafín humano, hombre y ángel a un tiempo mismo, que, aunque no es personalmente Cristo, tiene su semejanza, lleva su señal y sus estigmas, que son y serán siempre los trofeos inmortales de la redención; le infunde su espíritu, su poder, su virtud y su amor, con que va a convulsionar el mundo, a incendiar toda la tierra, a hacer reinar nuevamente el amor y brillar a la verdad en todo su esplendor.

Y este hombre, señores —¡ya lo conocéis!— era Farncisco...

A su impulso todo se conmueve, a su contacto todo se transforma; y en su marcha triunfal... (porque Francisco, señores, representa más que una persona, encarna una idea, un pensamiento divino, y personifica, en el mundo, el amor purísimo y potentísimo de Cristo, que todo lo envuelve, todo lo purifica, lo eleva y transfigura, como la hoguera inmensa y colosal del amor de Dios, abrasando con sus llamas el universo...) ; en su marcha triunfal —repito— se incorpora la humanidad, penetra con su espíritu, con su austeridad y con su amor, en todas las capas sociales, desde el pobre y desvalido proletario, perpetuamente uncido al doble yugo del trabajo y del la esclavitud, hasta las altas cumbres de la aristocracia y del poder, ensoberbecidos con sus títulos nobiliarios, con sus riquezas y con su odioso despotismo; consume con las llamas encendidas de su amor las duras escorias de tantos egoísmos petrificados, hiere de muerte al gigante del orgullo con la honda potente de su rara humildad y le da el golpe de gracia con la invencible y tajante espada de su proverbial pobreza; envuelve, en fin, como en una atmósfera celestial de amor y de virtud, al mundo entero, dentro de los tres círculos concéntricos que forman sus tres órdenes, desplegándose como rozagante flor ante el cielo y ante el mundo: ante el cielo, para recibir el rayo divino, la luz fecundante de la gracia; ante el mundo, para abrasarlo con su amor y embalsamar la tierra entera con el aroma divino de todas las virtudes.

Y bien; así como Jesucristo unció a su carro triunfal las generaciones y los siglos y produjo, con su doctrina, con su ejemplo y con su gracia, como natural florescencia, toda una nueva civilización, más grandiosa, más brillante, que la del paganismo, cuanto es más brillante y más grandioso que la tierra el cielo; del mismo modo, o muy semejante —ya que la misma virtud de Cristo es la que en Francisco resplandece—se verificó, en el mundo de las costumbres y las ideas, una revolución grandiosa por la influencia avasalladora y sobrehumana de las tres Ordenes Franciscanas.

Y para especializarme en lo que se refiere a la Tercera

Orden, debo decir de ella que es un reflejo, una prolongación de la primera, y como el tercero y más amplio anillo de ese triple círculo colosal, grandioso y divino con que Francisco ha envuelto a toda la raza humana. La Tercera Orden, en efecto, reflejando en forma maravillosa, los rayos de luz y de amor que proyecta la primera, los concentra y los enfoca en toda la sociedad, la compenetra en su organismo y le inyecta su virtud en todos sus poros. Y como esos rayos no tanto brotan de la inteligencia, que es luz, sino más aún del corazón, que es fuego —ya que eso significa el título de "seráfico" con que la Iglesia apellida sabiamente a S. Francisco y a sus tres Ordenes, que son su prolongación viviente y llevan en su frente ese sello celestial del amor—; de aquí que no sólo iluminan la mente de los hombres, provocando el cultivo y desarrollo de las ciencias, como lo han hecho, sino que su carácter distintivo, inconfundible, es el amor que vivifica, que alienta y que eleva al género humano hasta la cumbre de la grandeza.

Por eso, y porque los hombres se mueven más a impulsos del amor que por las luces de la inteligencia, y comprenden mejor el lenguaje del corazón y de la virtud, que el de la razón y de la ciencia; pudo Francisco, con su tercera Orden, realizar en el mundo una revolución tan grandiosa y colosal, como, después de la producida por Cristo, no se ha visto otra semejante en el seno de la humanidad.

La ciencia teológica, que a principios de la Edad Media había quedado reducida simplemente a la categoría de "especulativa" con el Maestro de las sentencias y su prepotente escuela, se convierte de repente en "ciencia práctica" con San Buenaventura, que hace brotar de las entrañas especulativas del dogma, una ciencia dueva, la *ascética*, que, prendiendo en las almas el ardor celestial de sus incendios, las conduce triunfalmente a Dios. En alas de esa ciencia vuelan y se encumbran con rumbo al cielo, corazones tan puros, como Rosa de Viterbio, María Francisca y Juana de Arco; almas tan grandes, como S. Luis y S. Fernando, Carlos V y Felipe II; Pontífices, como Gregorio IX, Pío X y León XIII; genios tan

encumbrados, como Don Bosco, Balmes, Aparicio Guijarro, Monseñor de Segur y Donoso Cortés.

En las ciencias exactas y naturales tiene la Orden Tercera una verdadera constelación de astros de primera magnitud, que han brillado con luz propia y han cambiado con su influencia avasalladora la faz del mundo.

Rogerio Bacón, el más grande físico y matemático de su siglo, sembró, en sus enormes infolios, la simiente fecunda de los grandes descubrimientos modernos, con sus teorías atrevidas y celebérrimas de la gravedad de los cuerpos y del calórico, de la electricidad y del vapor: teorías que, en el siglo XIII, fueron consideradas como un delirio, pero que, en el siglo XIX, han venido a constituir el triunfo más espléndido del ingenio humano sobre las leyes rígidas e inconmovibles del mundo físico.

Pero, entre todas esas ciencias, la cosmografía, en la parte que se refiere a nuestro globo, especialmente, es una conquista eminentemente franciscana, cuyos paladines principales pertenecen a la Tercera Orden. Fué un terciario franciscano, aquel gran soñador —prodigio de las ciencias medioevales— que se llamó Raymundo Lulio, el primero que trajo al tapete de las ciencias la teoría de la redondez del globo y la marcha giratoria de los planetas, que otro terciario de genio superior, el gran Galileo, verdadero mártir de la ciencia y célebre por su sistema planetario y astronómico, redujo a las proporciones de un teoremo geométrico de evidencia incontrastable. Y siguiendo la misma ruta, y apoyado en los principios sentados por los maestros de su misma escuela, llevó a la práctica esas teorías, desafiando las olas embravecidas del oceano, para dar a la humanidad y más aún a Jesucristo, el cetro de un mundo nuevo, el gran Cristóbal Colón, que, abrazado con un fraile franciscano ilustre, el P. Marchena, arranca a las entrañas del mar bravío la perla americana, y completa el hasta entonces trunco mapa del mundo.

Y en pos de los sabios, que, cabalgando en su genio, van mostrando a la humanidad los caminos de la luz y las leyes del universo, se lanza a la conquista de nuevos laureles, esa

bandada de artistas que van persiguiendo el ideal de la Belleza eterna, para volcarla en sus lienzos inmortales, que han de colgar más tarde, a guisa de trofeo, sobre los altares de nuestros templos, o en las cúpulas gigantescas, aéreas, disparadas como flecha en dirección del cielo, de las grandes catedrales de la Edad Media, como la estrofa lapidaria del inmortal poema, que proclama para siempre el reinado de Jesucristo sobre el mundo. Miguel Angel, Rafael, Murillo, Cimabue, Lucas de la Robia, el Pissano, Campello, Guido de Siena —terciarios fervorosos, genios superiores— y el gran Giotto, que, al decir de otro inmortal terciario, Dante Alighieri, eclipsó con la paleta inimitable de su inspiración, la fama mundial del gran Cimabue:

"Credette Cimabue nella pittura
Tener lo Campo, ed ora ha Giotto el grido,
Si che la fama di colui oscura".

Esos terciarios, que ya no son gloria únicamente de la Tercera Orden y de su siglo, sino de todos los siglos y de toda la humanidad, han grabado, en las obras artísticas más grandes y más clásicas de la Europa cristiana, la estrofa inmortal y más grandiosa, que ha cantado el hombre sobre la tierra al Dios de la redención y del amor!

Por eso S. Francisco ocupa siempre un lugar prominente y distinguido en todos los templos artísticos de Europa, y especialmente en Roma, teatro principal de los grandes artistas franciscanos, en donde no hay un templo, de los cuatrocientos y tantos que cuenta la Ciudad eterna, desde la gran Basílica de S. Pedro —triunfo insuperable del arte cristiano de todos los siglos— hasta la pequeña Iglesia de San Marcelo y la Capilla, más pequeña aún, del *Quo Vadis?;* no hay un solo templo —repito— que no ostente una estatua, un fresco o un cuadro artístico de S. Francisco... Y hay dos razones principales de ese hecho culminante, que cualquiera llamaría por demás singular y peregrino: la primera es que los más grandes pintores y escultores, del siglo XIII adelante, han sido terciarios franciscanos y lo han colocado

allí como el mejor homenaje que rendían a su gran Padre; y la segunda, como el mejor tributo de gratitud y veneración que le rendían el arte y la fe al gran despertador de la fe e inspirador del arte cristiano de la Edad Media.

Añadid a estos genios insuperables, verdaderos creadores del arte cristiano, los nombres de literatos y poetas tan afamados como Cervantes, Calderón de la Barca, Lope de Vega, el Tasso, Petrarca y otros innumerables, y el que vale por todos, el altísimo poeta Dante Alighieri, el más grande de los vates iluminados que ha tenido el mundo... Músicos incomparables, como Monteverde, creador de la música moderna e introductor de la "cuarta mayor", Radó, Comas, Martini Gluck, Mozart y Martini, digno maestro del gran Rossini... todos ellos son el escuadrón de artistas que forman en las filas franciscanas de la Tercera Orden, reciben de Francisco la inspiración y constituyen el exponente más grandioso de la potencialidad y virtud de esa institución gloriosa, que hacen siete siglos viene llevando el mundo.

Tres nombres solamente son bastantes para inmortalizar a una institución, que haya tenido la gloria de contarlos como suyos: Dante, Giotto y Cristóbal Colón. ¿Qué será cuando a éstos puede sumarse toda una legión?..

Se dirá tal vez que esos poetas, esos artistas y genios superiores, no se han formado precisamente en las academias franciscanas, y que, sin ser terciarios, podían brillar en el mundo con su propia luz, como brilla el genio doquiera pasee su melena brillante de rey... ¡Sea enhorabuena!, pero hemos de convenir, cuando menos, en que los poetas y los artistas y los genios más poderosos del mundo, por una especie de gravitación natural, o de superior instinto que los honra, acuden en tropel a ceñirse el recio cordón seráfico, como se ciñe un guerrero su armadura de atleta, como busca la planta las claridades del sol que la fecunda y colora sus capullos, en su eflorescencia primaveral.

Francisco, señores, es el gran poeta de los siglos: tiene alma de virgen y corazón de artista. Por eso las almas castas, los corazones puros y los genios superiores, corren hacia él,

en busca de inspiración y de alientos inmortales. Y hoy, en pleno siglo XX, he visto yo mismo en Asís y en la Verna, en la Toscana, en Foligno y en toda la Umbría, una no interrumpida caravana de sabios y de artistas que van buscando inspiración y nuevas eflorescencias de fe, en los monumentos, modestos pero sublimes, que nos recuerdan y conservan el nombre, la virtud y el genio admirable, extraordinario de Francisco ¿Qué significa todo eso, señores?

Significa que la persona de Francisco, que las virtudes de Francisco, que la escuela de Francisco, en fin, son la encarnación de un ideal grandioso, del ideal mismo de Dios, bajo la faz más dulce y encantadora, que nos es dado contemplarlo, cual es la faz del amor, en sus deliquios eternamente subyugadores del sacrificio voluntario y supremo de la redención. Es que su lenguaje es el lenguaje mismo del amor, en su expresión más alta, más sublime y más divina; es que su virtud y sus obras todas son el triunfo más brillante de ese amor; es que él fué el primero que comprendió el mudo, pero muy elocuente lenguaje de la creación y supo expresar, en trovas y cantos inmortales, el himno sublime del amor, que toda la creación entona diariamente al Criador, prestando su voz, su corazón y su alma enamorada, a las criaturas insensibles, para tributar a Dios, en nombre de todo el universo, el homenaje grandioso y sobrehumano del amor...

Recuérdese su inspirado *canto al hermano sol*... ¡Qué soberana elocuencia! ¡qué chispazos de amor más puro! ¡qué estrofas tan tiernas y divinas! (cada una de ellas vale un poema), ¡qué hálito inmortal las anima, las compenetra y las envuelve! . . . No es de extrañar, entonces, que Dante mismo —como afirman sus más grandes admiradores— haya tomado algunos destellos del sol radiante de Francisco, para engarzarlas, como un diamante, en su inmortal poema, la Divina Comedia . . .

Y como el alma de la poesía y de las bellas artes no consisten precisamente en imitar las líneas exteriores y los coloridos del mundo visible, sino más bien, y sobre todo, en dar animación y vida a los bronces y los mármoles, y más aún, en infundirles un soplo viviente de inmortalidad; de aquí que, apenas abierta a la contemplación del mundo, por el es-

píritu amante e inspirado de Francisco, esa faz resplandeciente y divina de la creación, la luz celestial, la belleza soberana se derrama a torrentes sobre las almas y se esparce por el mundo, como una atmósfera que lo envuelve. Por eso todos rodean a Francisco y se incorporan a su escuela y se arremolinan en torno suyo, como bandada de blancas palomas, que encuentran en él al Pregonero mágico y divino del Rey de los cielos, Jesucristo. Pero, sobre todo, los artistas y los poetas, que son los que mejor saben sentir y gustar los soberanos encantos de la belleza y del amor, son precisamente los que le forman su cortejo de honor y se sienten atraídos fuertemente en torno de su alma de artista y de poeta superior.

Y así como el gran Colón abrió un nuevo e inmenso cauce a la civilización y al Evangelio, con el descubrimiento del Nuevo Mundo; del mismo modo Francisco, con los destellos encendidos de su inmenso amor a Cristo, y en Cristo a la creación entera, abrió nuevos horizontes a las ciencias y las artes, y especialmente a éstas, por tener un objeto más sublime y encantador, la estética y la belleza, que no son otra cosa que la dulce irradiación de la verdad, en sublime consorcio con la eflorescencia misma del amor.

He aquí, en síntesis, la influencia poderosa y decisiva que ha ejercido Francisco, en el mundo de las ciencias, de las letras y de las bellas artes, por medio de su Tercera Orden. Dígase ahora si tenían motivos de sobra los Pontífices de Roma, en particular León XIII, Pío X y el actual Benedicto XV, para esperar, a base de la Tercera Orden, una regeneración de la sociedad en el siglo XX.

FISONOMIA MORAL DEL PADRE ESQUIU

El Orador - El Santo - El Pastor Evangélico

Señores

Invitado gentilmente por los distinguidos miembros del "Congreso de Historia Argentina del Norte y Centro de la República", auspiciado por la "Junta de Estudios Históricos de Córdoba — filial de la "Academia Nacional de la Historia"—, cábeme el alto honor de aportar mi modesto grano de arena, destinado a constituir, asociado a los valiosos elementos traídos a este Congreso, el edificio grandioso y escultural de nuestra Historia patria, que aun muestra páginas en blanco, no por carencia de elementos y de materia prima, sino por falta de cohesión y de una mano vigorosa que les señale el lugar correspondiente y les imprima movimiento y vida, en el conjunto armónico de sus variados matices.

La unidad de la raza exige naturalmente la unidad de la historia, que se forma con los distintos elementos de hombres y de hechos, que, en diversas épocas y con una sucesión jamás interrumpida de labor y afán, han venido estructurando el templo vivo de la historia, como esos reinos sobrepuestos de la Naturaleza, que se unen y entretejen para formar el conjunto armónico del Universo. Y estos Congresos, señores, tienen la virtud de acercar y unir los diversos elementos, los acontecimientos y los actores y formar, con todos ellos. el edificio arquitectural de nuestra historia.

Se me insinuó también un tema, por demás simpático, y al que tengo consagrados largos años de estudio y dedicación: la personalidad del Padre Esquiú. Y ¿cómo negarme a ello, cómo no aceptar una invitación que tanto me honra y una labor tan grata a mi condición de franciscano, de argentino y hasta de catamarqueño? Pues, se trata de esbozar una semblanza del hijo ilustre de Catamarca, blasón de la Orden Franciscana, gloria y prez del Episcopado argentino, que prestigió con su virtud y ciencia esta Sede Episcopal de Córdoba, donde se han sentado figuras tan ilustres, como Trejo y Sanabria, como Argandoña, como Moscoso, José de S. Alberto, Orellana, Alvarez, Bustos . . . y que hoy culmina con la figura patriarcal de su gran Arzobispo, que concentra en su persona todos los rayos y virtudes que ilustran y hacen más venerable la frente augusta de los grandes Pastores de la Iglesia . . .

Esa figura grande y luminosa de Esquiú, me atrae y me fascina, y no puedo menos que exclamar ante ella, haciendo propia la frase feliz de Pedro Goyena: "¡Oh, el Padre Esquiú es el más parecido a los Santos que haya nacido en la República Argentina!" A más de eso, un trabajo sobre la personalidad histórica del Padre Esquiú no podía faltar en este torneo literario, alrededor del cual van a desfilar las figuras patricias del Centro y Norte argentinos, para completar con ellos la galería de los Próceres que nos han dado patria y libertad.

Trataré, pues, de esbozar, del mejor modo que me sea posible, los rasgos más prominentes de esa figura histórica, que se agranda con el tiempo y que ha pasado a la posteridad aureolada con la doble aureola, de la ciencia y de la virtud, y se halla, en la actualidad, muy próximo, a lo que creo, a recibir el culto de los altares.

I

¡Fray Mamerto Esquiú!, o simplemente, "el Padre Esquiú" —como le llamó siempre el pueblo, expresando así su virtud característica: la humildad— es la gloria más grande,

la más pura, no ya de Catamarca únicamente, sino de la República Argentina y aun de todo el Continente Americano. Así lo dicen de consuno todos sus contemporáneos, que tuvieron la dicha de conocerlo y de tratarlo, desde los más altos representantes del pensamiento y de la ciencia, como Pedro Goyena, Vélez Sársfield, Avellaneda, Pizarro, Estrada, Joaquín V. González, Rawson, Navarro Viola . . . , hasta los más humildes hijos del pueblo, a los que dispensó siempre sus más íntimas confidencias, sus más delicadas atenciones; así lo repite, con vibración creciente, el clarín heráldico de la fama, expresado por los órganos más autorizados de la prensa argentina, que dos veces al año, cuando menos, en la fecha de su nacimiento y el aniversario de su muerte, rememora sus virtudes y destaca su figura patriarcal de Religioso y de Pastor; así lo pregonan y reflejan, en fin, todos sus biógrafos, y más aun y mejor todavía, ese halo de virtudes que rodea su frente e ilumina sus obras todas y sus escritos inmortales.

La naturaleza misma se mostró pródiga con él: lo había ricamente dotado de una inteligencia clara, vigorosa y elevada, y Dios había tocado sus labios y comunicádole el don sublime de la elocuencia, que subyuga las almas y cautiva los coraones, y que raya visiblemente en los límites de lo sobrehumano. Porque jamás ha subido tan alto el tono y la autoridad avasalladora de la elocuencia, aun sin pretenderlo, como en el P. Esquiú. Sus ideas son elevadas, grandiosas, transparentes, y sus palabras caen, como astros encendidos, sobre el corazón y la conciencia del auditorio, que, desde los comienzos hasta el final, se siente dulcemente avasallado y conmovido por tan soberana elocuencia.

Por eso sus sermones y panegíricos, donde ha volcado su alma entera, son leídos hoy día, después de ochenta años, como lo fueron ayer y lo serán siempre, con una fruición que nos embelesa y nos transporta, involuntariamente y sin esfuerzo, a las regiones luminosas de lo suprasensible y de lo eterno. Son la expresión del genio, el lenguaje de los siglos: hay en ellos algo que no es de este mundo, relámpagos de luz, fulguraciones de astro, palpitaciones de inmortalidad!... Tomo, al pasar, estas frases luminosas de su histórico sermón

del 53: "El carácter prominente del universo es revelar su Autor y sus infinitas perfecciones". — "Dios se mece sobre los pueblos, como el sol centellea sobre los planetas". — "La ley es en orden social, como los principios en el orden científico: su base inconmovible, y es, a la vez, el resorte insustituíble del progreso". — "Basta de palabras, que no han salvado a la patria". — Otro: "La Religión y la Patria son dos hermanas gemelas, que nacidos de un mismo principio, caminan cada una por sus vías peculiares a un mismo fin; y la una y la otra, con sus pies en la tierra y asidas de sus manos con eterno amor, campean sus cabezas en el horizonte de lo Infinito" . . .

¡Qué conceptos! ¡Que elocuencia y brinllantez de pensamiento! ¡Qué ideas tan grandes y luminosas! . . . ¡Oh, desde el día en que enmudeció la lengua de Esquiú, la cátedra sagrara está de luto: jamás resonaron acentos iguales o semejantes en los púlpitos argentinos! . . .

Al escucharse, por primera vez en Catamarra, esos acentos, vibrantes, luminosos, de una grandeza y solemnidad nunca sentidos, que resonaban en las anchas naves del templo, como una clarinada de victoria y cuyas sonoridades repercutían con extrañas vibraciones, desde los macizos paredones del Ambato hasta las ondas rumorosas del Plata, la nación entera se puso de pie para saludar al joven orador como al tribuno más grande de su siglo.

Luego aparece el Decreto del Gobierno de la Nación, ordenando una "publicación oficial" de los dos sermones político-religiosos, del 53 y 54, precedidos de algunos datos biográficos del autor: Decreto que, al decir del doctor Nicolás Avellaneda, "fué la pila bautismal de la gloria del gran orador de Catamarca".

Huelga decir que esos sermones, especialmente el del 53, en que aconsejaba y conjuraba a los pueblos, en nombre de la Religión y de la Patria, a aceptar y prestar obediencia a la nueva Constitución, so pena de volver a sepultar a la Nación entera, en la noche sangrienta de la anarquía, tuvieron honda repercusión en todas las Provincias de la República, aquie-

taron a los espíritus enardecidos y rebeldes y apagaron las últimas chispas de sedición y de anarquía, que aún dividían a los pueblos. Fué la divina unción, grande y solemne, con que consagró, en la conciencia de todos los argentinos, la Constitución nacional, el gran orador de Catamarca, el Padre Esquiú.

Toda la prensa de la República se hizo lenguas para saludar y elogiar, por sus órganos más autorizados y por boca de sus más grandes mentalidades, al "orador de la Constitución", como con sobrada justicia se le ha llamado desde entonces. El doctor Pedro Goyena, hombre de ciencia, publicista y orador de nota, escribía, años más tarde, sobre el orador de Catamarca, refiriéndose especialmente a su célebre sermón del 53: "El P. Esquiú se mostró a su patria como orador en una circunstancia solemne, y su palabra fué digna del acontecimiento cuya importancia y fecunda bondad ocuparon su mente y estremecieron su corazón de cristiano y de patriota ... Esa ley memorable —La Constitución— se daba, como algunas otras grandes leyes, en medio de una borrasca. Las palabras del P. Esquiú la saludaron, sin embargo, como una jubilosa esperanza, resonando majestuosamente entre el vocerío de los partidos y el estruendo de las armas. La Patria había hallado su orador. Se lo mandaba la Iglesia, y lo tomaba de un claustro silencioso y oscuro, como para dar una lección elocuente al orgullo insensato, que sólo admite las superioridades declaradas por él, según el criterio estrecho de sus convicciones. Las palabras del P. Esquiú vibraron con un acento elevado y conmovido. Su discurso no subía penosamente por los andamios de la retórica; cerníase en las alturas movido por alas poderosas; fulguraba en la región de los astros, y campeaba, para usar de la expresión que el orador aplica a la Religión y a la Patria, en el horizonte mismo del Infinito" ... Y concluye, hablando de la persona del orador: "Quien así hablaba desde la cátedra sagrada, era un joven franciscano, conventual de Catamarca, y cuyo nombre todos ignoraban hasta ese día inolvidable. Tenía apenas 27 años; no había frecuentado las Universidades ni los Centros sociales; vestía el humilde sayal desde su infancia, en cumplimiento de un voto arrancado por el dolor y la fe, al corazón

de su piadosa madre, y su vida se había deslizado solamente en el hogar o en el claustro... Le eran desconocidos los modelos profanos; pero había meditado mucho en los Libros Santos, y Dios le había tocado el corazón, le había dado la "palabra", esa maravilla de la gracia, que alumbra los abismos y subyuga las almas ..."

El doctor Miguel Navarro Viola, literato distinguido y escritor brillante, abriendo juicio crítico sobre los discursos del P. Esquiú, especialmente el del 53, dice: "Elogiar discursos como los del Padre Esquiú, es hacer descender su mérito, es como copiar a la naturaleza y presentar, de mano de los artistas humanos, la obra inmensa y sublime del Artista Divino. Por eso, para que nuestro elogio sea digno de vos, orador ignorado, orador de la naturaleza descollante de los Andes y del Plata, preferimos hacer leer algo vuestro, algo de ese discurso inaugural de vuestra merecida gloria..." Trascribe a continuación el grandioso exordio del sermón del 53, y antes de finalizarlo, al terminar un párrafo brillante, de estilo grandilocuente, se interrumpe de repente y lanza esta expresiva apóstrofe: "Ravignan y Lacordaire, vosotros vivís, para decirnos si desdeñaríais comenzar en *Notre Dame* uno de vuestros discursos por las palabras que Esquiú ha pronunciado en la humilde Matriz de Catamarca!". Luego continúa: "Si hemos de comparar a Esquiú como orador sagrado: Bossuet y Masillón, todos los grandes Maestros se honrarían en tenerlo por discípulo, y discípulos como Esquiú suelen igualarse a los maestros. En cuanto al filósofo cristiano: Montalember, Frías, Donoso Cortés: esos son sus correligionarios, su tipo, tal vez sus iguales ..."

El doctor Dalmacio Vélez Sársfield, a propósito del sermón famoso del P. Esquiú sobre la Constitución, escribía en "El Nacional": "¿De dónde nos viene esta gran voz? ¿Que Catamarca, que lo cuenta como suyo, que lo ha visto nacer y ha modelado su mente en sus escuelas modestas y sin renombre, es apenas una aldea? ¡No importa! Cuando en un pueblo aparece un orador de la altura de Esquiú; cuando él es comprendido y se sabe valorar su mérito, ¡ese pueblo es un pueblo civilizado, aunque sus casas sean chozas!"...

El doctor Eduardo Wilde, hablando de los sermones del Padre Esquiú, decía: "¡Son admirables!". Y el doctor Rawson agregaba: "A esos sermones hay que leerlos, volverlos a leer y luego guardarlos para leerlos de nuevo en algunas circunstancias de la vida". Y el Decreto del Gobierno de la Nación, en los considerandos, dice: "que ellos (los sermones del P. Esquiú, del 53 y 54), están marcados por la majestad del lenguaje y la gravedad del pensamiento de Bossuet y la filosofía y los encantos de Lacordaire"

Nos haríamos interminables si continuáramos espigando en el campo fecundo de los elogios que, con justicia, se han tributado al Padre Esquiú, como orador, por las más grandes mentalidades argentinas: Avellaneda, Goyena, Navarro Viola, Estrada, Pizarro, Joaquín V. González, Gorostiaga, Calixto Oyuela y muchos otros, que han considerado los discursos del P. Esquiú como los mejores modelos de oratoria sagrada, de habla castellana. Pero basta con lo dicho, y pasemos a ocuparnos de la otra faz, más grandiosa, más sublime y encantadora, que nos ofrece la vida de este varón extraordinario, cual es la que se refiere a sus altas virtudes sacerdotales, que salen visiblemente de la esfera de lo común, para entrar de lleno en la región de lo heroico y sobrehumano.

II

El P. Esquiú, ya se lo considere como orador clásico y evangélico, ya bajo el punto de vista de la ciencia, o bien como escritor de una mentalidad superior, ya, en fin, como religioso austero, como maestro, como misionero y como Obispo celoso y ejemplar —que todo lo ha sido, en la multiplicidad de su acción indeficiente—, se nos presenta como una figura única y descollante en la República Argentina. Pero la más brillante aureola de su grandeza moral, la constituyen sus "virtudes heroicas". Y digo "heroicas", porque, visiblemente, salen de la esfera de lo común, están marcadas con el sello soberano de la santidad y amasadas con la sangre generosa de grandes sacrificios, de cruentas inmolaciones, y tienen

por base una serie de actos de abnegación y de energías tan superiores, y lo acompañan durante su vida entera, sin claudicaciones, sin desfallecimientos y sin menguante, que suponen y nos revelan el temple de un alma heroica, capaz de todos los sacrificios y un corazón dispuesto a todos los martirios.

En efecto; para labrar su propia santificación y cultivar en su alma la joya inapreciable de la humildad, puesta a prueba con los honores y los aplausos que se le prodigaron, a raíz de sus triunfos oratorios del 53, 54 y siguientes, ¿sabéis lo que hace? Otro que no hubiera sido el P. Esquiú, o no hubiera tenido su temple de alma, se hubiera contentado con formular resoluciones vulgares, que aquietasen su conciencia y esquivasen momentáneamente los aplausos, sin extinguirlos; o quizá —lo que es más común— dejarse aturdir, primero, y arrastrar, después, por la linfa cristalina de sus corrientes halagadoras. . . : ¡es tan agradable y dulce al corazón humano dejarse adormecer por las armonías rumorosas de los aplausos!. . . Pero él, lejos de aturdirse o dejarse adormecer, se recoge en el santuario de su conciencia, lanza una mirada profunda, escrutadora, que "campea en los horizontes del Infinito" —por usar su expresión—, formula una resolución, grande y heroica como su corazón magnánimo, y sin vacilar, sin retroceder, se lanza intrépido a la ejecución. Abandona su patria y su hogar, huye de Catamarca, rompe de un solo golpe los vínculos de carne y sangre, que le ligan a sus hermanos, a su amigos, a toda la sociedad, y ahoga en su corazón todos sus afectos y sus más grandes y legítimas aspiraciones de hombre, y se sepulta vivo en la Misión de Tarija. . Y como si esto no fuera bastante, como alarmado de los triunfos alcanzados por las armonías de su rara elocuencia de orador, manda a su lengua enmudecer, es decir, paraliza en su garganta las notas musicales, vibrantes y avasalladoras de su elocuencia clásica, ofreciendo a Dios, mejor y con más generosidad que la hija de Jepté, el sacrificio del don más grande y más precioso que de sus manos había recibido, desde el momento que comprende que él pone a prueba y en peligro su humildad de franciscano, su virtud de religioso. Y vive allí, recluído voluntariamente, olvidado del mundo y de sí mismo,

por espacio de doce años, en el destierro que él mismo se ha impuesto! Y allí permanece, muerto para el mundo, como el gusano de seda, de que habla Santa Teresa de Jesús, labrando su mortaja con la propia sustancia, orando, meditando, entregado por entero a los oficios más humildes que tiene la Comunidad, a los ejercicios de piedad, al estudio y meditación de los Libros Santos, ya catequizando, en medio de los bosques y a la sombra de las palmeras, a los indios chiriguanos, a quienes se complace en llamar hermanos, en explicarles, con la paciencia y el amor de una madre, los rudimentos de la Fe; o bien, atendiendo y consolando en su dolor, como su Padre Seráfico, a los leprosos que están confiados al cuidado y caridad de los franciscanos. . Allí vive en fin entregado a todas las penitencias, sin más testigos que el cielo estrellado y la soledad del bosque, macerando su carne con el ayuno y el cilicio, con la disciplina y mortificación de los sentidos, hasta domeñar la rebeldía de la carne y dar a su alma ese temple espiritual de apóstol y de mártir, que es la característica de sus postreros años, en que "vivía sin vivir, muriendo a todo lo terreno", como dice Santa Teresa de Jesús, y la que le forma esa aureola de santidad, que brilla sobre su frente venerable de Pastor evangélico y de varón perfecto

"Con la entrada de Esquiú en el Convento de Tarija —dice un autor— hubo naturalmente un movimiento de curiosidad, que se extendió a la ciudad misma; pero sus pesadas puertas volvieron a cerrarse sobre él como la lápida de una tumba. Ningún murmullo lo perturba. La Orden es rigurosa, el silencio absoluto y la desnudez prescripta y severa. El misionero de Tarija pasa cada año, cuatro meses en las reducciones del bosque y torna en seguida al Convento a reposar de sus fatigas. (N. Avellaneda). Y otro autor, penetrando más en la selva y atisbando la vida que lleva el austero penitente, cree sorprenderlo en sus meditaciones y penitencias, cuando nos dice: "Allí vive, separado por completo del bullicio de las ciudades y del tráfago del mundo, entregado de cuerpo y alma a la catequización y enseñanza de los feroces chiriguanos, viviendo solitario en medio de los bosques, bajo la sombra de las palmeras, bajo los rayos de un sol canicular, celebrando los divinos oficios en la concavidad de alguna roca o sobre el corte

horizontal de algún tronco secular. Y en las noches solitarias cuando todo duerme y el silencio es más profundo, él se entrega de lleno a la meditación, a la conversación espiritual con Dios; baja a lo más hondo de la conciencia, a lo más profundo de su alma, como el buzo al fondo de los mares, en busca de tesoros ocultos. Allí, como tratando de consolarse a solas, comienza a escribir, a la luz mortecina de una pobre vela de cera silvestre, "SU DIARIO"... ¡*Su* "Diario"! — que muy bien se puede comparar, sin desmedro, con la Autobiografía de Santa Teresa de Jesús, o mejor, con las "Confesiones" de S. Agustín, no fué escrito más que para sí mismo, como un desahogo de una conciencia atormentada; está escrito con sangre del alma y es como la disección de sí mismo, como la autopsia implacable, hecha por su propia mano y en carne viva, con el propósito heroico y deliberado de desbastar lo tosco y grosero de la naturaleza y dar entrada triunfal, en su alma transfigurada, al reino espiritual de Cristo, en los esplendores de la santidad".

Y a la verdad que lo consiguió. De allí sale radioso y transfigurado: es el apóstol predicando al mundo con su doctrina y con su ejemplo; es el hombre ascético, que pasa por el mundo contemplando el cielo; es el nuevo Moisés, destinado a conducir a Dios, con su virtud y sus enseñanzas, todo el mundo americano

III

Pero aun allí, en la soledad de su celda, en su retiro espiritual de Tarija, allí van a buscarle los honores, a requerirlo las dignidades. Ved qué contraste: por humildad huye a los honores y los aplausos, y los aplausos y los honores le siguen hasta después de muerto. Renuncia a las dignidades, y las dignidades le persiguen como la sombra al cuerpo. Por humildad renuncia al brillo de su elocuencia, y nunca es más elocuente que cuando predica al mundo con las virtudes mismas que lleva encarnadas y vivientes en la santidad de su vida. Renuncia a los esplendores de la ciencia humana, y la ciencia de

los Santos, que vale infinitamente más, viene a posarse sobre su frente transfigurada de asceta. Renuncia por humildad y abnegación su patria, y toda la América se convierte en patria suya. Renuncia a los bienes de la tierra, y todo el cielo le abre sus tesoros eternos y lo corona con diademas inmortales

A Tarija fué, pues, en seguimiento suyo, el Decreto del Gobierno de la Nación, para notificarle que el Senado nacional lo había elegido Arzobispo de Buenos Aires y pedía su aceptación para presentarlo a la Santa Sede, a los efectos de la consagración. Pero él, del mismo modo que había renunciado a los honores y los aplausos, renuncia también a tan alta dignidad. Y mal seguro en su escondite, que ha sido descubierto, se ausenta de Tarija ("no sea que quieran insistir" — dice) y va en peregrinaje de incógnito hasta Guayaquil, y anduviera peregrinando, como un S. Roque, por el mundo entero, si no le llegara la noticia, trasmitida por un amigo —único conocedor de su paradero— de que le había sido aceptada la renuncia.

Y años más tarde, cuando fué elegido Obispo de Córdoba, renuncia de nuevo; y a no intervenir el mandato expreso del Pontífice de Roma, nunca aceptara esa dignidad, para la cual se consideraba indigno. ¡Oh gran Esquiú! ¡Grande eres por tu ciencia y elocuencia, más grande todavía por tu rara humildad, que te hace desconocer tus propios méritos; pero mucho mayor aún, por el acatamiento y obediencia prestada a la Suprema Autoridad del Papado, al Romano Pontífice!

Y nada digo de las virtudes heroicas de humildad, de mansedumbre, de prudencia y caridad, que practicó este varón celestial, en su vida ejemplar de Obispo: —virtudes que le ganaron todos los corazones y le conquistaron, aun en vida, el calificativo de "Obispo santo". "Predica el Santo Obispo" —decían las turbas que corrían y se agolpaban al rededor de sus púlpitos, como los hijos de Israel en torno de la Montaña, a escuchar absortos las "palabras de vida eterna", que brotaban como relámpagos de los labios divinos de Jesús.

Un pequeña digresión, señores. Se han preguntado mu-

chas veces sus biógrafos, sin acertar en la respuesta: ¿Por qué el P. Esquiú no aceptó la beca que tan generosamente le ofrecía el Gobierno de la Nación para ir a completar y perfeccionar sus estudios en París, cuando las mismas autoridades de su Orden se lo permitían y estaban empeñados en ello y le facilitaron el viaje, obteniéndole de la Suprema Autoridad de la Orden todas las licencias y franquicias que necesitaba al efecto, y no había en ello ningún mal? — Es que se le dijo y se le exigió que debía quitarse el hábito franciscano y vestir otra indumentaria . . . "¡Cómo!, exclama, como herido en lo más íntimo de su alma: ¡quitarme este hábito, que es mi único blasón, el que ha cubierto mi desnudez de niño, de hombre y de religioso, y es el único sudario que deseo cubra mis despojos mortales, cuando mis ojos se cierren para siempre! . . ¡No, eso nunca lo verán! Renuncio a la beca y a todo lo que se oponga a mi vocación religiosa y a mi condición de franciscano! . . ."

Señores: los santos siempre sienten, piensan y obran santamente, aunque tarde o nunca los comprenda el mundo!

Sigamos. Durante su vida de Prelado, la casa del Obispo se la conocía de lejos, como observaba un cronista de la prensa de Buenos Aires, no por lo suntuoso, que nada tenía de tal, sino por la guardia perenne que a su puerta le formaba el pobrerío de Córdoba, esperando su ración diaria, que se extendía tanto cuanto le daba su prebenda de Obispo, sin dejar satisfecho su amante corazón de padre de los pobres: era tanta su caridad, que hasta se privaba del sustento necesario para socorrer a los pobres y menesterosos.

Por eso, cuando se supo en Córdoba la noticia de su fallecimiento, mientras las campanas clamoreaban tristemente, anunciando al pueblo, con gemebundos dobles, la muerte de su Pastor, un hondo y doloroso llanto estalló a las puertas mismas de la Casa Episcopal y en las calles públicas de la Católica Córdoba: era la elegía funeraria, doliente y lúgubre, al par que la más sincera, que le tejían, con sus gemidos y sus llantos, los pobres y los niños, sus hijos y amigos predilectos!

Han pasado los años, y su recuerdo permanece vivo y

palpitante, en la conciencia de todos los argentinos. Se lo ama como al buen padre, se lo venera como a Santo.

El poeta Rubén Darío, al visitar a Córdoba, doce años después de la muerte del santo Obispo, inspirado en el ambiente de la creciente fama que adquirían, en la conciencia popular, sus virtudes heroicas y su santidad jamás desmentida, le consagró un poema elegíaco, en que le rinde el homenaje de su justa admiración y proclama sus virtudes excelsas, en estos términos:

"Un báculo que era como un tallo de lirios,
Una vida en cilicios de admirables martirios,
Un blanco terror de Belcebú,
Un salterio celeste de Vírgenes y Santos,
Un cáliz de Virtudes y una copa de Cantos:
Tal era Fray Mamerto Esquiú!

❧

Su espíritu era un águila con ojos de paloma,
Su verbo es una flor.

❧

Trompetas argentinas claman su triunfo ahora,
Trompetas argentinas, de heraldos de la aurora,
Que *anuncian el día del altar,*
Cuando la Hostia, esa virgen, y ese mártir, el cirio,
Ante su imagen digan el místico martirio,
En que el Cordero ha de balar!

❧

Lo veis, señores, lo oís: el inspirado bardo, con aquella intuición que tienen, en sus horas felices, los poetas, no sólo capta la fama de santidad que rodea la tumba gloriosa del

gran Prelado, sino que presiente y anuncia con voz profética el culto de los altares que ha de recibir un día!

Y con motivo de celebrarse en Catamarca, el Centenario de su nacimiento, en 1926, y erigírsele un monumento a su memoria, entre los muchos oradores (y hubo 14), que ensalzaron su ciencia y elocuencia y entonaron himnos a su virtud, hubo uno que dijo, traduciendo la conciencia popular: "A Esquiú le faltan, visiblemente, defectos para ser hombre; pero le sobran virtudes para ser santo". Y es este, ciertamente, el veredicto popular, que, adelantándose al fallo supremo de la Iglesia, hace ya tiempo que lo ha canonizado.

Su Causa de Beatificación, por gestiones hechas por el mismo que os habla, se ha terminado ya, con toda felicidad, en el S. Tribunal Eclesiástico de Córdoba y se halla pronta para ser enviada a Roma, a los efectos de su aprobación definitiva, y consiguientemente, al culto de los altares.

Esperamos, y con sobrado fundamento, que dentro de pocos años, tendremos la dicha de verlo ascender a los altares y recibir el culto de los Santos. El P. Esquiú será, pues, el primer Santo argentino que alcance el honor de los altares.

Entonces sí que podremos devolverle el saludo histórico, que él dirigiera a la Patria, en su gran sermón del año 53: *Laetamur de gloria vestra!* "¡Nos regocijamos de vuestra gloria!"

CENTENARIO DEL ILUSTRE PATRICIO FRANCISCANO FR. CAYETANO JOSE RODRIGUEZ

Discurso por el R. P. Fr. Luis Córdoba, Ministro Provincial de la Orden Franciscana.

Señores:

Las fiestas patrias deben ser la irradiación de nuestras glorias del pasado, a la vez que un acto justiciero de gratitud, que rendimos a Dios, inspirador y conservador de todo lo grande, y a los ilustres varones que nos han dado patria y libertad. Evocar, por tanto, la memoria de nuestros próceres, en las grandes fechas, es el primer deber del ciudadano.

Una figura prominente de la historia patria, algo así como una nota vibrante que retumba a través de un siglo, en la inmortal epopeya de nuestra emancipación gloriosa, ocupa —como se os ha anunciado— un número del programa de festejos patrios con que los hijos de S. Francisco, continuando una tradición gloriosa que los honra, se asocian al pueblo de Catamarca y a la nación entera en la celebración de la fausta fecha del 9 de Julio, que nos recuerda el día más grande de la patria, la página más gloriosa de nuestra historia.

Esa figura culminante de un fraile ilustre, "que lleva sin profanación —según la frase hermosa y justiciera de Juan

María Gutiérrez— sobre el cerquillo de la humildad seráfica, la corona del laurel de los poetas", es el eminente hijo de S. Francisco, ¡Fray Cayetano José Rodríguez!

Este año rememora la Orden Franciscana, y con ella toda la nación Argentina, el Centenario de la muerte de ese glorioso campeón de la libertad, de "ese fraile de corazón de ángel y alma de revolucionario" —como le llamó justamente el gran tribuno argentino, José Manuel Estrada—, que, con otros ilustres sacerdotes de su talla, sostuvo sobre sus hombros de gigante, el edificio vacilante aún de nuestra libertad". De él voy a hablaros esta tarde.

I

¿Y qué tiene que ver —dirá alguno— la historia de un fraile, por grande que este sea, en un programa de festejos patrios?. . . —Precisamente, señores, es lo que quiero recordaros en esta hora solemne, por si alguno lo hubiere olvidado, ya que "recordar es vivir"— según la frase hermosa del poeta—; y cuando ese recuerdo envuelve los grandes hechos y los grandes hombres que han dado vida a las naciones, es algo más que un recuerdo feliz, es la palpitación viviente de la inmortalidad. —Por eso, yo deseo evocar, en esta hora solemne de festejos patrios, la figura de ese gran patricio, que aun antes de la revolución de Mayo, tuvo presagios sugestivos y bien marcados de la emancipación Argentina, y cual vidente, visionario o soñador, saludaba anticipadamente los albores de la patria, mientras tallaba en el alma ardiente de la juventud, las primeras líneas de la próxima epopeya libertadora. Yo quiero hacer vibrar, como un arpa sonora, ante vosotros, el alma polífona de este genio singular, que encarna el sentimiento de su pueblo y el pensamiento grave y profundo de sus pro-hombres; que lo mismo llora con las brisas que trina con las aves, gime con el viento, brama con el mar y ruge como el huracán que arranca de cuajo las selvas seculares: es el poeta que se transforma según el sentimiento que lo inspira, es el genio que domina los acontecimientos

y los hombres, y pinta en una frase y canta en una estrofa, el alma agitada y turbulenta de las muchedumbres.

Pero en ninguna parte se sienten mejor las sublimes vibraciones del alma grande de fr. Cayetano, que en las Actas del Congreso inmortal de Tucumán y especialmente en la Acta grandiosa y solemne del 9 de Julio, en que nuestros padres juraron ante el cielo y ante el mundo, la completa emancipación de España, la libertad de las Provincias Unidas del Sud. Y ese grito vibrante de libertad, ese juramento que vale todo un poema, esa Acta inmortal, en que cada frase parece esculpida con cincel ardiente de hierro y en que se hubiera vaciado el alma entera de la patria, es obra de Fray Cayetano, es redacción suya, es la vibración sonora y grandiosa de su alma, que ha logrado condensar en ese documento, el más grande de la patria, como en una explosión de júbilo y de triunfo, el alma de todo un continente y el grito de todos los pueblos y habitantes argentinos

Bien está, entonces, Fray Cayetano con su lira inspirada de poeta y de patriota, en las fiestas patrias del 9 de Julio, al lado de Laprida y de Belgrano, de Passo y de Castro Barros, de Godoy Cruz, de Gorrití y de Santa María de Oro, y de toda esa pléyade grandiosa de patricios, que sostienen sobre sus robustos hombros de cíclopes, todo el edificio de nuestra grandeza y todo el peso de nuestra libertad.

II

Tiene la generación presente una tendencia bien marcada y casi diría "sistemática" a desvincular de la religión, todo concepto social o hecho trascendental que tenga relación con el orden público, bien sea político, civil o militar: ¡como si la importancia de un acontecimiento dependiera únicamente de la mayor o menor distancia que lo separa de la religión y no precisamente de su valor intrínseco o de la influencia, más o menos grande, que pueda ejercer en la marcha ascendente de la humanidad! Pero esa tendencia menguada, que en otras materias pudiera ser tolerable, tratándose de

historia, es por demás absurda y demoledora. ¡Porque, señores, la historia, o es el fiel reflejo del pasado, o no es nada! Pero pretender acomodar sistemáticamente al criterio individual del historiador, a las preocupaciones personales del momento, los hechos históricos del pasado, verificados bajo la influencia de motivos distintos de los actuales, en un ambiente diverso del que nos envuelve hoy día, y, sobre todo, realizado por agentes muy superiores, en ideales y en talla moral, a la raquítica generación presente: es, no solamente una superchería destructora de la veracidad y honradez historica, sino, además, un atentado cobarde y alevoso, dirigido arteramente al corazón mismo de la patria, hiriendo por la espalda a los grandes héroes de nuestra nacionalidad .

Pues bien, esto que nos subleva el espíritu con solo pensarlo, se ha verificado repetidamente entre nosotros. Escritores superficiales, pero más todavía fanáticos sectarios, han tratado de tergiversar y adulterar la historia, de falsear los hechos, y de un acontecimiento sublime han forjado una leyenda ridícula o una quimera bastarda. Nuestros historiadores en general, salvo honrosas excepciones, han tratado siempre de ocultar, al referirnos los hechos gloriosos del pasado, la figura clásica y gallarda de nuestros grandes sacerdotes, de sabios y patriotas religiosos, que, desde el principio hasta el fin de nuestra emancipación política, han sido los inspiradores principales de la revolución, sus más decididos propagandistas y defensores y los que han alentado al pueblo y aun a los jefes militares, en las horas penosas de prueba y de incertidumbre por que ha atravesado la patria. Fray Cayetano Rodríguez, redactando las actas, en todas las asambleas públicas, desde 1810 hasta 1816; Fray Justo de Santa María de Oro, defendiendo y sacando triunfante la forma republicana de gobierno; el P. Castañeda afirmando que había de defender la patria y sostener sus fueros hasta en la punta de una bayoneta; Fray Luis Beltrán, bajando las campanas de los templos para forjar las armas de la patria, y poniendo alas a los cañones para que escalaran las altas cumbres de los Andes y llevaran la libertad a tres naciones : hablan muy alto en favor de la acción eficaz del clero en la fundación y organuización de nuestra nacionalidad Pero además de las

historias que andan en manos de todos los niños que se educan en nuestros Colegios, en la placa de bronce —hecha por una artista Argentina—, que se ha colocado en la Casa Histórica de Tucumán, con ocasión del Centenario del Congreso del año 16, se han grabado allí los personajes a puro capricho, apareciendo apenas dos o tres eclesiásticos —entre ellos el P. Cayetano Rodríguez, Redactor de las Actas del Congreso, y algún otro—: todos ellos como avergonzados de verse allí casi aislados y eclipsados por figuras tan culminantes y respetables, como lo son, sin duda, los que allí se destacan con la majestuosa gravedad y entereza de los tribunos de la antigua Roma . . Señores: ¡la historia no necesita ni acepta esas enmiendas! —Los eclesiásticos del Congreso de Tucumán fueron 16, mientras que los restantes, entre civiles y militares, fueron nada más que 14: total: 30, de los cuales solo firmaron 29, por haberse encontrado en Santa Fe, desempeñando una comisión dada por el Congreso; el Dr. del Corro. De 29 Congresales, pues, que firman el Acta inmortal de nuestra Independencia, 15 son eclesiásticos: estaban, pues, en mayoría . . . ¿Qué es darles demasiado a los eclesiásticos? . . Y quién tiene la culpa de ello. si es que en ello hay culpa, que, a lo que yo creo, no hay allí más que patriotismo y gloria?...

Ahí están las Actas, que son los pregoneros por demás elocuentes y veraces de los hechos que consagran: ellos son como esas montañas ciclópeas que no se abaten ni destruyen, porque haya quien las niegue o las deteste.

III

Pero volvamos a Fray Cayetano y procuremos trazar ligeramente su silueta de religioso, de escritor, de poeta y de patriota, que todo lo ha sido en la multiplicidad de su acción indeficiente.

En el momento histórico en que estalló y se verificó la revolución de Mayo, ya sea que influyera en ello la mayor y más decidida religiosidad del pueblo, que lo era, sin disputa, muy superior a la de nuestra sociedad actual; ya fuese

por la mayor cultura y la indiscutible superioridad intelectual del Clero de aquel entonces sobre la multitud; o bien, con más probabilidad —a lo que yo creo— por ambas causas a la vez, lo cierto es que el sacerdote era, en aquella época memorable, un poderosísimo factor, de influencia decisiva en el curso de los acontecimientos que se plantearon, como una formidable interrogante, al dominio secular de España sobre las Colonias riquísimas del Plata, cuando el grito de Mayo puso en pie de guerra a toda la América española.

Así lo comprendieron con Goyeneche los Jefes y oficiales españoles, que tanto empeño pusieron en captarse las simpatías del Clero, tratando de dar a la revolución política un tinte de cisma religioso, que no lo tuvo nunca, con el designio bien definido, aunque algún tanto velado, de poner en su favor al clero, y por medío de su influencia hacer presión sobre la conciencia timorata y poco ilustrada de los pueblos.

Así lo entendió igualmente el general Belgrano, cuando escribía a San Martín estas juiciosas palabras, que constituyen el fondo de sus convicciones religiosas y a la vez sus largas vistas de militar y de estadista, que domina perfectamente el escenario político y religioso en que debe actuar: "La guerra, allí, no solo la ha de hacer ud. con las armas, sino con la opinión y la adhesión del clero, afianzándose siempre en las virtudes naturales, cristianas y religiosas; pues los enemigos nos llaman "herejes" y solo por este medio han atraído las gentes bárbaras a las armas, manifestándoles que atacamos la religión . . ."

Pero, a pesar de todo y por encima de todas esas preocupaciones subalternas, el clero desde un principio abrazó con entusiasmo la causa santa de la revolución. Y aquí viene precisamente la participación que tuvo y la acción grandiosa que desenvolvió, en la revolución e independencia Argentina, el sabio franciscano, Fray Cayetano Rodríguez.

Nacido en San Pedro del Baradero (Prov. de Bs. As.), el año 1761, de padres distinguidos y cristianos, entró, siendo niño aún, en el Convento de S. Francisco, donde cursó ventajosamente sus estudios y se ordenó sacerdote a los 22 años

de su edad. Desde muy joven se dedicó a la enseñanza de las ciencias sagradas y profanas, donde desarrolló su talento superior hasta hacer de él una de las primeras figuras intelectuales del Clero de Buenos Aires, siendo, además, un modelo de religioso observante, lleno de virtudes, de celo y abnegación por demás ejemplares, viniendo con ello a justificar el glorioso renombre de "la flor del claustro", con que lo apellidó el gran literato argentino, José M. Gutiérrez.

En nuestro Convento de Buenos Aires, como ocurría en todos los demás Conventos religiosos en aquella época en que escaseaban los centros de educación, se educaban por entonces muchos jóvenes principales de la aristocracia porteña, que, sin aspirar a la carrera del sacerdocio, solo buscaban ilustrarse bajo la sombra silenciosa de aquellos claustros, morada constante de la virtud y de la ciencia y foco permanente de luz, que irradiaba sus fulgores sobre la sociedad más culta de la Colonia. Allí, bajo el magisterio paternal y aventajado del P. Rodríguez, se sentaron los principales hombres de la revolución de Mayo: Belgrano, Moreno, Saavedra, Pueyrredón y muchos otros, que se complacían, más tarde, en llamarle "Maestro" y tratarle con el respeto y cariño a que se hciera acreedor durante los años felices de su magisterio.

Allí, durante las clases que daba a esa brillante juventud porteña, pletórica de entusiasmos y de ideales generosos, sembró el P. Rodríguez la simiente fecunda de la libertad americana. Aún se recuerdan estas sugestivas palabras que repetía constantemente a sus alumnos, en una época en que era un crimen sólo el pensarlo: "¡que hayamos nacido en un suelo en que el genio oprimido pierde su vigor! ¡Hasta cuándo han de querer embrutecernos los de ultramar! Los americanos son culpables: ¡nos agobiamos bajo el yugo español!, ¡cuánto tiempo ha se nos viene a la mano el sacudirlo! Pero es necesario trabajar, ilustrarnos e ilustrar a la juventud . . (Y terminaba con este grito de esperanza, que es como el anuncio de una aurora) : "No sé qué presagios advierto de libertad, y es necesario formar hombres". (Fr. Pantaleón García. — Oración fúnebre del P. R.).

Y con esa convicción encarnada en su alma, se entregó

sin reserva a la ardua tarea de nutrir su mente privilegiada en los estudios superiores y en hacer de aquella entusiasta juventud los futuros hombres de Mayo, los grandes tribunos y escritores como Moreno, los invencibles guerreros como Belgrano... Y en aquellos días inciertos y agitados que precedieron y siguieron al 25 de Mayo, es tradición corriente que la celda del P. Rodríguez era el "conclave secreto" donde se reunían en consulta los hombres dirigentes del movimiento de Mayo, especialmente Moreno, Belgrano y el P. Grela —aquel dominico famoso que acaudillaba las turbas en los días 24 y 25 de Mayo—y desde allí brotaban, al calor de la pluma caldeada del P. Rodríguez, las proclamas vibrantes que electrizaban a las muchedumbres que luego iban a golpear las puertas del Cabildo de Buenos Aires para decir al Virrey que había terminado el dominio español en toda la América del Sud. Como que la pluma de escritor del P. Rodríguez, semejante a la de Moreno, era la más bien cortada de la intelectualidad porteña. Por eso es que, más tarde, en todas las asambleas públicas, él era el redactor oficial y obligado de todas las Actas, proclamas y manifiestos que se distribuían, como clarinadas de victoria, como relámpagos de entusiasmo, entre las muchedumbres que, enardecidas, los aclamaban delirantes.

Fué también Catedrático en la Universidad de Córdoba durante algunos años. Y cuando la revolución de Mayo irradió sus fulgores de libertad, él fué su propulsor más entusiasta y su colaborador más decidido; él cantó con su lira inspirada de poeta las principales hazañas de nuestros héroes, orientó desde el púlpito y desde la prensa periódica, la conciencia pública e influyó, con el caudal de sus luces superiores, en el espíritu y en las deliberaciones de la Primera Junta revolucionaria; y en cada página de nuestra epopeya se descubre, vibrante y luminosa, el alma entera del P. Rodríguez, cuyo cerebro era de los más vigorosos de aquella época y cuyo corazón generoso de patricio era de los más encendidos en el fuego sagrado del patriotismo bien entendido.

IV

Como inspirado bardo, cantó al 25 de Mayo, a la Victoria de Chacabuco, a la Patria naciente, al General San Martín, a Belgrano, a Alvear, a la Pirámide de Mayo, a Moreno y a muchos otros tópicos importantes y hechos gloriosos que enaltecen y honran a la Patria.

Citemos, por vía de muestra, algunas de sus estrofas. Sea la primera la que dedica al 25 de Mayo. Dice así:

Entre llantos la América gemía,
Bajo opresores grillos agobiada,
Sujeta ¡oh Dios! a venerar postrada
Los tiránicos golpes que sufría.

Los laureles, las palmas, las olivas,
La cívica corona, que tejiendo están,
Tus nobles hijos, que con eternos vivas
Tu apoteosis pregonando van,
Y juran sostener la causa santa,
En el templo de honor que hoy se levanta.

Al paso de los Andes y a la Victoria de Chacabuco, dedica esta Oda patriótica:

Antiguo Capitán, Héroe famoso,
Admiración del mundo,
Bravo Africano, Aníbal valeroso,
Hasta hoy con el respeto más profundo,
En el orbe renombrado
Y de edad en edad preconizado.

Parece que las nieves, que los mismos

Peñascos eminentes,
Que los profundos horrísonos abismos,
A su valor se muestran obedientes,
Y que las altas cumbres y cuchillas,
Mientras que pasa, doblan sus rodillas.

(Como descripción, esta estrofa es grandiosa, es colosal: nadie ha descrito con tanto acierto el Paso de los Andes, haciendo inclinar sus cumbres ante la grandeza de nuestro héroe). Y termina:

La gloria, al fin, señala el campo bello,
De Chacabuco el día.
Dulce luz, placidísimo destello,
Que has hecho revivir nuestra alegría,
Dando a la Patria gloria
¡Y a nuestras armas inmortal victoria!

Sin embargo, debemos confesar que su estro poético carece de los arranques impetuosos de Mármol y de Lafinur, como de los bélicos acentos de la musa épica de López; pero encarna el soplo de una inspiración genial, que nos revela, junto con el entusiasmo que le inspira la noble causa de la Patria, la apacible serenidad de un alma superior, que desde la cumbre de la religión contempla el cuadro, sombrío o luminoso, que se descorre en el plano de los acontecimientos.

Con todo, no le falta ni la inspiración poética de los bardos clásicos, ni la elevación del genio que domina los hombres y los hechos. Pero hay, además, en sus estrofas un sabor exquisito de delicadeza y de ternura, que mejor se acomoda al argumento lírico y bucólico del clasicismo espiritual y místico, que a los arranques impetuosos, turbulentos y arrebatadores de la épica y de la epopeya. Su musa es más bien sencilla como una balada, tierna como los acentos de una barcarola, fresca como la brisa y quejumbrosa como las cuerdas de una lira pulsada en medio de la noche.

Ved, si no, el perfume que despiden estas últimas estrofas, en que recuerda las dulces horas pasadas en Tucumán, la amable acogida que le dispensaron sus nobles hijos, durante las sesiones del Congreso del año 16, y las bellezas naturales de aquel encantado Edén, y que terminan con un suspiro hondo y melancólico de su alma enternecida. Escuchad esa conclusión:

"Pero ¿a qué recuerdo instantes
Que mi hado infeliz no fija?
¡Oh solitario Aconquija,
Grata habitación de amantes!

. . .

¡Oh, feliz Febo, que doras
Tan apacibles verdores!
¡Oh, días de mis amores,
Qué dulces fueron tus horas!".

V

Como orador clásico y de alto vuelo, fué el P. Rodríguez de los que más se destacaron en aquella época, sobre la cátedra sagrada, abordando siempre temas importantes, en los que se eleva, a veces, a la altura de los grandes oradores franceses, como Bossuet y Masillón. Su lenguaje, por lo general, es grave y sobrio, aunque algunas veces tiene arranques de torrente y gemidos de cascada; su estilo es clásico y espontáneo, y su pensamiento robusto y elevado. La Oración fúnebre de Belgrano, que pronunció en los funerales que se le celebraron en la Catedral de Buenos Aires, es toda una elegía rebosante de ternura y de elogio a las altas virtudes cívicas y cristianas del más íntegro de los patricios argentinos, del más valiente de los generales de la Patria.

Pero entre los diversos campos en que se desplegó su acción y en donde dejó huellas más profundas e imborrables de su genio superior, fué en el periodismo y en las asambleas

públicas, donde se trataron y decidieron los destinos grandiosos de nuestra nacionalidad. Allí estaba el P. Rodríguez en el puesto providencial en que Dios lo había colocado para dar orientación y rumbo fijo a la patria naciente, en medio de la incertidumbre y la confusión de ideas que produjo el humo de los combates y las pasiones enardecidas de aquellos años sombríos, que se deslizaron penosamente entre 1810 y 1816.

El fué, como queda dicho, el Redactor oficial de todas las Actas en las tres asambleas principales que trataron de organizar la Patria y darle una forma de gobierno propio, que respondiese a las necesidades públicas y a la voluntad soberana de las democracias.

El conocía mejor que ningún otro, las ideas y preocupaciones encontradas que trabajaban a los espíritus de los hombres y los pueblos de aquella época, por demás incierta y caótica, que precedió al Congreso del año 16, asi como las dificultades, inmensas y al parecer insuperables, que se oponían a la realización del bello ideal, soñado y anhelado por todos: de darnos una patria libre y organizada.

Entonces fué cuando, después de pulsar las opiniones diversas y casi inconciliables de los representantes de las Provincias y notar el desaliento que cundía en todos los pueblos de la Unión, a causa de las discordias intestinas y el último desastre que sufrieron en el norte las armas de la Patria, toma su pluma y escribe, en frases lapidarias, un soberbio manifiesto, que es como un toque a "generala" y como la clarinada marcial que llava nuevamente a las armas a los que yacen postrados por el desaliento y la confusión. Y después de pintar, con sombríos coloridos, el cuadro lamentable que presentaba la Patria, con sus armas abolladas, con sus miembros paralizados y el espíritu abatido, después de los reveses sufridos en Vilcapujio, termina con este grito valiente de fe y de confianza en los futuros destinos de la Patria: "¡La Patria vive, y surgirá radiante de gloria, mientras no falte un corazón valiente que la defienda!... ¡Argentinos!, el problema se nos ha planteado en forma de un dilema formidable, que debemos

afrontarlo con coraje y tomarlo por nuestro lema: "¡La libertad o la muerte!"

Comentando esta proclama sublime del P. Rodríguez, escrita a nombre del Congreso del año 16, escribe el doctor Nicolás Avellaneda estas palabras: "¿Quién puede leer todavía aquella página del Redactor, sin sentirla caer como una ola de amargura? Ella es torpe, como el dolor en sus manifestaciones que desgarran: las palabras que dejan entrever el caos, se acumulan penosamente con sombrío y pesado colorido Mas, de pronto, cruza un soplo de heroísmo, la expresión brilla como un rayo de sol sobre una armadura, y la página concluye flameando el estandarte de los libres y repitiendo su juramento: "La libertad o la muerte". (Avellaneda.—Escritos, pág. 144).

Pero si todo esto es grande, como son grandes y solemnes las circunstancias que lo rodean, y el mayor mérito del P. Rodríguez es el haber sabido colocarse siempre a la altura de los acontecimientos en que le tocó actuar, en donde su alma vibra en toda su grandeza, a impulsos del patriotismo, sin olvidar la forma gallarda y varonil, el credo de su fe y la alta trascendencia del acto grandioso que lo inspira, es en el ACTA inmortal de la INDEPENDENCIA, donde el tono solemne y majestuoso se eleva hasta la cumbre de lo sublime, y en una síntesis grandiosa, que abarca el pasado, el presente y el porvenir, lanza al mundo el grito sublime de libertad, e "invocando al Dios Eterno que preside los destinos del Universo, hace saber a todos los habitantes de la tierra y a las naciones todas del globo, que quedan rotos para siempre los vínculos que nos ligaban al trono de España, y que es voluntad firme y decidida, sellada con juramento, de las Provincias Unidas del Sud, formar y constituir una NACION LIBRE Y SOBERANA, y que ponen como garantía de sus juramentos y de su firma: ¡sus vidas, haberes y fama!".

La sola redacción de este documento, el más grande y más importante que tiene la Patria, basta y sobra para inmortalizar el nombre y la memoria de un gran prócer: es como el *Himno Nacional*, que ha hecho inmortal el nombre y la musa inspirada de López. La paternidad literaria del

P. Rodríguez, con respecto al Acta de la Independencia, está, por otra parte, suficientemente comprobada por la historia, y no hay un solo escritor que la ponga en duda.

Por eso la Patria, como un homenaje justiciero a su memoria y a los servicios trascendentales con que la sirvió y honró durante su vida, le ha levantado un monumento de bronce en su pueblo natal, San Pedro, le ha consagrado una calle en la ciudad de Buenos Aires, y ahora, al festejar el Centenario de su muerte, va a erigirle un otro monumento en la Capital de la República, como a uno de los más ilustres próceres de la Revolución de Mayo y de la Independencia Argentina.

¡Viva siempre en los anales de la Patria y en la gratitud de sus hijos, el nombre y la memoria de nuestros próceres, y entre ellos la del gran patricio franciscano, Fray Cayetano José Rodríguez!

PRIMER CENTENARIO DE LA AUTONOMIA DE CATAMARCA

INFLUENCIA DE LA ORDEN FRANCISCANA EN LA HISTORIA DE CATAMARCA

Laetamur de gloria vestra!

(I Mach. XII, 12)

Señores:

Como catamarqueños y como franciscanos —herederos del espíritu patriótico y religioso que ha distinguido siempre a los miembros de este histórico Convento—, no hemos podido, no hemos debido pasar en silencio la fecha centenaria de la auspiciosa autonomía de Catamarca, que hoy hace vibrar con justo regocijo las fibras más íntimas y delicadas del alma nacional.

Todo el mundo sabe que Catamarca y el Convento histórico de S. Francisco son dos entidades, si bien distintas e inconfundibles, tan íntimamente unidas, que parecen no formar más que un solo todo, completo, armónico, indestructible, al modo que el azul y blanco de los colores patrios vienen a fundirse, en la unidad de su simbolismo, para no formar sino el único pabellón de la patria amada, la bandera nacional.

Nacidos ambos a un tiempo mismo, parecen no vivir sino el uno para el otro, marchando paralelos en la historia, a través de sus vicisitudes, con unión tan íntima y estrecha, que las glorias del Convento son, justamente, las glorias de Catamarca, y las glorias de Catamarca hacen siempre saltar de regocijo a todos los sacerdotes y reliogiosos de mi Convento. Cuando la patria celebra con júbilo sus grandes festividades, los franciscanos repetimos entusiastas el saludo inmortal de Esquiú: "¡laetamur de gloria vestra!", o más bien, "¡laetamur de gloria *nostra!*". Y cuando la patria gime bajo el peso de sus desgracias, nuestros ojos se nublan, y de nuestro corazón brota espontáneo, como el quejido del dolor que estalla, el amargo lamento del mismo Esquiú: "¡Dies mei transierunt, cogitationes meæ disipatæ sunt, torquentes cor meum!"...

¿Cómo, pues, podíamos pasar en silencio el día clásico de la gran fecha?... Y he aquí explicado todo el alcance de esta modesta velada, que no tiene otro objeto que entonar el "Te Deum laudamus" al Dios de nuestros padres, en acción de gracias por los beneficios grandes que nos ha dispensado, durante el siglo que llevamos de existencia, como Estado autónomo y soberano.

He dicho que las glorias de Catamarca son las glorias del Convento de S. Francisco; y para probarlo, bástame recordar que somos parte integrante de la Provincia, hijos de Catamarca como vosotros, nacidos en su seno y formados al calor del hogar criollo, como todos los hijos de este suelo, y hacen tres siglos que esta casa histórica viene trabajando, con todo el entusiasmo y las energías de que es capaz, por la cultura moral e intelectual de Catamarca, sin que jamás haya merecido otra cosa que elogios de gratitud y manifestaciones de cariño, de parte de los nobles hijos de Catamarca.

No entraré a enumerar todas las glorias que ha producido Catamarca en los diversos órdenes y fases en que se ha

desenvuelto su actividad, durante el siglo de vida autónoma y republicana que lleva de existencia. Esas glorias, en general, han sido ya suficientemente enumeradas y ensalzadas por plumas y oradores más autorizados que el que os habla en estos momentos, aparte de que esto me llevaría demasiado lejos del tema principal de mi discurso. ¡Porque, señores, dígase lo que se quiera acerca de la pobreza económica de esta tierra y de las agrias asperezas de su suelo indómito, nunca se nos podrá negar ni mucho menos arrebatar la gloria, por demás legítima y encumbrada, de haber sabido formar hombres eminentes en virtud y ciencia, golpeando en los peñascos y las rocas, si queréis, hasta arrancarles chispazos de luz esplendorosa, que, como nuestro gran Esquiú, han iluminado con fulgores de astro todo el horizonte de la patria y el mundo americano!.

Lo que deseo probar, señores, y dejar bien establecido, con documentos auténticos e irrefragables, es que el Convento de S. Francisco, a pesar de su pobreza proverbial, y acaso por su pobreza misma, ha prestado grandes servicios a la patria, y durante la centuria que conmemoramos, ha aportado a la Provincia glorias purísimas e inmarcesibles, que hoy podemos espigar con honor y colocar con regocijo, a guisa de trofeo, como una guirnalda de bellas y rozagantes flores, sobre la noble y radiante frente de esta hermosa virgen pudorosa del Ambato, que se llama Catamarca.

I

Que el Convento de S. Francisco, incorporado a la vida de Catamarca desde los albores de su existencia, ha contribuído eficazmente a formar y levantar el nivel moral, intelectual y cultural de la Provincia, y no sólo de ésta, sino también de las Provincias circunvecinas, es un hecho tan bien establecido y comprobado por la tradición y por la historia, que creería inferir una ofensa a la cultura de las personas que me escuchan, si pretendiera con esta conferencia y con los documentos que en ella habré de citar, probaros únicamente

ese hecho, que tan profundamente grabado está en la conciencia agradecida de este pueblo y casi diría de la de todos los argentinos, que basta enunciarlo, para que brote espontáneo y vibrante el sentimiento generoso de la pública gratitud en todas las almas.

Lo que principalmente y ante todo pretendo, al sentar esta tesis, es hacer un recuento de los hombres principales que han pasado por nuestras aulas, en esta exposición centenaria de valores patrios, y recordar los hechos —¡ya que recordar es vivir, y recordar los hechos gloriosos es vivir gloriosamente!— e igualmente señalar y presentar a la veneración pública las figuras más culminantes que, durante este siglo de vida democrática y autónoma, han proyectado sus luces y han ejercido influencia civilizadora, como factores de progreso, en el desenvolvimiento cultural de Catamarca.

Y reduciendo a las menores proporciones posibles los límites de esta modestísima conferencia, haré caso omiso de los servicios altamente moralizadores del púlpito y confesonario, cuyos resultados, seguros y fecundos, se palpan a diario en el seno de los hogares y en las relaciones de sociedad que vinculan a las personas y las familias de un pueblo.

Lo que no puedo silenciar, lo que se impone recordar, en las actuales circunstancias, es la influencia grande y decisiva que ha ejercido, durante el pasado siglo, la Orden Franciscana, desde la oscuridad claustral y silenciosa de su Convento, sobre la educación moral e intelectual de Catamarca.

Como centro educacional, el Convento de S. Francisco ha prestado sus servicios desinteresados y gratuitos a la educación de nuestra juventud, en tiempos en que nadie más que él supo hacerlo, y consta que no sólo lo hizo bien, sino muy bien, con aprovechamiento singular y tangible de sus alumnos y con aplauso general de toda la Provincia y hasta de la Nación entera. "Durante cincuenta años —decía Don Fortunato Rodríguez, en el Senado Nacional, el año 1873— puede decirse que, después de la Universidad de Córdoba, no ha habido en el interior de la República un establecimiento de enseñanza mejor organizado, que el que dirigieron y fun-

daron los humildes Franciscanos de Catamarca De las aulas del Convento de S. Francisco han salido hombres notables en la ciencia, en la magistratura, en las letras y en el sacerdocio; y lo que es más, señor Presidente, han dado mártires de la libertad, porque verdaderos mártires fueron Cubas y Dulce, cuyas cabezas segadas por la cuchilla de Mariano Maza, el año 41, fueron levantadas en una pica, en la plaza pública de Catamarca, como lo fué en Tucumán la del noble mártir Avellaneda . . . Y estos mártires de la libertad, víctimas infortunadas pero nobilísimas y puras del férreo temple de su carácter, de su religiosa honradez y de su acendrado patriotismo, fueron formados y educados en las aulas franciscanas del Convento de Catamarca".

Don Pedro Agote, catamarqueño y discípulo aprovechado del P. Quintana, no obstante su indiferencia en materia religiosa —lo que para el caso añade nuevo valor a su categórica afirmación—, en un artículo que publicó en Buenos Aires, el año 1899, en la "Revista de Derecho, Historia y Letras", que dirige el doctor Estanislao Zeballos, dice: "Por muchos años, no hubo en las Provincias del Norte, independizada ya la República, otro colegio que el Convento de San Francisco de Catamarca, para educar a la juventud. Algunas generaciones de jóvenes que han figurado dignamente en el escenario social y político de este país, deben su preparación a estos dignos educacionistas. Muchos hombres esclarecidos, salidos de este colegio, que me haré un honor en recordar más adelante, han tenido un puesto distinguido en el foro, en los congresos, en la política y en las más altas dignidades de la Iglesia.

"¿Qué mejor testimonio puedo presentar de la idoneidad de estos frailes para la educación, que la exhibición de sus discípulos, en los altos puestos de la República . . . " Y pasa luego a trazar una silueta biográfica de los principales religiosos de S. Francisco, haciendo resaltar las virtudes particulares y las dotes morales e intelectuales de cada uno. Y al fin añade: "Todos estos preceptores cumplían sus tareas con una competencia y contracción, como si sus servicios fuesen remunerados con generosidad. Jamás faltaron a clase a las

horas indicadas en el Reglamento, a no ser por una grave enfermedad que los inhabilitase para concurrir a ella; eran modelo de exactitud..." Termina su hermoso estudio con la nómina de los hombres más destacados de la política, del foro, de la milicia y de la magistratura, que son una verdadera gloria para Catamarca y otras Provincias, por su brillantísima actuación: "Todos los cuales —dice— han sido formados y educados en la escuela de S. Francisco de Catamarca, y no tuvieron, por lo regular, otra educación."

Esta escuela, desmantelada y pobre, que, al decir de un historiador contemporáneo: "carecía de bancos, de pizarrones y de cuadernos; teniendo que escribir los alumnos en retazos de piel curtida o en papel florete y hacer uso, en vez de lapiceras y pluma, de espinas de quimil o plumas de aves de corral, tajadas por algún perito", esa escuela —repito— ha educado a la juventud de Catamarca por espacio de más de un siglo, o sea, desde el año 1740, en que fué fundada, hasta la mitad del siglo pasado, en que recién comenzaron a fundarse las primeras escuelas de la Provincia y, más tarde aún, las escuelas normales de la Nación.

Y esa enseñanza que tuvo al frente, especialmente en el siglo pasado, educacionistas de la talla de un Ramón de la Quintana y de un Archeverroa, de un Juan Fernández y de un Valdivieso, de Pacheco, Achával y Esquiú, han sido un poderoso y eficacísimo factor de educación y de cultura.

¡Y no se crea, señores, que era únicamente lo que, con bien marcada ligereza, por no decir injusticia deliberada y tendenciosa, han afirmado historiadores vulgares y parciales, al hablar con un si es no es desdén, de la "escuelita de primeras letras del Convento!"... ¡No, señores! No ha sido únicamente escuela de "primeras letras", aunque la había, y muy buena, para los niños de primera enseñanza. Téngase presente lo que dicen testigos de mayor excepción, por su cultura, por su seriedad y más todavía por haber cursado ellos mismos en esas aulas, como Don Fortunato Rodríguez, Don Pedro Agote, el Dr. Nicolás Avellaneda, Don Benedicto Ruzo y otros, que el Convento de S. Francisco de Catamarca fué, en pequeño, para las Provincias del Norte, lo que la Universidad de

Córdoba para las del centro de la República: todo un completo curso de enseñanza y de cultura, desde la clase de primeras letras hasta la facultad de Filosofía, Retórica, Teología y Derecho; y no únicamente para los estudiantes conventuales, sino también para el clero secular y para todos los jóvenes de la sociedad, ricos y pobres, que quisieran ilustrarse. Y esa es la verdad. Y si no temiera abusar de vuestra paciencia y extenderme demasiado, yo podría probaros, con los documentos en la mano, que toda esa generación de hombres ilustres que ha tenido Catamarca y muchos de otras Provincias, que han figurado con honor en los altos puestos de la sociedad, hasta fines del pasado siglo, han cursado literatura, fisolofía, derecho y humanidades, en la escuela del Convento de S. Francisco, y que no tuvieron, por lo general, otra educación.

"La Comunidad Franciscana —decía Don Benedicto Ruzo, en un largo y concienzudo trabajo que publicó el año 1861, en varios números de la "Revista del Paraná" que dirigía el Dr. Vicente Quesada—, la Comunidad franciscana de Catamarca ha sostenido "gratuitamente" en este último siglo, con crédito aún exterior, los estudios de gramática latina, filosofía y teología, teniendo planteada desde sus principios una escuela de primeras letras, cuyos alumnos reprodujeron en varios puntos de la Provincia el mismo estudio y enseñanza. Así se explica —termina diciendo— el fenómeno de tal cual ilustración y civilización de Catamarca, no habiéndose establecido jamás una institución pública gratuita de este género". .

¡Así hablan los hombres honrados y conscientes de su misión de historiadores verídicos y justicieros, sin tendenciosas reticencias, sin tergiversar los hechos y sin menguadas adulaciones!

Y no sólo ilustraba esa escuela a la juventud de Catamarca y a todos los que de otras Provincias afluían a ella, sino que era, además, estímulo y foco principal de otras escuelas y centros de educación, por cuanto los ex alumnos del Convento fueron precisamente los que después, sucesivamente, fundaron escuelitas de primera enseñanza en esta Capital y en diversos puntos de la campaña de la Provincia y hasta en otras

Provincias. Padres de este Convento han sido, además, los que han fundado y sostenido, durante muchos años, los estudios conventuales, al igual que los de aquí, en Tucumán, Salta, Mendoza y Santiago del Estero, en la primera mitad del siglo pasado.

Y ¿acaso no abonan en favor de la bondad de esos estudios conventuales, las grandes figuras que ha tenido la Orden franciscana, destacados en esta Provincia, figuras que son honra y prez de Catamarca, tales como el Padre Luis Pacheco, doctor en ambos Derechos, recibido en la Universidad de S. Carlos, donde dictó, por varios años, con aplauso general de alumnos y profesores, las cátedras de Filosofía y Derecho eclasiástico y hasta fué Vicerrector de la ilustre Casa de Trejo; orador de alto vuelo, que fué, por espacio de diez años, el cantor obligado de las glorias de la patria, en los primeros aniversarios de nuestra vida republicana, y por un rasgo de alto patriotismo, que le honra y hasta lo asocia al catálogo de los grandes patricios argentinos, se puso al servicio de la causa de la independencia y marchó, en misión diplomática, a Europa, y recorrió las Cortes y los Estados de las grandes potencias del viejo mundo, en gestión de hacer aceptar y reconocer la independencia americana. Y conste que se portó con altura y que formuló un alegato jurídico formidable, que en más de una ocasión dejó pasmados a los estadistas de la vieja Europa, al presenciar el raro prodigio de un fraile diplomático y de un "bárbaro" americano hablando el lenguaje contundente de los grandes jurisconsultos, en la forma clásica y persuasiva de los más aventajados representantes de la diplomacia.

Y al lado del P. Pacheco, y más íntimamente ligados al curso de las aulas, a Fr. Juan Archeverroa, que probó su competencia y dedicación en más de 30 años de labor indeficiente, consagrado por entero a la educación de la niñez; al P. Ramón de la Quintana, que, como el anterior y al mismo tiempo, bien que en la segunda enseñanza, realizó verdaderos prodigios de educación, sacando de sus aulas toda una constelación de astros de primera magnitud, que han brillado con luz propia, en el foro, en la política, en el sacerdocio, en el

episcopado y en todas las esferas de su actuación. Y hay que tener en cuenta que el P. Quitana no fué un maestro improvisado, impuesto por la fuerza de la necesidad, como pretenden algunos escritores superficiales, que se creen capaces de hacer historia a base de invenciones gratuitas y jocosas o de prejuicios sin fundamento. ¡No, señores! El P. Quintana fué un verdadero pedagogo en toda la extensión de la palabra, como lo prueban de sobra los frutos maravillosos de su enseñanza y lo testifican sus mismos discípulos más aventajados, tales como Agote, Avellaneda, Gregorio Moreno, Ruzo, Castro Boedo y otros; personas todas más que discretas, de una competencia indiscutible y de una honradez acrisolada, que los pone a cubierto de toda sospecha de falsía o de lisonja. Y no es extraño, si se tiene en cuenta que el P. Quintana cursó sus estudios en una de las Universidades de más fama y nombradía de toda Europa, como lo era entonces la Universidad de Salamanca. De allí fué trasplantado, en su primera juventud, a Buenos Aires y más tarde, en 1810, a Catamarca, donde levantó el prestigio y el nivel educacional de la segunda enseñanza a una altura prodigiosa. Y ¿cómo podía suceder de otra manare, si tenía una preparación vastísima, como dice Agote, estaba adornado de las virtudes claustrales en alto grado, como lo testifiza Ruzo, y se consagró más que con entusiasmo, con un verdadero apasionamiento a la enseñanza, imponiéndose voluntariamente un encierro riguroso, como dice Moreno, entregado por entero, durante cuarenta años, a la ardua tarea de la enseñanza?

Y junto con ellos, otras figuras no menos descollantes en las ciencias eclesiásticas y profanas, como el P. Juan Fernández, que se jubiló enseñando Filosofía, y de quien dice Don Pedro Agote estas formales palabras, que son su mejor elogio: "El P. Fernández era notable por su cultura y distinción de maneras, que le atraían el cariño y respeto de sus discípulos"; el P. Cristóbal Gavica, gran teólogo y canonista; el P. Andrés Cortés, distinguido canonista y escritor; el padre Buenaventura Rizo, filósofo, teólogo y escritor de alto vuelo, que fué más tarde Obispo de Salta; los dos Achávales, ilustres por su virtud y ciencia: uno de ellos (el P. Wenceslao), fué Obispo y organizador de la Diócesis de Cuyo. El P. Salvador

de la Reta, Obispo Auxiliar de la Diócesis de Cuyo; el P. Abraham Argañarás, gran teólogo y escritor nada despreciable; el P. Reinoso, teólogo, canonista y escritor de robusto pensamiento; los Padres, Muro, Pedraza, Pezado, Bulacia, Orellana, Lucas Barrionuevo y otros. Y junto con ellos, y más alto que todos, formando como la torre más encumbrada del templo intelectual de Catamarca, nuestro grande e inmortal Esquiú, que por sí sólo basta y sobra para hacer famoso y grande, no digo a un convento, sino a toda una nación y hasta a un Continente. "Cuando en un pueblo aparece un hombre de la talla de Esquiú —decía justamente Vélez Sársfield, en una frase feliz, que se hizo famosa—, y cuando ese hombre es comprendido y avalorado por sus conciudadanos; ¡ese pueblo, señores, es grande, aunque sus casas sean chozas"!—. ¡Catamarca, señores, es grande, con la grandeza de las altas cumbres: su corteza exterior es abrupta y pobre, pero en su seno se guardan los grandes filones de oro, y sus enhiestas cimas se besan con el sol! . . .

Sí, señores: Esquiú es el rosetón más grande y más hermoso que ha brillado en el florido jardín de Catamarca, más aún, de toda la nación argentina; pero no es el único. ¡Hay florones de regios matices bajo el cielo cristalino de Catamarca, crecidos a la sombra del Ambato, al lado mismo de los lirios que florecen en nuestras cumbres, capaces de figurar con honor y con gloria en el altar de las grandes figuras argentinas! Ahí están, además de los dichos, los Acevedo, los Zenteno, los Segura, los Tolosa, los Oviedo, los Vera, los Olmos y otros mil, sin contar los grandes hombres que tenemos en la milicia, en la política y en el foro (hay entre ellos 28 gobernadores y 34 entre diputados y senadores nacionales: hijos todos de Catamarca y educados, como el P. Esquiú, en esa célebre escuela conventual, semillero fecundo de varones ilustres y faro luminoso de la intelectualidad argentina, en toda la vasta región del norte.

II

Después de haber enumerado y señalado esas grandes figuras patrias, que han dado verdadero lustre y gloria a nues-

tro histórico Convento y a Catamarca, durante un siglo, ¿puede creerse que poco o nada hayan influído en el progreso moral e intelectual de nuestra sociedad? Indudablemente que no, y ahí están los hechos que pregonan la verdad que enuncio, con una elocuencia que habla más alto que todos los discursos.

En efecto; aparte de la escuela y de la cátedra sagrada, que constituyen los dos brazos principales del sacerdocio, en su acción civilizadora y apostólica, y de las cuales se ha servido la Orden franciscana, en la forma eficaz y trascendental que queda expuesta, nos queda todavía a los franciscanos un otro recurso poderoso, que es como la prolongación de la vida conventual, llevando su influencia hasta el fondo mismo de la sociedad y tomando intervención, más o menos directa, en todos los acontecimientos públicos, en que se desenvuelve integralmente la vida social de un pueblo.

Me refiero a la Tercera Orden, que es como el ejército de vanguardia, que, reflejando los rayos mismos que irradian de la "primera", los recoge y los enfoca en el seno de la sociedad, infiltrándose en todos sus poros, hasta compenetrarla por entero y comunicarle ese tinte de virtud, mezcla de sencillez y de sinceridad, de generoso desprendimiento y de lealtad, que tan bien supo imprimir el glorioso Llagado de la Alvernia sobre la frente de sus seguidores, y que es, cabalmente, el timbre de gloria que hasta hoy distingue y es la virtud característica de los nobles hijos de Catamarca.

Pues bien; si la Orden franciscana ha logrado, en tres siglos de labor constante y de apostolado fecundo entre nosotros, imprimir el sello de su espíritu sobre nuestra juventud y sobre nuestra sociedad, comunicándole su carácter, su virtud y modalidad, como no puede negarse ni podía menos que suceder; por medio de la Tercera Orden se ha incorporado de hecho y de derecho a la vida social de Catamarca, ha influído poderosamente en los hechos más destacados y culminantes de nuestra historia, así como en todas las obras sociales, políticas y religiosas, que significan un progreso, un estímulo de acción, un exponente de cultura o un timbre de gloria para Catamarca.

Comenzaré por recordar el hecho mismo de la declaración solemne y trascendental de la Autonomía de la Provincia, ya que debo ceñirme al ciclo de tiempo transcurrido dentro del siglo que conmemoramos. Y bien: ¿quiénes son los principales actores de ese valiente gesto de patriotismo, que da existencia y personalidad autónoma a todo un Estado? ¿Quiénes los que firman esa Acta solemne y ponen por garantía de sus firmas, como los próceres de la asamblea inmortal de Tucumán, "sus vidas, haberes y fama"? De 52 firmantes, y sin contar al Guardián de S. Francisco, Fr. Enrique Marcó, que firma en nombre propio y de toda su Comunidad y a Fr. Hilario Díaz, religioso franciscano, hay allí 29 terciarios franciscanos que rubrican con su firma esa Acta memorable, y que los tengo catalogados y no los leo por no alargar demasiado esta ya larga y fatigosa conferencia. Terciario franciscano y ex alumno de nuestra escuela fué el primer gobernador de la Provincia, don Nicolás Avellaneda y Tula, como lo fué igualmente el glorioso mártir de la libertad, don José Cubas, sacrificado por la cuchilla sanguinaria de la tiranía, el año 41. Terciarios han sido, casi sin excepción, y educados en el Convento, todos los sacerdotes del clero secular que han figurado con honor durante el pasado siglo, muchos de los cuales han desempeñado puestos públicos y hasta el gobierno de la Provincia, como don Victoriano Tolosa, y han empuñado el báculo pastoral del Episcopado, como Colombres y Segura (E).

Terciarias franciscanas fueron las señoras Villagrán, fundadoras del primer Colegio de niñas en Catamarca, como lo fueron igualmente todas las religiosas del Carmen, que por espacio de tantos años y con tanto acierto lo regentearon.

Terciarios franciscanos, y muy fervorosos, han sido también los dos sacerdotes que fundaron y han sostenido por largos años, hasta su muerte, el actual Colegio de las Carmelitas, que tantos y tan valiosos servicios ha prestado a la educación moral e intelectual de las hijas de Catamarca, los presbíteros don Pastor Maza y don Cornelio Alcorta.

Terciario franciscano ha sido el fundador del antiguo Seminario (hoy Colegio Nacional), don Manuel José Na-

varro; terciario su primer Rector, el presbítero don José Domingo Molina; y franciscanos de la Primera Orden, y de este Convento, cuatro de sus primeros catedráticos, los padres Esquiú, Wenceslao Achával, Andrónico Salado y Juan Bautista Reinoso.

III

Además de esto, otros muchos y valiosísimos servicios han prestado en el orden religioso, social y hasta político, los hijos de San Francisco, durante la centuria de vida institucional que celebramos. El P. Wenceslao Achával, más tarde Obispo de Cuyo, siendo Vicario Foráneo de Catamarca, en reemplazo de monseñor Gabriel Segura, que fué consagrado Obispo del Paraná, firmó con el arquitecto don Luis Caravatti, el 14 de Mayo de 1862, los planos y el contrato de construcción de la Iglesia Matriz (hoy Catedral), y dirigió los trabajos con acierto y aplauso de todos, hasta la llegada del presbítero don José Facundo Segura, terciario franciscano también, que vino a reemplazarlo y tuvo el honor de llevar a feliz término la obra del templo y después la del actual Seminario. Terciarios también han sido los dos Vicarios Foráneos que le han sucedido en el Cargo al Sr. Segura, los Pbros. Brizuela y D'Amico, que completaron esas importantísimas obras, y especialmente el último, que es quien ha mejorado notablemente y decorado la Catedral, ha construído el Palacio episcopal y ha realizado otras obras importantes.

El mismo P. Achával, gracias al ascendiente moral que le otorgaba su preparación indiscutible y su brillante actuación en la cátedra, en la enseñanza y en la sociedad, fué elegido Presidente de la Convención, celebrada después de Caseros, el 8 de Mayo de 1855; fué diputado a la Legislatura de la Provincia, repetidas veces, como lo fueron igualmente, en diversos períodos, los padres Esquiú, Pezado, Reinoso y algunos otros; fué consejero de los Gobernadores, General Octaviano Navarro, Samuel Molina, Pedro Segura y Sinforiano Lascano. Y durante más de un siglo, el Guardián de S. Francisco, por razón de oficio y por ser el Convento la institución primera y

la que más valiosos servicios ha prestado a Catamarca, en todos los órdenes de su actividad, fué reconocido y proclamado "vocal con voz y voto", en todas las juntas de gobierno, plebiscitos públicos y consejos municipales.

Del discurso que pronunció el entonces gobernador de la Provincia, don Joaquín Acuña, el 17 de Septiembre de 1882, con moitvo de la bendición y colocación de la piedra fundamental del templo actual de S. Francisco, entresacamos esta perla: "El día 2 de Julio de 1866, de triste memoria, cuando se batían en las calles de esta ciudad las fuerzas revolucionarias del Coronel Córdoba con las del Gobierno, todo el mundo vió a los virtuosos franciscanos cruzarse en medio del peligro, exponiendo su vida en cumplimiento del deber sagrado de prestar los auxilios de la religión a los que lo necesitaban en los últimos momentos. Jamás ha habido noche fría, lluviosa u oscura para un franciscano, siempre que fuese llamado a ejercer su santo ministerio"...

Cuando el flagelo del cólera asolaba las calles de Catamarca y diezmaba su población, los franciscanos fueron igualmente los primeros que, sin temor a la peste y a la muerte, estuvieron en todos los hogares azotados por el terrible flagelo, auxiliando a los moribundos y consolando a los doloridos y aterrados sobrevivientes.

Por eso dije al principio que los hijos de S. Francisco han acompañado siempre y en todo momento al pueblo de Catamarca, confundiéndose con él, así en los acontecimientos tristes y dolorosos, como en los actos solemnes de las grandes festividades, que tuvieron por objeto celebrar, con festejos y regocijos públicos, el advenimiento de obras o instituciones de beneficencia, o bien, los hechos culminantes de los héroes y los grandes triunfos de la patria. Y ahí están los hechos que lo establecen y comprueban.

Cuando se trató de satisfacer el voto unánime de todo el pueblo de Catamarca, colocando sobre la augusta frente de nuestra Madre del Valle, la corona esplendente de Reina con la bendición y los honores pontificios de la autoridad apostólica, fué un franciscano, el R. P. Fr. Bernardino Ore-

llana, el encargado de llevar hasta Roma la petición y los votos de todo el pueblo, gestionar allí el ansiado decreto del Vaticano, y luego hacer labrar, en los mejores talleres de Europa, la corona artística de perlas y brillantes, destinada a ceñir la frente pura y soberana de la augusta Madre de Dios. Y bien sabéis que lo hizo a maravilla, y se trasladó a Roma, y permaneció allí largo tiempo, y escribió libros, y autenticó milagros, y compuso el Oficio de la Virgen, y desempeñó con altura su comisión. En seguida, allí mismo, hizo acuñar medallas e imprimir estampas —las primeras que hemos conocido de la Virgen del Valle en Catamarca— y escribió, o hizo escribir los gozos y cantos de la Virgen, que entona el pueblo en todos sus aniversarios. Y, por último, gestionó, por comisión especial de Mons. Pablo Padilla, la venida de los Padres Lourdistas, al objeto de dirigir y regentear nuestro Seminario, como lo vienen haciendo honrosamente y con aplauso unánime de todo el pueblo, desde hace treinta años.

Y ¿qué decir de nuestro grande e inolvidable Esquiú? Indudablemente, el P. Esquiú es la figura más grande, la más pura y descollante de Catamarca, más aún, de toda la Argentina. Aparte del honor que importa para nosotros su elevado talento y su ciencia prodigiosa, que lo colocan a la altura de los más grandes pensadores de su siglo; aún sin considerar su avasalladora elocuencia de orador clásico y profundo, que lo hace digno de figurar honrosamente al lado de Masillón y de Bossuet, viniendo a constituir para Catamarca y para la nación Argentina, el más alto exponente de su cultura y de su intelectualidad; aparte de eso, el P. Esquiú, como sabio, como orador y como la autoridad moral más alta de su tiempo, por razón de su singular virtud, prestó servicios señalados, inmensos y de influencia decisiva, a los supremos intereses de la patria. En las aulas conventuales, en que —como antes he dicho— no sólo se educaban jóvenes para la vida del claustro, sino todo aquel que aspiraba a conseguir un tinte de cultura (y lo eran entonces casi todos los hijos de Catamarca y aún de las otras Provincias circunvecinas) ; allí, en esa escuela conventual, derramó sobre el alma tierna de los jóvenes. durante muchos años, los arroyos cristalinos de su ciencia, de su virtud y de su rara elocuencia, ilustrando inteligencias y for-

mando corazones que más tarde han figurado, con una altura de criterio y una elevación de miras, que han venido a ser otros tantos timbres de gloria para Catamarca.

Recuérdese su culminante y decisiva actuación en el seno de la Legislatura, como Diputado provincial, que fué varias veces, sus trabajos de legislador en la primera Convención de la Provincia, sus polémicas por la prensa, graves y profundas, sin herir jamás la susceptibilidad de las personas, como periodista y escritor de una brillantez y potencialidad incontrastables.

Pero por encima de todo eso, sus triunfos de orador clásico y profundo, que lo mostraron a toda la América del Sud, como el orador más grande de su siglo: esos triunfos le dieron una influencia decisiva y por demás benéfica sobre la política ardorosa y turbulenta de nuestra incipiente democracia. El sermón del 53 tuvo singular resonancia, más que por su estilo clásico y su entonación vibrante, por ese no sé qué solemne y avasallador, que sólo en Esquiú ha tomado forma y ha brillado con dulces y apacibles fulguraciones, y porque tuvo la virtud de conjurar esa tempestad de resistencia y de sistemática oposición a la nueva Constitución: resistencia que se cernía como una nube siniestra, cargada de rayos y de sangre sobre los horizontes de la patria, y se exteriorizaba ya en forma de anatemas tumultuosos y revolucionarios, tildándola unos de despótica, otros de herética y anticristiana, y los más de arbitraria y antipatriótica. Sube al púlpito de Catamarca el padre Esquiú, y dice en tono solemne y magistral a la nación entera: "En nombre del Dios que adoro, en nombre de la religión y de la patria, yo os digo: ¡obedeced! ¡Someteos a la Constitución y a la autoridad: porque sin la autoridad no es posible la sociedad, y sin Constitución no puede existir la democracia ni la libertad!". . ¡Y lo oyó la nación entera, y lo aplaudió con frenesí, y luego se aquietó su espíritu y obedeció, porque lo decía la autoridad moral más alta de la nación, en nombre de Dios y de la patria; porque lo decía el padre Esquiú!. .

Y más tarde, cuando se trató de llevar a cabo la Capitalización de Buenos Aires, después que la nación vió correr un

río de sangre de hermanos vertida por hermanos, y Buenos Aires, herida en su fibra más delicada, y sintiéndose fuerte en la riqueza de su suelo, en su ventajosa ubicación de ciudad portuaria, quiso separarse de las Provincias y formar una nación independiente; en ese momento llegaba providencialmente de Europa, después de larga ausencia, nuestro gran Esquiú. Se apela a su autoridad, se invoca su patriotismo y se le pide que hable. Y él, tan humilde y modesto, tan esquivo a las ovaciones ruidosas, ante el nombre augusto de la patria, que lo reclama con la urgencia y la gravedad del momento, se inclina y acepta la oración patria; y sube al púlpito de la Metropolitana y vuelca toda su alma trasparente y luminosa, en uno de sos discursos magistrales, contundentes y avasalladores, como no han vuelto a oirse iguales ni semejantes en los púlpitos argentinos!

Y las Provincias todas lo aplaudieron, y Buenos Aires, que siempre ha sido generosa y noble, profundamente conmovida, tiende sus brazos cargados de amor y de patriotismo, a todas sus hermanas de la Argentina... Y el abrazo, señores, ha sido tan fuerte y tan sincero, que hasta el día de hoy se sienten los aplausos y se perciben los rumorosos parabienes que, arrancando de la gran Ciudad del Plata, repercuten con ecos jubilosos de armonía en los peñascos y las rocas calcáreas del Andes gigantesco, como el eco vibrante de una ovación grandiosa. Y hoy mismo, cuando la menor de las hermanas Argentinas celebra su fausto onomástico centenario, nos ha enviado, junto con el mensaje expresivo y jubiloso de sus dignos mandatarios, al más grande de sus oradores mitrados, Monseñor de Andrea (cuya ausencia lamento de veras en esta hora solemne), como diciéndose: "¡En el Centenario clásico de la Provincia del más grande de los Obispos y de los oradores de la Patria, debe llevar el saludo fraternal de amor, el más grande de los oradores porteños y el más prestigioso de los Obispos argentinos!".

Tal es, a grandes rasgos, la participación grandiosa, trascendental y decisiva, que, en la historia de Catamarca, ha

tenido, durante el pasado siglo, el Convento de S. Francisco; viniendo así a confundirse e identificarse con el pueblo, en la obra común de elaborar, sostener y fomentar su cultura y civilización. De consiguiente, a la luz clara de la historia y en presencia del pueblo entero que lo sabe, podemos justamente decir que el viejo Convento de Quintana, de Achával y de Esquiú, es la institución religiosa más catamarqueña, más argentina, y las figuras esclarecidas y culminantes de sus hombres eminentes son, a la vez, las glorias más grandes y más puras de Catamarca. Y espero que en el futuro hemos de seguir cultivando y desarrollando, en armónico paralelismo, ese patriótico programa de progreso y de cultura, que tanto ha contribuído, en el pasado, a cimentar y acelerar el engrandecimiento moral e intelectual de nuestra amada Provincia.

Con esto, señores, creo haber dejado suficientemente probada y demostrada la tesis que me había propuesto, y doy por terminado mi discurso, con un ¡viva! grandioso a la Provincia de Catamarca, ¡y otro más grande aún a la República Argentina!

EL CONVENTO DE SAN FRANCISCO DE SANTIAGO DEL ESTERO

Los institutos religiosos en la conquista y civilización de América. Los franciscanos en el Tucumán. El Convento de Santiago del Estero. Su fundación. Rol importante que ha desempeñado en el progreso intelectual y moral del Tucumán. Su escuela histórica.

Se ha dicho, y se ha dicho bien, que la historia es el monumento que queda siempre a la espalda de la humanidad. Por eso se la olvida fácilmente, pero también por eso es indestructible.

Las Ordenes religiosas, hoy tan combatidas, odiadas y vilipendiadas por el sectarismo híbrido de nuestro siglo, tienen en el pasado, y especialmente en la historia de la conquista y civilización de América, una página tan gloriosa y de proyecciones tan colosales, que no es posible desconocerla ni olvidarla nunca. Ellas tienen su monumento vivo, indestructible, en la conciencia agradecida de los pueblos americanos, que no las dejarán perecer jamás.

Todo el mundo conoce la historia inmortal de la conquista, no sólo material, sino más todavía moral, intelectual y religiosa de América, que constituye la más grande y la más pura de las glorias de la católica y gloriosa España; como

también conoce el mundo entero que lo que imprime los contornos de la epopeya a esa jornada atrevida y heroica, ha sido precisamente la parte que cupo en suerte a las Ordenes religiosas, que, al lado de los conquistadores, venían abriendo penosamente el surco de la civilización y de la fe, a base de sacrificios, de abnegación, de dulzura y caridad; y que, si América es deudosa de su civilización a España, no es ciertamente por haber estado representada en sus virreyes, en sus conquistadores y adelantados, sino porque toda su cultura, toda su fe tradicional y su heroísmo legendario estuvieron encarnados y como vaciados en la acción fecunda y civilizadora de sus ilustres frailes. San Francisco Solano, los Padres Luis de Bolaños, Bernardo de Armenta, Alonso de la Torre, Diego de Lagunas, Francisco Aroca, Juan de Rivadeneira, Alonso de San Buenaventura, Juan de Vergara y otros mil, son más que nombres celebrados: son estrofas inmortales del gran poema civilizador y sobrehumano, que, con su sangre generosa, escribieron esos frailes en la primera página de la civilización de América y que están repitiendo sin cesar a la olvidadiza generación presente y al mundo entero, los inmortales acentos arrancados a la lira inspirada de Gutiérrez:

"¿Qué fué un día tu mansión paterna?
¿Qué fué el hogar donde tu amor sonríe?
¿Qué fué tu patria entera,
Donde hoy sus pasos el progreso estampo?...
Antes de alzar mi Cruz, ¿sabes lo que era?...
¡El salvaje desierto de la Pampa!..."

Tres corrientes civilizadoras se repartieron la ímproba y gloriosa tarea de implantar la religión del Cristo y la civilización del Evangelio en esta parte del continente americano, que hoy se llama la República Argentina.

La primera y más eficaz de todas llegó por el norte y se

extendió por todo el vasto territorio que comprendía el antiguo Tucumán (1), teniendo su asiento principal en Santiago del Estero. La segunda corriente civilizadora llegó a estas regiones siguiendo la ruta que trajo Don Juan Díaz de Solís, es decir, por el Río de la Plata; y la tercera —bifurcación de la que vino por el Perú— descendió de Chile, por los desfiladeros de la Gran Cordillera Andina.

Esa triple corriente civilizadora, que abrió la primera brecha en los castillos seculares de la barbarie, tenía por sus principales factores, por ejércitos avanzados, a numerosos e intrépidos religiosos que, junto con los conquistadores militares y adelantándose a ellos, vinieron desde los primeros días de la conquista, y sin traer más equipo que la cruz y el *breviario*, penetraron en los bosques y se internaron en las selvas y abrieron en las hordas salvajes de los indios, el primer surco que recibió en su seno e hizo germinar bien pronto la simiente fecunda y engrandecedora de la civilización y de la fe.

Esos esforzados e intrépidos apóstoles del Evangelio (que los había de todas las Ordenes religiosas de aquellos tiempos), había que ver la santa emulación con que se disputaban, no el privilegio honroso y lucrativo que venían buscando los conquistadores y adelantados, ni mucho menos la sórdida ambición de escalar un puesto honorífico y bien rentado en los ayuntamientos y consejos, como lo hacen hoy día los *civilizadores* de nuevo cuño, los flamantes *leaders* del socialismo, que pretenden, con "abnegación" encantadora, suplantar a los frailes,

---

(1) Muchas etimologías se atribuyen al Tucumán; pero entre las numerosas y diversas que hemos leído, nos parece muy plausible la que le atribuye el doctor Avellaneda, que dice haberla oído de persona autorizada, y es esta: *"Tucu"* —dice— significa *luz*, y se llaman *"tucus"*, en quichua, las luciérnagas que brillan de noche; *imán* es cabeza. Tendríamos así que TUCUMAN es *cabeza de luz* o *cabeza luminosa*, y que el famoso caudillo de los calchaquíes fué saludado con este título de honor, y de él se derivó el nombre impuesto más tarde a toda la región que estaba sujeta a su dominio. (Avellaneda: Obras Completas, tomo I, pág. 127 y sig.).

sino el privilegio singular de sacrificarse y de morir, ignorados del mundo, sirviendo en calidad de obreros obscuros y sin sueldo, en medio de penurias indecibles, a la conquista espiritual de los salvajes, ¡a la civilización de América!

Grandes volúmenes tendríamos para escribir con sólo mencionar los nombres y los hechos más culminantes que sintetizan la acción civilizadora y sobrehumana de esos operarios infatigables del Evangelio, que con sus sudores y con su sangre han amasado la cultura religiosa e intelectual del Nuevo Mundo, y que debían ocupar, en todas las plazas públicas, un monumento eterno, que inmortalice en los pueblos su memoria; pero, por hoy, sólo nos proponemos hacer un trabajo breve y compendioso, desenterrar del polvo de los archivos una página gloriosa de nuestra historia, referente al Convento Franciscano de Santiago del Estero y al rol importantísimo que le tocó desempeñar, en la hora primera y más difícil de la conquista moral y civilizadora del Tucumán ([1]).

Títulos seculares y gloriosos, que lo hacen digno del reconocimiento y de la gratitud de la posteridad, tiene en la historia de la Conquista el Convento de Santiago. Es el decano de los Conventos religiosos en la República Rrgentina, el que durante la primera etapa de la Conquista ha servido, por espacio de más de cincuenta años, de centro de acción y Casa-Madre de las Misiones, Doctrinas, Hospicios y fundaciones que plantó la Orden franciscana en los desiertos y los poblados, en los fortines y los *toldos*, cual jalones avanzados de la civilización, que se abría paso a través de la selva enmarañada de la barbarie.

Cosa bien sabida es de cuantos conocen un poco de nuestra historia, que los hijos abnegados de S. Francisco fueron de los primeros misioneros que llegaron al Nuevo Mundo y se establecieron al lado de los conquistadores y adelantados, en todo el dilatado territorio del antiguo Tucumán y Río de la Plata.

---

(1) El antiguo Tucumán comprendía todo el territorio que ocupan actualmente las Provincias de Córdoba, La Rioja, Catamarca. Tucumán, Santiago del Estero, Salta y Jujuy y parte del Chaco.

En cada región que se poblaba, en cada ciudad o fortaleza fundada y defendida por los españoles, allí encontramos infaliblemente a los franciscanos, ocupados, absorbidos y consagrados por entero a la ímproba pero muy gloriosa tarea de enseñar a los ignorantes y salvajes, de predicar el Evangelio y la moral cristiana a los españoles y de inculcar hábitos de trabajo y moralidad en el hijo indómito y recalcitrante de nuestras selvas.

Desarrollando ese programa tan vasto como grandioso y divino, los encontramos ya en 1538, al hacerse la erección de la primera Custodia Franciscana del Río de la Plata, esparcidos por todo el inmenso territorio que se extiende desde el Alto Perú hasta el sud de Buenos Aires, desde los picachos de la Gran Cordillera de los Andes hasta el Paraguay y las costas del Brasil. Esa primera etapa de las misiones se desenvuelve penosamente en medio de rudos sacrificios y cruentas inmolaciones, entre mil privaciones y penurias de toda especie, realizando la enseñanza y predicación bajo de los árboles, o a la sombra de las palmeras, al abrigo de un peñasco, o bien, en pobrísimos y desmantelados ranchos fabricados de barro y *palo a pique,* que les servía a la vez de abrigo y de defensa contra la intemperie de los elementos y los continuos malones de los indios.

Esas míseras y harto rudimentarias habitaciones, que más bien parecían hechas y fabricadas en el período prehistórico "de la piedra", que no en épocas de alguna cultura, se llamaban "Doctrinas" en donde vivían con toda incomodidad y penuria dos o tres religiosos que se ocupaban en predicar, *amansar* y catequizar a los naturales, menos indómitos y rebeldes para ellos que para el resto de los españoles.

El primer Convento, si puede llamarse tal lo que solo era un ranchón de barro y techo de zuncho y paja y solo difería de los otros en capacidad y solidez, fué planeado y cimentado en el lado occidental de la primitiva ciudad de Santiago del Estero, es decir, en la ciudad de Aguirre, que ocupaba la margen derecha del Río Dulce, "como a tres tiros de arcabuz al *este* de la ciudad actual" (1), que fué, no diremos "traslada-

(1) P. Abraham Argañaraz: "Crónica del Convento de S. Francisco de Santiago del Estero", pág. 6.

da", sino únicamente corrida un poco más al oeste, con motivo de la inundación que la arrasó el año 1663, viniendo a quedar, desde entonces, el Convento (que fué el único edificio que se salvó de la inundación, por estar más distante del río y sobre una lomada) a la orilla oriental de la ciudad. Consta de auténticos documentos que, desde la primera fundación de la ciudad hecha por Juan Núñez del Prado en 1550, sobre la margen derecha del río Escava, los franciscanos sirvieron de curas y capellanes de los primeros habitantes españoles que la poblaron, y luego les acompañaron en sus reiteradas emigraciones, hasta que, "asentada la ciudad en el lugar que debía permanecer, se señaló para convento del Señor San Francisco, *una manzana de tierra en la lomada occidental* de la dicha ciudad" (1).

No hemos podido dar con un documento que exprese en forma precisa y categórica la fecha exacta de la fundación del Convento, limitándose a decir el documento citado (que está tomado de un "Informe jurídico" del año 1570) que, "una vez asentada la ciudad en el lugar que debía permanecer, se señaló para convento . . . " Con lo cual parece demostrar: 1º, que ese traslado de la ciudad se hizo al principio en forma provisoria; 2º, que algunos años más tarde (dos o tres suponemos) recién se hizo la demarcación de la planta urbana de la ciudad y *entonces* se asignó ese lugar para Convento de los religiosos, que, desde hacía tiempo, venían sirviendo de curas y capellanes a la ciudad provisoria de Francisco de Aguirre. Así lo supone, y creemos que lo supone bien, el P. Abraham Argañaraz, en su "Crónica del Convento de S. Francisco de Santiago del Estero" (pág. 5 y 6), viniendo, en consecuencia, a colocar la fundación del Convento en 1556, ó 57 —fecha que me parece sobrado tarde—, debiendo, a mi juicio, señalarse, como máximum, dos años después de la fundación de la ciudad (1553) hasta considerarla y declararla fundada en forma definitiva y colocar allí, por consiguiente, la fundación del Convento en 1555, de acuerdo con el decreto de donación.

Los primeros fundadores del Convento —según referencias que consideramos fehacientes —fueron los Padres Fr. Juan de Rivadeneira y Fr. Diego de Lagunas y el hermano lego Fr.

---

(1) Archivo de Ind., Sevilla, Est. 8, leg. 6, caj. 5.

Diego de Soto, religioso éste de gran virtud que admiraba a todos y edificaba con su rara humildad y espíritu de mortificación, llamado comunmente "el Descalzo", a causa de su estremada austeridad y completa descalcez. Este número se acreció poco después con la llegada sucesiva de nuevos operarios que vinieron desde el Perú y de otros que, después de servir algunos años en la harto penosa tarea de catequizar a los indios en las Doctrinas, venían, cargados de achaques, de méritos y de años, a pasar los últimos días de su vida en la Casa-Madre, que como tal fué adoptada y reconocida desde su fundación hasta 1616, como veremos luego.

El Convento primitivo parece que fué construído poco a poco y muy despacio, entre los años 1555 a 1570; pues leemos en una escritura de donación hecha por el Síndico del Convento Dn. Bartolomé Mansilla, el año 1567, esta cláusula por demás reveladora: "Item ago gratuita y voluntaria donación en favor del dicho monasterio (de S. Francisco) que ahora se ase [1]". La Iglesia, que era nada más que una pequeña capilla, se comenzó más o menos con el Convento y se terminó el año 1567. Tanto la capilla como el Convento debieron ser no solo pobres y pobrísimos, sino además de pésima construcción, ya que ambos duraron unos 25 años escasos, después de terminada la fábrica de construcción; puesto que en 1593, siendo Guardián S. Francisco Solano se vió precisado a emprender una nueva construcción, tanto del Convento como de la Iglesia [2]; y no sería, con toda seguridad, por la única razón de ser pobres.

A muy poco tiempo de hacerse la fundación, encontramos ya el Convento de Santiago convertido en el centro principal de las misiones franciscanas, que operaron en todo el vasto territorio del Tucumán. Por más de cincuenta años fué el asiento

(1) Archivo Conventual de Santiago del Estero.

(2) P. Abraham Argañaraz, ibid.

de la Custodia, hasta que, en el Capítulo celebrado en Santiago del Estero el año 1616, bajo la presidencia del P. Diego de Echegoyán y a instancias del P. Juan de Vergara, pasó al Convento de Córdoba la hegemonía prelaticia de la recién fundada Provincia de la Asunción del Río de la Plata.

En consecuencia de esto, del Convento de Santiago salieron los fundadores de todos o casi todos los Conventos, Residencias, Hospicios y Doctrinas que sucesivamente se fundaron en los principales centros de población, habitados, en su mayor parte, por la creciente inmigración peninsular. De allí salió con rumbo a Córdoba el P. Juan de Rivadeneira, que con fecha 1º de julio de 1575 (1), recibía el terreno adjudicado, en el Acta de fundación de la ciudad, por Don Jerónimo Luis de Cabrera a la Orden de San Francisco, para que allí "se poblase un Convento de misiones de la Orden y se fundase una escuela".

De allí salió también el P. Juan Bartolomé de la Cruz, que, siendo Guardián del referido Convento de Santiago, pasó a la ciudad de Salta el año 1582 a recibir y tomar posesión de "una manzana de tierra" que Dn. Hernando de Lerma, fundador de la ciudad, asignaba "a la religión de S. Francisco para que poblase un convento de misioneros de su seráfica orden (2)".

De este mismo Convento de Santiago del Estero salió también el año 1593 el glorioso apóstol del Tucumán, S. Francisco Solano, acompañado de otro religioso, y pasó a La Rioja a recibir "una cuadra de tierra adjudicada por el mismo fundador de la ciudad, en el año anterior de 1591 (3).

---

(1) Decreto de entrega de una cuadra de tierra, donada por Dn. Jerónimo Luis de Cabrera, fundador de la ciudad, para construir un Convento de la Orden de San Francisco. (Archivo Conventual de Córdoba, Lib. I, pág. 200).

(2) Archivo de Gobierno de la ciudad de Salta.

(3) Archivo Conventual de Santiago del Estero.

De ese mismo Convento salió igualmente la expedición de dos religiosos, conducidos por el M. R. P. Fr. Juan de Vergara, que, en 1617, fundaron el primer Hospicio franciscano de Catamarca, en la primitiva ciudad de San Juan de la Paz de la Ribera de Londres — Hospicio que siguió luego las mismas peripecias y traslaciones de la ciudad, hasta ubicarse definitivamente en la falda occidental del Valle del Ambato, en que actualmente se halla.

De Santiago pasaron también, antes de 1600, aunque no nos ha sido posible verificar con precisión la fecha, los franciscanos que fundaron Convento en S. Miguel del Esteco (Tucumán) y en la ciudad de Jujuy.

De todos estos antecedentes históricos, que acabamos de consignar y de que abundan los archivos de Santiago, Salta, Tucumán y Córdoba, se deduce que dicho Convento no sólo fué el *primero* en el orden de fundación, sino también en importancia y precedencia, de todos los que, durante la segunda mitad del siglo XVI y principios del XVII, poseía la Orden Franciscana en el vasto territorio del Plata y del antiguo Tucumán.

Y según esto, no es de extrañar que fuese también el primero en establecer la enseñanza rudimentaria de primeras letras y fundar la primera escuela de niños que ha tenido Santiago del Estero, y aún —podemos decir— todo el territorio del Tucumán.

Mucho se ha escrito acerca de los grandes servicios prestados a la causa santa de la civilización y cultura de las letras por este meritísimo Convento; pero nadie —que sepamos— ha estudiado con *criterio histórico* la fecha de fundación de esta que podemos llamar "la primera Escuela" de Santiago, por las razones y documentos que pasamos a exponer.

1ª Ha sido costumbre indefectible entre los misioneros franciscanos de la Conquista establecer escuelas de primeras letras dondequiera y al mismo tiempo o inmediatamente que se fundaba un Convento. Así consta que se hizo en Córdoba (1),

---

(1) La Escuela primaria de S. Francisco de Córdoba empezó con la misma fundación de la ciudad. Mons. Bustos: "Prolegómenos", pág. 16.

en Catamarca, en Buenos Aires y, en general, en todos los pueblos en que ellos se establecieron (1). Y esa costumbre respondía a un precepto formal de la Orden y al mandato expreso y solemne de los reyes de Castilla (2), y era observada escrupulosamente en todas partes, y todos los Prelados y Visitadores urgían, con reiteradas circulares, moniciones y severas penas, el cumplimiento de esta obligación, como puede verse en los Libros de Circulares y Autos de Visita existentes en todos los Archivos de los Conventos (3).

Y si alguna vez o en alguna parte dejaba de cumplirse ese precepto, era únicamente en las Residencias menores, en donde, por la escasez del personal, era materialmente imposible su cumplimiento: cosa que no podía alegarse en Santiago del Estero, que era el más importante de los Conventos de la Custodia, y consta que tuvo siempre, mientras fué el asiento de la Custodia, un personal relativamente numerosos, que nunca bajó de seis religiosos (4).

2ª Porque el fundador mismo del Convento, el celosísimo e incansable propagandista de las escuelas primarias, el P. Juan de Rivadeneira, fué Guardián de dicho Convento por es-

---

(1) "A medida que las Comunidades y Conventos iban ocupando diversas posiciones, las escuelas para la enseñanza primaria iban también naciendo dentro de los claustros". Mons. Bustos, ibid. Véase también a Ramón J. Lassaga: "Tradiciones y Recuerdos Históricos", pág. 148, en donde se lee: "... para desarrollar las facultades intelectuales y morales de sus habitantes, fueron los frailes los primeros en organizar escuelas de enseñanza primaria dentro de los templos mismos, y a ellos se debe que las primeras generaciones de criollos no se criasen sumidos en las tinieblas de la ignorancia".

(2) Solórzano: "De Jure Ind.", lib. II, cap. IV, tom. I.

(3) Véase el Libro de Acuerdos Definitoriales, año 1754 a 1782, pág. 45. Archivo Conventual de Córdoba.

(4) Arch. de Ind., Est. 4, caj. 7, leg. 3.

pacio de diez años y más; y no es creíble que él, que en la Residencia de Córdoba, teniendo un solo compañero, antes de hacer Convento, Iglesia ni celdas, hizo construir a toda prisa un galpón y puso allí una escuela, había de pasar diez años y más de Superior en Santiago, con un personal más que suficiente para atender a las misiones, sin preocuparse de fundar escuela de niños, tanto más necesaria cuanto que Santiago era la Capital del Tucumán y la ciudad más poblada e importante de cuantas existían en toda la región.

3ª Porque en 1617, cuando el Provincial Fr. Juan de Vergara manda que se establezca, en este Convento de Santiago, "una clase de latín junto con la enseñanza de primeras letras a los jóvenes *que se educan* —dice— en este Convento" [1], claramente se desprende que la escuela existía ya de más antes. Este decreto del P. Vergara es, ciertamente, el primer documento oficial que hemos encontrado acerca de la Escuela histórica de Santiago; pero ese mismo documento prueba que existía de tiempo atrás. —¿Desde cuándo?— No hay constancia; pero, fundados en las razones expuestas y en otras que silenciamos por no hacer demasiado extenso y prolijo este trabajo, que por su naturaleza misma debe ser breve, como destinado a ocupar una página del Album conmemorativo del Centenario de Santiago, creemos que la verdadera fundación de dicha Escuela debe colocarse entre los años 1558 a 1560.

En cuanto a los grandes servicios prestados por la Escuela de S. Francisco a la noble causa de la civilización, lo acredita suficientemente el hecho bien comprobado de que, durante dos siglos y medio y más, el único exponen de la cultura santiagueña, el único establecimiento educacional que tuvo Santiago, fué la Escuela de S. Francisco. En corroboración de este aserto, que podría parecer exagerado, citaremos el documento que trae el P. Argañaraz en su "Crónica de Santiago de Estero", el cual documento, precedido de una advertencia muy juiciosa y oportuna que comprueba su autenticidad, dice así: "En un documento del Archivo de Santiago —habla el cronista—, que en 1883 copié y lo tengo a la vista, se lee que el gobernador

(1) Arch. de Ind. Est. 75, caj. 6, leg. 6.

intendente de Salta Dn. Ramón García y Pizarro, el año 1791 ofició al Guardián de Santiago diciéndole que, *como en esa ciudad no había escuelas para la juventud por falta de fondos para costearlas,* y como, según informe del Síndico Procurador de Ciudad, *sólo la había en el Convento de S. Francisco,* le recomendaba la sostuviera con eficacia, y dice: "Pues *solo Vtra. R. tiene algún cuidado en mantener la de primeras letras*". Por aquí se ve —continúa el P. Argañaraz— que *en 1791 no había en Santiago más escuela primaria que la de S. Francisco*" [1].

Tampoco la hubo —decimos nosotros— de segunda enseñanza durante dos siglos y más, excepción hecha del Colegio Seminario que fundó en la Villa de Merced de las Juntas [2], el Ilmo. Trejo y Sanabria el año 1594 y que sólo duró 16 años. Y en ese lapso de tiemjo, por espacio de tres siglos, o sea hasta la segunda mitad del siglo XIX, el Convento de San Francisco ha servido, generalmente solo, a la causa de la civilización y del progreso intelectual y moral de Santiago del Estero.

En el transcurso de tres siglos todo ha cambiado: hábitos, costumbres, leyes, instituciones, forma de gobierno, comercio, vías de comunicación y de transporte, sociedades, pueblos y edificios: sólo el Convento de S. Francisco y su Escuela secular han permanecido inconmovibles, ocupando el mismo lugar y sirviendo fiel y desinteresadamente a la misma causa, a la causa noble y santa de la civilización y del progreso . . .

Dios y el glorioso apóstol del Tucumán, S. Francisco Solano, velan claramente sobre los muros enmohecidos del viejo Convento de Santiago! *Digitus Dei est hic!*

---

(1) Crónica del Convento de Santiago del Estero, pág. 16.

(2) La fundación de la Villa de Merced de las Juntas hízose sobre el río Salado, en un sitio donde éste se junta con el río de las Piedras, y donde se encontraban los dos caminos que de Esteco y San Miguel de Tucumán iban a Salta, y por esta razón se llamaba de las Juntas . . . : subsistió dieciséis años . . . " (Lozano: "Conquista del Paraguay, tom. IV, Cap. XIV, pág. 403).

LA PILA BAUTISMAL DE LA CIVILIZACION ARGENTINA

Dedicado al nuevo arzobispo de Buenos Aires.
Ilmo. y Rmo. Mons. Fr. José M. Bottaro.

Señores:

No vengo a pronunciar un discurso, ni mucho menos a hacer una conferencia de corte científico y literario: dejo para los sabios y los tribunos el tratar, en sus academias y sus congresos, los grandes problemas didácticos que sólo interesan a la ciencia y a las letras. Traigo, señores, una misión muy distinta, no sé si más difícil, pero puedo aseguraros que me resulta más simpática y agradable en esta hora de entusiasmos populares y de regocijos nacionales: ella es producir una nota, cantar una estrofa y elevar un himno de fe, ante el concierto vibrante de corazones que laten vigorosos y forman sonora orquesta, bajo la doble faz de la religión de la patria que las inspiran, en celebración de un hecho, que constituye, en los anales argentinos, el fundamento básico de nuestra grandeza nacional, y, que, para darle un nombre, podemos llamarle: la vocación religiosa y cultural de la República Argentina. Y al grandioso monumento que acabamos de inaugurar, bajo los auspicios de las autoridades provinciales y nacionales: la pila bautismal de nuestra civilización grandiosa.

Señores: no diré que traigo la representación de Catamarca, o algún mensaje cariñoso de sus nobles hijos: ¡no, señores, eso sería poco decir! Traigo algo más y mucho mejor: es Catamarca misma la que se halla presente aquí, con toda su grande alma, con su corazón latiendo y formando coro, en este festival grandioso, al unísono de todo el pueblo, de toda la sociedad riojana. Aquí está, en efecto, toda el alma de Catamarca, representada y expresada en sus caballeros y en sus damas, en sus niñas y en sus jóvenes..., y las notas que vibran como sonora orquesta, en esta velada doblemente hermosa, son los rumorosos latidos del alma catamarqueña, en contacto espiritual de afectos y de ideales comunes, con el alma generosa y noble del culto pueblo riojano!...

Señores: — Tres gloriosos centenarios, que son como tres fulgurantes astros que brillan en un mismo cielo, celebra este año la Orden Franciscana, y con ella todas las almas grandes, capaces de sentir y justipreciar las irradiaciones trascendentales de la virtud y de la fe, que son fundadamente de cultura y de grandeza. Es el primero el VII Centenario de San Francisco de Asís, que ha logrado conmover las almas en el mundo entero: es el segundo, el Centenario del nacimiento del Padre Esquiú, del hijo más ilustre de Catamarca, que ha congregado, hace poco, en la ciudad del Ambato, a todo lo más selecto y representativo de la nación argentina, y hecho vibrar toda el alma nacional: y por último, el 2º centenario de la canonización de San Francisco Solano, el grande Apóstol de La Rioja, y primer civilizador de América, cuyo recuerdo está aún vivo y palpitante, al cabo de tres siglos, en este hermoso pedazo de tierra argentina, que tiene la gloria incomparable de guardar, como una reliquia histórica de valor inapreciable, esa gloriosa cuna de la fe cristiana, en que se bautizó el "fiero sicambro" que habitara estas regiones, antes que el lábaro santo de la cruz ondeara, como emblema de cultura y de libertad, en el vasto territorio americano.

Tres fechas gloriosas, que están íntimamente ligadas a nuestra historia, y ante las cuales se niclinan reverentes, nues-

tra cultura y civilización, las ciencias y las letras, la toga de nuestros magistrados y la espada invencible de nuestros guerreros, y hasta la bandera azul y blanca —símbolo de nuestra grandeza y emblema de nuestras glorias—, y que sólo se inclina ante Dios, ante la justicia y la libertad . . .

Y quiero subrayar esta coincidencia providencial, que ha venido a dar, con nuestro jubileo franciscano, un relieve singularísimo, en nuestra República, a la fiesta clásica y justiciera del primer grande Apóstol de la fe, que plantó en tierra argentina el primer jalón de nuestra civilización estupenda . . ., estupenda, sí, por la rapidez de su desarrollo y por los contornos florecientes que presenta al mundo, en el concierto universal de las naciones grandes.

Es que el cimiento fué muy hondo, y el espíritu vital que le imprimió con sus virtudes el gran Solano, fué una derivación del soplo divino que, en el principio de los tiempos, hizo palpitar los gérmenes y resurgir la vida de los abismos caóticos de la nada. —S. Frascisco Solano fué el enviado providencial de Dios, que vino a despertar los elementos muertos, a la vida radiante de la fe y de la civilización cristiana, en las áridas montañas y las selvas vírgenes del mundo de Colón.

¡Quién lo creyera! . . . Al verlo pobre y desvalido, extenuado por la penitencia y los trabajos, pisando con sus pies descalzos las espinas y las escarchas, escalar los montes y cruzar los valles, penetrar en la selva enmarañada, atravesar los ríos y los torrentes, los valles y los esteros como una visión de luz, como un girón de cielo, abriendo surcos en el bosque y plantando por doquiera la cruz redentora, que es emblema de amor y de paz, de esperanza y vida, de engrandecimiento gloria . . ., para decir al salvaje de las montañas, al matrero de los bosques y los ríos, más que con su palabra inspirada de apóstol; con el lenguaje avasallador y sobrehumano de sus virtudes heroicas:

Quid hic statis tota die otiosi?— '¿Por qué estáis, desde hacen siglos, sentados en las tinieblas de la muerte, encadenados al mísero destino de las fieras salvajes, aherrojados

con la doble cadena del pecado y de la barbarie, como si no fuerais vosotros también hijos de Dios, de ese buen Dios, que os da la vida y hace florecer los campos y madurar las mieses y que es quien me envía a deciros: 'venid conmigo y os mostraré los verdaderos caminos de la vida, os haré participantes de la fe y de las ventajas que ofrece al hombre la civilización, la cultura y la libertad . . . ?

Paréceme asistir a esa primera entrevista que tendría el apóstol con las tribus salvajes de *quilmes, cacanes* y *diaguitas,* habitantes de estas regiones, sobre la ladera de una montaña, bajo un sol canicular, y oirlo dialogar con ellos en su propio idioma nativo, que Dios mismo le había enseñado, durante las largas noches que pasaba en oración, postrado de rodillas sobre un peñasco de las sierras, pidiendo como Moisés perdón y clemencia para su pueblo . . . Y ved como los montaraces guerreros de la montaña, atraídos, primero por la curiosidad, amansados después, por las armonías celestiales que, cual divino Orfeo, arrancaba a las cuerdas delicadas de su misterioso violín, y subyugadas, más tarde, por la palabra dulce, bondadosa y tierna del seráfico Apóstol . . . Me parece verlos —repito— desarmados de su fiereza, familiarizados con el apóstol, llegar, tímidos, a besar su cuerda y el hábito raído y las pobres sandalias redentoras, las primeras que han pisado nuestras playas, y han dejado una huella tan profunda que hasta las rocas los han inmortalizado . . . , pedirle consejos y bendiciones y, luego, inclinar sus frentes rebeldes, para recibir, sumisos y compungidos, el bautismo de la fe, y con él el derecho de llamarse hijos de Dios, de vivir en paz y de constituir, con el andar del tiempo, un pueblo libre y civilizado . . .

Y los hombres del carcaj, y los guerreros temibles de lanza y flecha, deponen su fiereza, y se acercan al odiado blanco, y entregan sus armas al manso y desvalido apóstol de la cruz, en quien han visto claramente al ungido de Dios, al Padre providencial, al que es necesario y hasta dulce obedecer y someterse . . .

Y no es esto un sueño de invención imaginaria únicamente, no; es la historia fiel de esa página gloriosa de la

epopeya americana, realizada por el gran Solano y sus ilustres compañeros de misión, que tuvo su desenlance feliz en la Boca de la Quebrada riojana, donde hoy se levanta, como el primer jalón de la cultura nacional, ese hermoso pabellón, que hace honor al pueblo de La Rioja, que, a pesar de su pobreza proverbial, le han sobrado alientos y energías para pagar una inmensa deuda de gratitud a su grande apóstol y levantar, amasando con hercúlea fuerza de músculo y voluntad el granito de sus montañas, el primer monumento de la cultura nacional y esculpir, en la roca viva, la primera estrofa lapidaria de la gloriosa epopeya americana.

Y esas montañas gigantescas, inmortalizadas por el genio inspirado de Joaquín V. González, erguidas como torreones ciclópeos que vibran con el rayo y cantan con el viento las glorias de un pueblo grande y guardan bajo sus eternas nieves la historia de tres siglos, parecían hasta ayer una necrópolis de recuerdos y leyendas muertas; y vosotros, hijos ilustres de esta ínclita ciudad, que guarda como las vestales de Roma el fuego sagrado de la fe, de las tradiciones nacionales y de la más pura argentinidad de la patria; vosotros, herederos del espíritu elevado y emprendedor de Castro Barros, de Mons. Bazán y de Joaquín V. González, vosotros habeís evocado esos recuerdos, habeís traducido esos caracteres mudos pero elocuentes de la montaña, habeís arrancado su historia a los bloques de granito y habeís escrito con ellos, en ese grandioso monumento nacional, la primera estrofa inmortal de nuestra fe, consagrada al primer apóstol de la civilización americana, personificación grandiosa del Misionero católico que inmortalizó, en su estro poético, el inspirado bardo argentino, Ricardo Gutiérrez, cuando dijo en su inimitable poema "El Misionero":

❧

"¿Qué fué un día tu mansión paterna?
¿Qué fué el hogar donde tu amor sonríe?
¿Qué fué tu patria entera,
Donde hoy sus pasos el progreso estampa . .
—Antes de alzar mi cruz—¿sabes lo que era?—

¡El salvaje desierto de la Pampa!
Y sobre la sangre mía,
Con que el desierto indómito fecundo,
Extiende el progreso la férrea vía,
Por donde cruza el porvenir del mundo!

❧

Y con Francisco Solano viene, formándole cortejo, esa inmensa pléyade de frailes ilustres que, después de regar con sus sudores y con su sangre todo el vasto desierto americano, hacen surgir, como por arte de encantamiento, escuelas y ciudades, templos y misiones, academias y universidades, que forman la gran colmena que elabora, silenciosa pero eficazmente, el gran panal de la cultura nacional, que culminó con la emancipación de España, en Buenos Aires y en Mendoza, en Tucumán y en Salta, en Los Andes y en Chacabuco, en Maipo y en el Pichincha, donde el pueblo argentino dejó inmortalizado su nombre, en proezas dignas de la epopeya y vino a demostrar que el fraile, que le inspiró la fe y despertó el sentimiento de libertad, fué también el principal factor de nuestra libertad, en las grandes jornadas de la patria. Fray Cayetano Rodríguez, alentando a Belgrano en todo momento y escribiendo con su pluma inspirada de poeta y de patriota el Acta inmortal de Tucumán; Fray Luis Beltrán fundiendo las campanas de los templos para forjar los cañones y las armas de la patria y hasta poniendo alas a los cañones para escalar las altas cumbres andinas, derribando a golpe de hacha las eternas nieves, para abrirle paso a la libertad; y Fray Mamerto Esquiú cantando, con lenguaje sobrehumano, las glorias de la patria y aconsejando a todos los argentinos obediencia y sumisión a la Constitución Nacional...: todos esos hechos y muchos otros que silencio y vosotros los conocéis perfectamente, forman el segundo gran peldaño de la escala de nuestra grandeza nacional y son como el fruto sazonado, abundante y generoso, del árbol que plantara en tierra argentina, el gran apóstol de La Rioja.

¡Incorpórate sobre tu tumba tres veces secular, oh gran Solano!, contempla hoy día, radiante de gloria y floreciente, tu obra prodigiosa de apóstol de la fe; bendice nuestros destinos de nación católica y regocíjate de ver hoy día a uno de tus hermanos (el P. Bottaro) pronto a empuñar el cetro pastoral de toda la grey cristiana, en la República de tus amores, y aleja de nuestro territorio el hálito pestilencial de errores y de vicios degradantes, que nos invaden y son la carcoma de la paz, el martillo destructor de la sociedad, el incendio devastador de las tradiciones nacionales y que sería —¡Dios no lo permita!— el sepulcro de la grandeza de la Patria!

De tu gloriosa tumba de apóstol ha surgido, como la flor del tabaré, toda la grandeza de nuestra patria, asentada sobre el pedestal indestructible de nuestra fe: que viva y prospere, al amparo de la cruz, sobre el granítico fundamento de esa fe que defendieron, con su palabra y con su espada, nuestros guerreros y patricios, nuestros sabios tribunos y nuestros grandes generales. Que todos los que se cobijan bajo la sombra dichosa de nuestra bandera azul y blanca —emblema de paz y de libertad— sostengamos con valentía y dignidad, nuestras tradiciones gloriosas y, ahora y siempre.

¡Coronados de gloria vivamos,
O juremos con gloria morir!

EL ALCOHOLISMO

CONSIDERADO COMO CAUSA DE LA MISERIA EN EL ORDEN ECONOMICO

Conferencia leída por el Rdo. Fr. Luis Córdoba
en el salón del Círculo de Obreros de Catamarca.

Señores: Vuestra benevolencia, junto con el deseo sincero de contribuir en algo, a medida de mis débiles fuerzas, en lo que se refiere al engrandecimiento físico y moral de nuestra patria común, que los Círculos de Obreros tan generosamente persiguen, me coloca nuevamente sobre esta plataforma con el objeto de manifestaros sencillamente mi modo de pensar acerca de la cuestión candente y delicada, que actualmente ocupa los ánimos y las inteligencias de todos los sociólogos modernos, quiero decir, "la cuestión obrera".

No es mi ánimo fundamentar un sistema completo de principios económicos, que exige y requiere una vasta preparación y estudio, de que carezco, y estoy muy lejos de pretender; trato únicamente de indicar ligeramente algunas de las causas que concurren, a mi modo de ver, a producir la miseria que se deja sentir abrumadora en medio de nosotros, haciendo sus estragos especialmente en el seno de los hogares pertenecientes a la clase obrera.

Me ceñiré a los estrechos límites de un estudio puramente local, estudiando las causas particulares que han concurrido y concurren a hacer más penosa la vida en nuestro querido pue-

blo; causas que, no por ser locales en nuestro suelo, dejan de tener su asiento y hacer sus estragos en ciudades más grandes y populosas.

Y bien, hablábamos en la conferencia anterior —que, como dije, no era más que una introducción a un tema vasto y de actualidad palpitante, que deseo ir desarrollando por partes, y en el cual os pido me sigáis con paciencia y no me juzguéis hasta conocer todo el plan que comprende mi modo de pensar, por lo que hace a "la cuestión obrera"—; hablábamos, decía, de ese malestar general que se nota en el seno de nuestra sociedad. No hay duda que son varias las causas que concurren a producir entre nosotros ese malestar, que se deja sentir de una manera alarmante en la clase trabajadora; pero descartando lo que es secundario y accidental, llegamos a señalar como causa primera y principal el *alcoholismo*, que tiene, desde hace mucho, asentados sus reales en el seno mismo de la clase obrera.

En efecto: el abuso del alcohol ciega las principales fuentes de la riqueza y abre ancho campo a todos los vicios, que son siempre y en todas partes, los voraces e insaciables consumidores de la riqueza.

El hombre es y será siempre la primera y principal fuente de la riqueza: sin él, todo es estéril, con su trabajo, todo es fecundo. Digan lo que quieran los entusiastas panegiristas del poder económico que contienen los instrumentos de la nueva industria, jamás llegarán a prescindir del trabajo del hombre, cuyo brazo inteligente sólo sabe dirigir con arte todos los resortes y cuyo sudor, mezclado con su sangre y parte de su vida, sólo sabe fecundar la esterilidad del suelo, que, aunque bruto, sabe responder, con la abundancia y la riqueza, a los golpes que le asesta, en demanda de pan y de fortuna, la generosa mano del hombre.

Pero para ser un verdadero elemento de progreso en el orden económico, el hombre necesita el concurso de cinco fuerzas, "que son como los cinco dedos que la mano de la humanidad trabajadora estiende sobre la materia para asirla, estrecharla y labrarla de mil maneras; y con el juego ágil y fuerte de esos cinco resortes obliga a la naturaleza material a ponerse

al servicio del bienestar del hombre. Esas fuerzas o poderes, que hacen del hombre un verdadero elemento de progreso, son: la fuerza física o muscular, la fuerza intelectual, la fuerza moral, la fuerza social y la fuerza religiosa, que orienta y pone el sello a todas las demás.

"Y de todas esas fuerzas conjuntas y ordenadas para funcionar con una misma vida, resulta ese ser real que lleva la fuerza en su nombre, la soberanía en su frente y la fecundida en su alma: *vir*, el hombre," (P. Félix).

Y bien, todas esas fuerzas o energías tan fecundas, reciben, con la presión narcótica del alcohol, un golpe mortal que las enerva, las deprime y las anula, convirtiéndolas, de elemento de progreso, que eran y de bienestar, en un elemento fatal de retroceso y de decadencia física y moral.

I.—El efecto inmediato que produce el alcohol, es una fuerte *exitación nerviosa*, estado muy apetecido por los aficionados, por esos seres inactivos que cuentan los momentos de vida por el número de sensaciones y no por los actos que sus facultades realizan. Según el testimonio de los naturalistas, el sistema nervioso es semejante al cordaje delicado de un instrumento músico, el cual, si permanece inactivo, se destempla, y si se exita demasiado, y sobre todo, de una manera brusca y violenta, pronto se rompe.

Lo propio sucede con el sistema nervioso, que es, a la vez, el que da impulso a la fuerza muscular y gobierna sus operaciones. Con la inacción se atrofia y con el uso inmoderado del alcohol se enerva y paraliza.

El alcohol es un veneno lento, pero mortal, que, si bien exita los nervios y pone la sangre en ebullición, produce, en cambio, una morbosidad, en la misma sangre, que bien pronto termina en la descomposición de sus elementos.

De aquí los fenómenos que se notan en los que abusan de las bebidas alcohólicas. Al principio se busca esa exitación nerviosa como un antídoto contra el tedio y aburrimiento consiguiente a una vida muelle y desocupada, con lo cual desaparecen por un instante, gracias a la acción narcótica del alcohol,

las penas que afligen, los recuerdos que abaten el espíritu. Mas, luego se deja sentir, con todo su peso, el enervamiento de las fuerzas, la extinción de las energías, el entorpecimiento del organismo y una pusilanimidad tan marcada, que para soportarla sin desesperación, es menester recurrir de continuo al narcotismo del alcohol, como se recurre a la morfina en busca de calmante, no obstante la certeza de que su virtud soporífica acelera la muerte. Luego la sangre, sujeta a continua efervescencia, a violenta ebullición, termina por la parálisis y la descomposición: de ahí nacen, como los microbios de la putrefacción, todas las enfermedades morbosas y el empobrecimiento de la naturaleza en las generaciones que nacen.

"La mayor parte de las enfermedades, dice un médico eminente, y en especial la pulmonía, el carbunclo, los catarros intestinales, la inflamación de las cardias, del hígado y los riñones, provienen, en la mayor parte de los casos, del uso frecuente e inmoderado de bebidas alcohólicas y espirituosas". (Tissot). ¿Y no es ya de suyo una enfermedad el estado mismo de la ebriedad, que, para una gran porción de individuos, constituye el estado habitual y ordinario de su vida? . . . ¡Y qué enfermedad! ¡qué epidemia! no sólo para el individuo que es su víctima y la soporta, sino también para la familia a que pertenece o lleva su nombre y para la sociedad en que vive! . . .

Y lo más digno de lamentarse es, que ese envenenamiento de la sangre, ese empobreciminto de las furzas, esas dolencias crónicas y esa raquitis marcada que produce la embriaguez en el individuo, todo ello se convierte, por una ley terrible de transmisión, en la triste herencia de los hijos, que nacen fatalmente degenerados, exhaustos de fuerzas y de vitalidad, víctimas de enfermedades secretas, pero terribles, llenos de dolncias... ¡raquíticos de cuerpo y alma!

II.—La segunda fuerza humana es, decíamos, la *fuerza intelectual.* ¡Oh, y cuánto sufre ésta bajo la acción deletérea del alcohol! Sabido es y nadie lo ignora, que todos los males que atacan directamente al cuerpo, atacan indirectamente al alma, por la íntima unión que existe entre esas dos sustancias nacidas para formar lo que se llama una *persona.* Pero el mal, la enfermedad producida por el abuso del alcohol, ejerce en el

alma una influencia tal, que paraliza su actividad, la degrada, la envilece y embota la agilidad de sus potencias y especialmente la razón, que en cierto modo la destruye. Y notadlo bien, que no hablo aquí de efectos sobrenaturales, de esas simas profundas de la culpa, de esas monstruosidades del vicio, que llevan grabado el estigma de una maldición perpetua, y que sólo descubre la observación cristiana de la conciencia a la luz clara de la fe . . . , no: hablo de efectos naturales, de terribles consecuencias, que se ven y se palpan, de estragos pavorosos que lamentan todos los hombres de corazón!

Y bien, no hay enfermedad que ataque al alma de una manera más terrible y directa, en su potencia más noble, en la inteligencia, que el abuso del alcohol. ¿Cuál es el efecto inmediato que produce el licor, de cualquier modo que se llame? Es un estado de sonambulismo, de trastorno mental y de demencia, un embotamiento y torpeza de razón tan grande, que inspira compasión: estado lastimoso en que el hombre no es dueño de sus facultades y se convierte en una fiera de salvajes instintos, a que es preciso enjaular para que no devore cuanto a su paso encuentra. Y esto lo saben todos, y tanto lo saben, que a veces recurren a ese estado mismo, que constituye su vergüenza y su mayor condenación, para cometer sus desmanes a mansalva, o para escusarse de la responsabilidad de un crimen: "estaba ebrio, no me di cuenta, ni siquiera me acuerdo lo que hice" . . . suele decirse.

Este es un hecho y, por desgracia, un hecho harto lamentable que se repite todos los días, sin que haya esperanza de corrección, ¿y qué digo corrección?, pero si parece que día a día se propaga de una manera desoladora, cubriendo de miseria y de vergüenza a tantos hogares dignos de mejor suerte . . . !

Ahora pregunto yo: este efecto de trastorno mental, este entorpecimiento de razón, repetido un millar de veces por un mismo sujeto, ¿no será bastante a producir una demencia total, que despoje al hombre para siempre de esa hermosa "diadema del linaje humano" que llamó el poeta: la inteligencia? La esperiencia, la triste esperiencia, con sus lecciones aterradoras, está pronta a responder y a denunciar los hechos. Ahí están millares de víctimas postrados en el lecho vergonzoso que

con sus manos se han labrado, inspirando la compasión del público, implorando a las puertas de la caridad cristiana un mendrugo de pan con que matar su hambre, única señal de vida que les queda, en medio de los escombros de una existencia robusta que perdieron! Sí, son innumerables los casos de demencia que existen entre nosotros, a causa del alcoholismo, eso que los médicos llaman *delirium tremens*, que bien pudiera llamarse "justo castigo del cielo", que los despoja para siempre de la real diadema de la razón, de que, por su culpa, se han hecho indignos . . . y que ellos mismos no saben sentirla, porque nunca la han estimado, ni se han aprovechado de sus lecciones . . . !

¡Y el alcohol es el que produce esta demencia!

En verdad, el efecto inmediato que produce el alcohol, es, como decíamos antes, una exitación nerviosa; pero no es una exitación cualquiera, no; es una exitación violenta y brusca, algo así como un fuerte sacudón de aire que arranca las mieses y doblega las encinas, que saca de quicio a la razón y trastorna la fantasía. Porque sabido es que el cerebro, que es el centro de las sensaciones y la clave del sistema nervioso, es también el asiento de la memoria y de la fantasía, que son los órganos inmediatos que prestan el *material* a la inteligencia, poniéndola en contacto y relación directa con el mundo de los cuerpos. Y como el alma, no obstante su espiritualidad, mientras permanece unida al cuerpo, no ejerce ni puede ejercer sus operaciones intelectivas, sin dependencia del ejercicio de los órganos sensorios; y como éstos se hallan perturbados y enfermos en su operación, a causa del narcotismo del alcohol; de aquí es que, mientras dura ese estado de entorpecimiento y decadencia de los sentidos y del cerebro, desaparece la luz de la inteligencia.

Y como ese entorpecimiento es siempre, o casi siempre, el efecto de un agotamiento de fuerzas vitales, de un envenenamiento que se ha producido lento, pero radical, de aquí resulta que nunca los tales enfermos sanan, nunca la razón vuelve a iluminar, a no ser por un milagro, sobre aquellas frentes obscurecidas por los humos del alcohol!

Y si bien es verdad que no todos los alcoholistas caen en ese extremo, esto depende, en general, de que se detienen en la pendiente y no descienden, por una razón o por otra, hasta el punto mismo en que suele estallar el depósito inmenso de gases alcohólicos acumulados. Con todo, nadie me ha de negar que esos sujetos mismos, consumidores incorregibles del alcohol, que aún tienen la fortuna de ser contados entre los seres dotados de razón, son víctimas, casi sin excepción, de un atolondramiento y de una pesadez de discurso, que no difieren, sino en grados, de lo que se llama "enagenación mental".

Y lo más lamentable es que, junto con la pobreza de la sangre y la raquitis de la naturaleza, se transmite también a la posteridad, a los hijos y hasta la cuarta y quinta generación, ese embrutecimiento de los padres, que ha tenido su origen en el abuso inmoderado del alcohol. De aquí resulta fatalmente ese fenómeno tristísimo —que sería digno de un estudio concienzudo y de un oportuno remedio— de nacer, entre nosotros, tantos sordo-mudos y dementes, especialmente en nuestros Departamentos del Oeste, en que es más notable el abuso del alcohol. Este fenómeno tiene, a mi modo de ver, dos razones capitales que lo explican, y que ambas tienen su origen en el vicio que combato; y es la primera, esa degeneración que digo; pues es sabido que de padres enfermos y degenerados nunca pueden nacer hijos sanos y robustos; y al modo que la tisis se hereda, con la sangre, con la sangre se hereda también el envenenamiento orgánico y la pobreza intelectual. La segunda razón, y la principal, son los sufrimientos físicos y morales de que es víctima la madre, mientras lleva en su seno el fruto de sus entrañas, de parte de un esposo calavera y torpe, que la maltrata, sin más razón que su sin-razón y su estado de ebriedad... ¡ y esto, si es que la madre, lo que no es raro, no incurre también en esos excesos!

Y esa pobreza mental que digo, se nota ya, en gran escala, entre los pocos niños que pueden cursar las aulas, de esos que tienen por padres a sujetos contagiados por este vicio; se nota, digo, en el estudio de las ciencias, en el aprendizaje de las artes, cierta torpeza natural, cierta impotencia nativa, que les impide, en general, seguir una carrera. Y si a las veces suelen también

mostrar ingenio en sus primeros años, ese ingenio no es duradero; a pocos esfuerzos que dediquen al estudio, bien pronto los invade la anemia cerebral, que los obliga a abandonar el trabajo de las aulas, o bien, terminan por un trastorno mental, que es más lastimoso aún. ¡Es que carecen de fuerza vital y llevan en germen el veneno que los atrofia!

Se dice que entre nosotros se han agotado las inteligencias, que los talentos ya no descuellan como en otrora . . . Y no es que nuestro cielo no sea propicio para formar inteligencias claras y despejadas; por el contrario, pocos serán los pueblos *rudimentarios* que hayan producido inteligencias de tan alto vuelo como nuestro humilde Catamarca, envuelto y como perdido bajo la sombra de sus montañas . . . No es esto una lisonja vana, inspirada por el amor al terruño, no; antes sería un amargo reproche, una justa acusación contra nuestra injustificable indolencia por conservar y desarrollar, con el cultivo y el trabajo, esa buena semilla de cultura y elevación de juicio, que nos ha tocado en suerte. Ahí está la historia proclamando con la elocuencia de los hechos, la verdad de que la naturaleza no nos ha sido mezquina en lo tocante a inteligencia. Pero ¡ay! ¡cuán degenerados estamos, precisamente cuando tenemos en nuestras manos, mejores medios y más fáciles para ilustrarnos! ¡Cuán lejos estamos de escalar la región luminosa de la ciencia, por cuyos horizontes se espaciaron, dibujando una parábola de luz, las condorinas inteligencias de los Esquiú, de los Rizo Patrón, de los Achávales . . . y de tantos otros ingenios ilustres, que plantaron en el suelo de la patria, el más preciado jalón de la cultura y de la civilización cristiana! . . .

¡La culpa de esto la tiene, en su mayor parte, el abuso del alcohol y otras bajezas más que le acompañan y sirven de cortejo!

III.—La *fuerza moral* es la tercera potencia que hemos reconocido en el hombre en orden al trabajo. Y al decir *fuerza moral,* quiero designar con ello una cualidad personal del hombre que nos revela su valer y nos da la medida exacta de su grandeza moral, y podemos decir que es lo que llamamos "carácter". Y ¿qué es el carácter? Es la dignidad humana en toda su grandeza, unida al valor personal de quien se estima; o en

otros términos, es una mezcla de valor y delicadeza, de grandeza y de ternura, que imprime en la frente del hombre el sello de una viril nobleza.

Un hombre de carácter es un hombre de acción y de energía, capaz de emprender y coronar una empresa; que lleva la generosidad en su pecho y la abnegación en su alma; que sabe estimar su palabra y defender su honra; que es prudente para no prometer lo que no puede cumplir; que no sabe sacrificar su honor, en una palabra, en aras de un egoísmo rastrero o de una pasión baja.

Con estos hombres se puede luchar y vencer las batallas de la vida; al primer empuje de su acción huye la miseria avergonzada, y les sale al encuentro, con palmas y laureles, el bienestar, la prosperidad y la abundancia: ¡en su casa, nunca sus hijos lloran de hambre!

Pero ¡ay! que esta generación gallarda desaparece o cae tronchada a los golpes terribles del alcohol! En efecto, el primer resultado que produce este funesto vicio, es, sin disputa, borrar y extinguir en el hombre el sentimiento y la conciencia de su dignidad. Y si no, ¿cómo se explican todas esas bajezas y degradaciones a que el alcoholista se somete y hasta de ellas se lisonjea, reputándolas como un blasón, si no es que, antes de descender por esos escalones profundos, que conducen a la infamia, se encuentra ya despojado de la brillante aureola de su dignidad? Sí, no hay duda que el alcoholista es un hombre degradado, sin delicadeza, sin dignidad y sin honor.

Su palabra es un petardo, su miseria es un baldón, su trabajo es un cero sin unidades, que multipliquen su valor, y hasta su nombre tiene un no sé qué de repugnante, que hasta sus hijos parecen avergonzarse de lo mismo que constituye su triste herencia!

Vosotros bien sabéis que de un enviciado en esta forma nadie puede fiarse, y todos tienen derecho a abrigar sospechas contra su honorabilidad ficticia . . .

Con su trabajo nadie puede contar, porque a lo mejor se deja la fábrica por concurrir a la taberna o por no contrariar

a un amigo de su calaña, o . . . en fin, porque los humos alcohólicos le han subido a la cabeza y pierde el equilibrio, y es más prudente pasar sin él. Con su amistad, nadie puede estar seguro, y en su miseria nadie puede fiarle una peseta. De aquí resulta lo que debe resultar: que la necesidad misma, a que le somete la falta de trabajo y la miseria a que le arrojan sus vicios, cuyas exigencias no tienen tasa, le empujan por el camino del crimen. La necesidad le obliga a robar, la miseria lo convierte en asesino y la locura y torpeza, que produce el alcohol, le inspiran cierto carácter inhumano, que no hay crimen a que no pueda lanzarse ni bajeza que en su frenético furor no apetezca.

En confirmación pudiera citar ejemplos a millares. Muchas personas honradas he conocido, a quienes yo estimaba, y hoy, envenenadas por este vicio, las veo con el alma dolorida, reducidas al peor estado: sin honor, sin dignidad, encerrados en una prisión, o bien, arrastrando la pesada cadena de la deshonra, envueltos en los harapos de la miseria, en medio de un mundo que los desprecia . . . ! Vosotros mismos sois testigos de que digo verdad, y no necesito decir esos nombres, que no se pueden pronunciar sin arrancar una lágrima de compasión, y que la caridad nos manda cubrir con el velo del silencio . . .

IV.—La cuarta fuerza económica del hombre es la *fuerza social.* Las tres primeras, de que acabamos de hablar, son intrínsecas y personales del hombre; las otras dos restantes son extrínsecas y directrices.

La fuerza social no es más que la concentración de las fuerzas individuales, que resulta de la unión de miras, de esfuerzos y aspiraciones. Y claro está que, conforme sean los individuos de la unión, así será el resultado de la unidad. Si los elementos asociados son elementos sanos, hombres de virtud, de trabajo y abnegación, entonces, unida la fuerza a la fuerza, la virtud a la virtud, la inteligencia prestando sus luces a la inteligencia y la abnegación apoyando a la abnegación, entonces resultarán esos ejércitos vencedores e invencibles en los combates de la vida, laboriosos y de empuje formidable, que hacen retroceder el desierto y derraman doquiera la fecundidad y cubren de lozanía y de verdor la aridez misma de los peñascos.

"El poder económico del trabajo, dice un eminente sociólogo moderno, es como el poder guerrero: para conseguir sus grandes triunfos necesita muchos hombres, pero no hombres como quiera, sino hombres dignos del honor de su nombre, es decir, *hombres fuertes.* La economía en su conjunto es un ejército, y cada trabajador es un soldado. El ejército guerrero trabaja y pelea por defendernos contra las invasiones de la barbarie: el ejército obrero pelea y trabaja por defendernos contra las invasiones de la miseria; y ambos concurren, uniendo sus esfuerzos y sus armas, a la felicidad, a la seguridad y grandeza de la patria común" ([1]).

Pues bien, vosotros lo sabéis mejor que yo, que de hombres cobardes, sin valor y sin dignidad, jamás se forman ejércitos fuertes y vencedores; así también, con hombres sin honradez, sin carácter y sin honor, enfermizos y afeminados, nunca se formará un elemento de progreso en el orden económico. Y no es extraño entonces que la miseria, con su cara de heresiarca, tienda sus negros velos de desolación y de desgracia en los hogares y en el pueblo.

Se dice que en nuestro pueblo no hay trabajo en que ocuparse y que es mísero y escaso el salario del obrero. En cuanto a lo primero, respecto a la escasez de trabajo, no puede negarse que es así: es esa una condición de todos los pueblos pobres, en general: no hay capitales, y por consiguiente, no se fundan talleres ni fábricas ni empresa alguna de valor. Esto lo sé muy bien; pero también sé, y nadie me ha de negar, que especialmente en nuestro país, la mayor parte de los obreros que no encuentran colocación, es a causa de sus vicios, de su ebriedad diaria, que los hace inútiles para el trabajo, perjudiciales al capital y sospechosos de defraudación en todas partes.

Aquí no tenemos fábricas ni talleres ni empresas de algún valor; ¿sabéis por qué? No es ciertamente por falta de capital; sino más bien por no arriesgarlo a una segura quiebra; por falta de brazos honrados y laboriosos que lo sostengan y hagan prosperar. Porque entregar un capital en manos de obreros al-

(1) P. Félix. Conf. III.

coholistas, es para perderlo. Díganlo, si no, los que tienen que dirigir algún trabajo y encaminar la acción de un número de obreros: los lunes está paralizado el trabajo, y a veces el martes y el miércoles y algunos otros días, porque los obreros están sumidos en el éxtasis alcohólico, aletargados por la ebriedad! Y cuando concurren al trabajo no hacen más que sacar de paciencia al patrón y entorpecer la mercha de los demás; pues, cada hombre, que concurre a la fábrica o taller en ese estado, para moverse necesita un puntal, para dirigir su mano en el trabajo requiere el concurso de un sano, que lo vigile para impedir que con su torpeza todo lo trastorne . . .

Tampoco, y mucho menos, pueden ocuparse estos tales en las casas de familia. Porque allí, sobre todo, se necesitan hombres honrados y laboriosos, que trabajen con fidelidad y no sean sospechosos ni den escándalo. Pero ¿qué casa de familia honrada habrá que admita en sus oficinas, obreros que se venden por un par de copas de ginebra? . . . No es raro, pues, que los tales no encuentren en qué ocuparse, o mejor dicho, quién los ocupe; y la miseria, sentada a sus puertas, llama con urgencia!

En cuanto a no ser bien remunerado su trabajo, también lo sé: es poco lo que ganan los obreros, en Catamarca especialmente. Pero me permitiréis, ante todo, hacer con vosotros un convenio, firmar un compromiso: dejad el vicio del licor, resolveos a ser hombres de bien, obreros honrados y laboriosos; y yo me obligo, a mi vez, a recoger todas las injusticias que contra vosotros se cometen, en orden al salario, formular todas las protestas que sean menester y trabajar todos los días en demanda de justicia, aunque sea fulminando anatemas contra los opresores injustos. De lo contrario ,será en vano pedir aumento de salario. "¡Pero, señor, me dicen los patrones, si ese obrero no puede ganar más; si su trabajo es nulo, se pasa ebrio: más es el perjuicio que hace, que el bien que reporta . . ., por caridad lo tengo! . . . " Y ¿qué se puede responder a esta queja? . . . ¡lo ignoro!

Con todo, no es tan poco lo que gana un obrero, que no le alcance para cubrir sus necesidades más apremiantes y vivir modesta y honradamente, sobre todo en nuestro pueblo de

costumbres sencillas, en donde son relativamente pocas las exigencias. Para lo que es poco, es para satisfacer los gastos que demanda el vicio. Pues, la mayor parte de los obreros —y esto nadie me ha de negar— se consumen en licor, por lo menos, las tres cuartas partes de su salario escaso; y me consta que hay también quienes se hacen pagar adelantado, no con dinero para satisfacer sus necesidades más apremiantes, sino con vino y aguardiente para alimentar sus vicios! . . .

Hasta pudiera decirse que se les hace un bien con pagarles poco a estos tales, por miramiento al mal uso que hacen de su salario.

Con esto no quiero justificar la codicia y egoísmo de los que así abusan de la necesidad ajena para enriquecerse; antes bien, los condeno y digo que cometen una injusticia, que clama al cielo por venganza. Pero hemos de convenir en que el primer deber del obrero es dejar el vicio y hacerse apto para el trabajo. Así serán oídas sus quejas y sus derechos serán más fuertes.

V.—La quinta fuerza es la *fuerza religiosa*. Esta es la que dirige y gobierna a todas las demás, imprimiendo al trabajo un sello de virtud y de nobleza, que enaltecen al obrero, sancionando la santidad de sus derechos y la altura de sus destinos, que lo ponen a cubierta de todas las injusticias y lo defienden de todas las tiranías de un patrón egoísta y avaro, que sólo aspira a enriquecerse, sin reparar en la justicia de los medios.

La religión hace conocer al hombre su dignidad y establece la igualdad y fraternidad en todas las clases, condenando toda opresión injusta y anatematizando toda infidelidad de parte del obrero y del patrón.

Ella dirige la conciencia y el sentimiento moral; ella presta a la razón sus luces y constituye al hombre sobre el trono de la creación, para que gobierne el mundo y dirija sus destinos. Ella consuela al afligido y muestra el horizonte de la esperanza ante los ojos de los que gimen oprimidos bajo el peso de la miseria y de la desgracia: ella recoge sus lágrimas y derrama en sus heridas el bálsamo de la fe, de la caridad y del perdón. El que a ella se acoge nunca perece: el que en ella confía, nunca ve defraudadas sus esperanzas.

En sus secretos misterios, en sus Sacramentos vivificantes encuentra el hombre la fortaleza para la lucha, la abnegación para el trabajo y, lo que vale más que todo esto, la prenda segura de su inmortalidad.

Y a medida que crece la religión en el pueblo, crece también el bienestar de sus individuos; porque la religión que proscribe las injusticias, que cierra las puertas a todos los vicios, que son la peor plaga de toda prosperidad, y sanciona la caridad; resuelve con esto la cuestión social y abre la puerta a la felicidad, no aparente, sino real, no frívola, sino grande y elevada, como la santa elevación de sus dogmas y sus doctrinas.

Sólo con la religión se puede constituir la estabilidad y conseguir la prosperidad de los pueblos; sólo con ella se puede levantar una sociedad en decadencia. Sin ella, se trabaja en vano; porque sin religión no se forman hombres de conciencia, y sin hombres de conciencia jamás se constituye un hogar honrado ni se forma una nación culta, un pueblo civilizado. Un hombre sin conicencia y sin religión es juguete de los vicios y esclavo de las pasiones; y por el menor interés vende su honra y su alma, aunque más no sea que por un pedazo de pan duro . . . !

Y creédmelo vosotros, la mayor miseria que nos azota, no es precisamente la miseria del cuerpo, que se inicia por el hambre, aunque es mucha; sino más aún la miseria moral que sanciona el reinado de los vicios, e inspira y despierta los salvajes instintos, que asolan las ciudades, borran el sentimiento de la dignidad humana, paralizan la marcha del progreso y tienden el velo de la desgracia y de la vergüenza en todos los centros, en todos los hogares, en todas las clases!

. . . ¿Queréis mejorar el estado económico del país y de la clase obrera? Comenzad por inspirar al pueblo la moralidad en las costumbres, la religión en la conciencia y la probidad y la honradez en todos sus actos: tratad de formar, en una palabra, hombres probos y fuertes, fuertes de esas cinco maneras que digo, poniendo por base el sentimiento moral y religioso; entonces, y sólo entonces, mereceréis el nombre de *reformadores;* entonces vuestros esfuerzos serán fecundos y seguros los resultados de vuestra empresa reformadora.

De lo contrario, nadie creerá en vuestras promesas, nadie esperará de vuestros anhelos y el mundo se reirá de vuestra abnegación; pues, cansado está de oir tantas promesas que no se cumplen, tantas tentativas de reforma que no prosperan, tantas esperanzas lisonjeras que no maduran . . .

Para terminar, os citaré un caso, o mejor, un hecho de una reforma personal, realizada de este modo, y como éste pudiera citar muchos otros. Cuenta un Padre misionero de los nuestros que en una villa de Europa, a donde fué con el objeto de predicar una misión, se dió con un hombre, que era alcoholista: —había muchos, sin duda, pero éste, más que otro alguno, le llamó la atención—. Era el retrato acabado, de todos los que se entregan a este vicio, pobre, miserable, andrajoso, etc. . . . todo lo que se puede suponer.

A pesar de toda su desgracia, asistió con regularidad a toda la misión, aumentando visiblemente el interés cada día. Terminada la misión, se confesó, lloró y se propuso un nuevo plan de vida.

Pasaron dieciocho años. Un día que por casualidad, o mejor dicho, por disposición de Dios, pasaba nuevamente nuestro misionero por aquella Provincia, tuvo necesidad de detenerse allí por espacio de dos días. Y como a nadie conocía en aquel lugar —pues no había vuelto después de aquella misión y su morada era en otra nación distante—; se dirigió a una suntuosa vivienda que estaba más cercana. Apenas dió los "buenos días", con el acostumbrado "alabado sea Dios", sale un hombre distinguido y de aspecto venerable, que por todo saludo, se arroja a sus pies, los besa y riega con sus lágrimas . . . Era precisamente el hombre que antes he descripto. Luego que se mitigó la conmoción y se dió a conocer del Padre y dió gracias a Dios y a su buen misionero, llamó su numerosa y distinguida familia y se la presentó, suplicándole echara sobre ella su bendición.

En conclusión, el Padre le preguntó cómo había conseguido dominar el vicio y mejorar de condición; y él, con cristiana franqueza, respondió: "no hay duda que ha sido una gracia del cielo: es que yo era *hombre y era cristiano*, como hombre debía ser *fuerte, como cristiano era invencible:* me re-

solví, Dios me ayudó, y lo he realizado . . . Tal es el secreto de mi bienestar".

Este es el hecho.

Pues bien, señores, creo que yo hablo ahora a una multitud de *hombres* y *cristianos*, por añadidura, que aspiran a engrandecerse a sí mismos y a mejorar, en lo posible, el estado moral y económico del país, y es menester que lo demostréis con hechos. Que se forme una liga contra el vicio del alcohol, para perseguirlo en todas formas, hasta arrojarlo del seno de nuestro pueblo. Que todos se alisten, sin excepción, en esta cruzada libertadora y se comprometan, bajo "palabra de honor", que en boca de hombres cristianos equivale a un juramento, que se comprometan, digo, a no ceder un palmo a la pasión del vicio y a no doblarse por ruegos de ningún género . . . ¿Que vuestros amigos os violentan? . . . Pues, decidles, con energía y dignidad: "no es mi amigo quien me arroja a la miseria, al deshonor, a la vergüenza! . . . ¡no queráis profanar de este modo la amistad!

Así, y sólo así, nos levantaremos de la postración en que nos encontramos, y seremos grandes; sí, grandes de corazón y de alma, grandes con la grandeza de carácter, según el molde divino del Evangelio.

CATAMARCA Y SUS PROBLEMAS ECONOMICOS

Conferencia leída por su autor Fr. Luis Córdoba en el Círculo de la Prensa.

Señor Presidente:

Señores:

Más por condescendencia a las instancias de mis amigos y comprovincianos, que por razones de competencia, que poco o nada abonan en mi favor, voy a acupar esta tribuna para expresar, con sinceridad y sin pretensiones, algunas ideas y observaciones personales relacionadas con el estancamiento económico, en que, hace años, se debate nuestra amada Provincia —Catamarca—, que, si no podemos mejorar, debemos, cuando menos, condolernos de su situación y tratar de provocar una reacción estimulante, de parte de sus buenos hijos, capacitados por su posición social, por su situación ventajosa en los centros nacionales o por su talento superior, en que ha sido fecundo aquel suelo querido, de entre los muchos que ocupan un lugar destacado en el orden nacional y que como buenos catamarqueños, deben preocuparse del mejoramiento económico de nuestra Provincia, como los buenos hijos se preocupan del bienestar de la madre. Y si es verdad que las ideas gobiernan el mundo, creo que, si esos hombres superiores aportaran, cuando menos, algunas ideas salvadoras, no faltarían acaso medios adecuados y al-

más generosas y valientes que las recogiesen y llevasen a la práctica, con lo cual podría mejorar, siquiera en parte, el estado económico afligente de Catamarca y acaso también, por extensión o imitación, el de otras Provincias pobres, que tienen iguales o parecidos problemas que resolver.

Aportar ideas es también una forma de contribuir al engrandecimiento de la Patria común, cuando esas ideas tienen valor positivo y eficacia suficiente para resolver sus problemas y empujar a los pueblos por los caminos luminosos del progreso. Tal es el objeto nobilísimo y patriótico que persigue la "Asociación Catamarca", al propiciar estas conferencias culturales que tienen una triple finalidad: 1º, realizar obra cultural y de acercamiento entre los asociados, hijos de una misma Provincia; 2º, formar un centro fuerte de catamarqueños, residentes en la Capital Federal, dispuestos a trabajar por el bienestar de todos y cada uno, prestándose mutua ayuda; y 3º, procurar hacer algo bueno en favor de nuestra madre común, de nuestra "patria chica", que necesita de sus buenos hijos y tiene derecho a esperar su ayuda, como expresión de su amor y gratitud.

Y sin más preámbulos, entramos en materia.

I

La pobreza económica de Catamarca es proverbial, no se la discute: se la reconoce y lamenta, muchas veces, su extraño estancamiento, enfrente de otras o de la mayor parte de sus hermanas, que forman la Confederación Argentina y que nadan en la opulencia, hacen florecer sus industrias y llevan impreso, en el frontispicio de sus ciudades opulentas, en su edificación magnífica y hasta en sus parques y jardines y caminos públicos, el sello inconfundible de su prosperidad y de los progresos alcanzados por medio del trabajo y de la industria, en los diversos ramos de la producción y elaboración de sus productos... Señores: no basta conocer el mal para remediarlo. Es necesario, además, aplicar el remedio correspondiente, y aplicarlo oportunamente, con eficacia, con cariño y decisión.

Ante todo, cabe preguntar: ¿cuál es la causa generadora de este estancamiento económico de Catamarca? En el pasado, antes de entrar en la Confederación (y no es una queja, ni mucho menos, al sistema o forma de gobierno, que nos rige), cuando aún dependíamos de España, y aun bastantes años después, Catamarca no solamente vivía una vida económica desahogada, sino también en una relativa prosperidad, con sus productos propios y sus industrias locales: vino, aguardiente, que hasta el presente no tiene competidores, por su superioridad reconocida, trigo y maíz, suficientes para el consumo interno, tabaco, bueno y abundante, hasta para exportar, hacienda vacuna, caballar y mular, que exportaba a Chile, Bolivia y las Provincias del norte argentino. Industrias, limitadas pero eficaces, que elaboraban sus productos y la hacían bastarse a sí misma: tales como los tejidos, que aun hoy día no tienen competidores en ninguna parte, por su perfección y delicadeza, curtiembres, en donde se confeccionaban suelas, becerros, cordobanes, gamuza y demás artículos del ramo. Había —y yo mismo he conocidos algunos— en la ciudad y campaña: herreros, plateros, zapateros, talabarteros, albañiles, pirotécnicos, carpinteros, mineros, que trabajaban y explotaban diversas minas de hierro, de cobre, de estaño y hasta de plata y oro, y de las cuales hoy ya no queda más que el recuerdo. Se elaboraba en gran escala la pólvora, con que Catamarca contribuyó, en forma y cantidad no despreciables, a la guerra de la Independencia, en toda la campaña del norte argentino y del Alto Perú, además de contribuir con mulas, vacunos y dinero, sobre la contribución de hombres para la guerra. Catamarca, en esa época, se bastaba a sí misma y aun le sobraban recursos para mostrarse patriota y generosa y para exportar sus productos al extranjero.

¿Qué le ha ocurrido a nuestra Provincia, que de repente ha visto paralizado su comercio y cegadas sus principales fuentes de producción? Nada más que dos cosas: *imprevisión*, de parte suya, y *abandono*, de parte de las autoridades nacionales, que estaban obligadas, por compromisos contraídos y por solidaridad, a darle la mano, ponerla en pie de igualdad, en cuanto es posible, con las demás Provincias, o más ricas o más favorecidas por la naturaleza y por su posición geográfica,

como Buenos Aires, que, además de poseer tierras inmensas y feracísimas, se da la mano con todas las naciones del mundo, por sus puertos y por su mar; como Santa Fe, que tiene puerto y ferrocarriles y un suelo fertilísimo que produce el ciento por uno y puede sacar sus productos hacia todos los puntos cardinales, dentro y fuera de la República... En la fusión misma de las Provincias para formar un solo Estado, fuerte y grande, con una autoridad central, encargada de los intereses de todas y de hacer sentir su autoridad de mando y su palabra de orden y de recoger el tributo de todos los pequeños Estados de la Confederación, para formar con él el tesoro común de la Nación —lo que es muy razonable y justo—; pero que, desgraciadamente, las autoridades centrales se han olvidado, por regla general, de fomentar las industrias y explotar las fuentes de riqueza de cada uno de los Estados, haciendo de suerte que el uno no estorbe al otro ni perjudique el comercio y progreso de los demás; antes bien, que todos se ayuden, se completen y se estimulen en los diversos ramos de producción que le es peculiar a cada uno: es, a mi juicio, donde ha fallado el cálculo de nuestros políticos, si es que lo hubo, y en donde debe buscarse la explicación de este fenómeno, bien raro pero no único en el curso de nuestra historia. Igual cosa ocurre en las Provincias de La Rioja, de San Luis, Jujuy y tal vez en algunas otras.

La *imprevisión* la encuentro en el hecho de que nuestra Provincia no ha estado preparada para afrontar la situación o no se ha percatado de la transformación operada de golpe y porrazo en el orden político, primero, y en el orden económico después, con la nueva forma de vida, con los nuevos procedimientos industriales y los nuevos medios de transporte, los caminos de hierro (recuérdese que Catamarca ha sido la última Provincia favorecida con este factor poderoso del progreso), los instrumentos modernos de labranza, de producción y transformación de las materias primas, etc. ¿Cómo va a competir un arriero de mulas, que lleva penosamente una carga limitada, con el ferrocarril, que transporta millares de toneladas de todos los productos, desde un cabo al otro de la República, en una sola jornada de cuarenta horas, cuando nuestro arriero necesita quince días o más, para transportar un vigésimo de la carga

que lleva la locomotora? ¿Cómo va a competir el labrador, que ara con los pesados bueyes, y quizá con un pobre arado de madera, como lo hacen todavía los campesinos de algunas Provincias, y que apenas remueve una hectárea de tierra por día, con nuestras máquinas a motor, que roturan ochenta o cien hectáreas por día, y a la vez van derramando la semilla en el surco abierto y cubriéndolo al mismo tiempo?.. Y así podemos discurrir con respecto a todos los ramos de producción, que han dejado en inferioridad de condición a nuestras Provincias pobres, con el agravante de que ellas ni siquiera se han dado cuenta, para su mayor mal, de este cambio brusco de procedimientos y de rutas, ni han tenido quien les advierta y las proteja, o bien proporcionándoles los medios y recursos para ponerse a tono y poder marchar con la velocidad que lleva el progreso moderno, o cuando menos, buscar una forma nueva y eficaz para asegurar su bienestar, equilibrar sus finanzas, adaptándolas al nuevo orden de cosas y amortiguar, del mejor modo posible, el sacudón violento y ruinoso que produce fatalmente en los pueblos pobres y sin amparo, la transformación repentina, operada en el comercio y en la industria por los instrumentos productores y transformadores del progreso moderno.

El *abandono* consiste, a mi juicio, en el hecho de que las autoridades centrales, apoderadas de todos los resortes del comercio y de la industria, en todos los Estados Confederados, y encargadas, a la vez, de velar, dirigiendo y fomentando, la prosperidad y progreso de todos; debiendo llevar su ayuda, con preferencia a los más pobres, a fin de que no se queden rezagados y constituyan un "peso muerto" en el concierto armónico del progreso general de la Nación, se limitan, por regla general, a arrojarles, a título de "subsidio" o de limosna —que es lo mismo—, una mísera ayuda mensual, como para pagar las policías y dar a la Provincia una apariencia de "Estado soberano" y "autónomo"; subsidio que, sobre ser irrisorio por lo mezquino e ineficaz, es humillante y desdoroso para quien lo recibe, ¡con cargo de dar cuenta y agradecerlo!... Y lo más chocante del caso es que la Nación se incauta, como en tiempo de guerra, el cobro de los "impuestos internos", es decir, de todos los productos e industrias que constituyen la riqueza

pública y el fondo de crédito de todos los Estados. Y de eso, que es más de la Provincia que de la Nación, ésta le da, a título de "subsidio", una pequeña parte de lo recaudado por concepto de impuestos internos (!). ¿No sería más equitativo y justo, y hasta más conforme a la autonomía de las Provincias, que se deslindasen, de una vez por todas, los derechos provinciales y nacionales, y que cada Estado recaude por su cuenta y riesgo la parte que le corresponde en el cobro de sus derechos?... Y nada digo, aunque habría mucho que decir, de los impuestos confiscatorios, las multas exorbitantes y penas absurdas, inhumanas, que terminan generalmente en dramas de familia y destrucción de hogares, emanadas de los Poderes públicos y ejecutadas, sin piedad, por sus agentes y empleados de Impuestos Internos, contra las pequeñas industrias del tabaco y del aguardiente [1], sobre todo... Persecución inhumana y antipatriótica, porque primero es vivir que pagar impuestos, y éstos deben ser razonables y no confiscatorios del producto!... ¡Persecución, que es la causa próxima y decisiva, y la más común, del empobrecimiento y despoblación de Catamarca, y que sólo beneficia al comercio exterior, a los trusts, a los capitalistas sin escrúpulo y a las empresas extranjeras, que ya nos van absorbiendo y esclavizando por completo!...

---

[1] Hemos leido últimamente, en los diarios, la grata noticia de haberse presentado a las Cámaras Nacionales un proyecto de Ley de "ayuda a las Provincias pobres", en el que se propicia la disminución, en un 50 %, de los impuestos exorbitantes aplicados actualmente a las industrias del *tabaco* y del *aguardiente*. ¡Ojalá fuera verdad y realidad tanta belleza!... Era ya tiempo de que la realidad y el patriotismo abrieran los ojos a nuestros legisladores, en el sentido de favorecer y no matar las industrias que son verdaderamente "nuestras", beneficiando con ello sólo al comercio extranjero, que nos trae articulos inferiores y a más subidos precios. Sería ésta una medida patriótica y muy beneficiosa para las Provincias pobres, y en particular para Catamarca, que con "su aguardiente", tan sabroso y codiciado, y aplicando a este producto la mayor parte de la uva de sus viñedos, podría mejorar mucho su situación económica.

II

Ahora veamos cómo podría encararse y resolverse este problema, harto grave y complejo, de la pobreza económica de Catamarca. He leído últimamente algunos proyectos de ley, emanados de los hombres públicos que nos gobiernan, los que, con un criterio por demás simplista y pletórico de optimismo, nos aseguran estar con ellos resuelto el problema económico de Catamarca. Aplaudo, ciertamente, la patriótica preocupación que muestran las autoridades provinciales y aun nacionales por mejorar este estado de cosas, que se torna ya endémico y que ha arrojado ya, del suelo de Catamarca, a más de la mitad de sus habitantes por no poderlos sustentar y darles lo que tienen derecho a esperar en el seno de una nación rica y próspera, a la que han contribuído a formar y sostener, con su sangre, con su talento y sus actividades... Francamente, quisiera creer en la eficacia de esos proyectos tan optimistas y halagüeños, que dan por resuelto el problema económico de Catamarca y nos muestran un cielo estrellado y floreciente donde nuestras manos sólo palpan espinas de abrojo y de cardón, y nuestros ojos sólo descubren remolinos de polvo y arideces de desierto!... Dice un proyecto, que he leído con bastante desilusión, no obstante reconocer que contiene no poco de bueno y de factible, que la solución de todo el problema económico de Catamarca consistiría en la plantación y cultivo del olivo, con sus derivados de aceite, aceituna, etc., y en la plantación del nogal y del castaño... No niego que el suelo de Catamarca sea muy propicio para este género de cultivos; antes creo que sería una buena fuente de riqueza y una industria que podría traer el bienestar a toda una región, el Oeste de Catamarca especialmente, con tal, empero, y a condición de que se solucione primero y ante todo el problema del riego —¡ese sí que es el primer problema que hay que resolver, y es la clave para resolver todos los demás!—; pero juzgo ilusorio y hasta pueril el pensar que, con sólo ese renglón de industrias, pueda nuestra Provincia levantarse de su postración económica, aun suponiendo y dando de barato que en todo el suelo de Catamarca pudiese cultivarse en gran escala esa oleoginosa, lo que conceptúo que equivale a soñar despiertos...

Hay muchos productos que pueden cultivarse con ventaja en Catamarca: por ejemplo, el *algodón*, en todo el Valle de Catamarca y en los Departamentos del Oeste: Tinogasta, Belén, Santa María y Andalgalá; la *viña*, con sus derivados de vino, aguardiente (que es tan codiciado y requerido en todos los mercados de la República), la pasa de uva y de higo, el arrope y mermeladas, en las faldas de los cerros y aun en el Valle, en Pomán, Andalgalá, Tinogasta y otros. El *tabaco*, en Paclin y Ambato, en donde se produce el mejor de la República y se ha ensayado la plantación y cultivo del de Virginia (EE. UU.), y se ha producido de igual o mejor calidad que el original traído de aquel centro tabacalero de fama mundial. En los Departamentos del Este: El Alto, Santa Rosa, La Paz y Ancasti, que han sido antes grandes centros ganaderos, se pueden desarrollar, con un poco de industria y de constancia, la cría de ganado vacuno, caballar, mular, caprino y ovino (éste en las cumbres y altiplanicies) y aun la agricultura, aunque no en gran escala y sí sólo como subsidiario de las industrias mencionadas. Para estos Departamentos del Este, y como planta forrajera de primer orden, que no necesita riego y tiene aplicaciones diversas y muy valiosas en la economía doméstica, sería indicada la *tuna*, especialmente la "lisa" "sin espinas", plantada en gran escala y con un costo mínimo, ya que puede realizarla hasta un niño, creo que daría pingües resultados y evitaría las epidemias, que periódicamente diezman la cría de ganado, por falta de agua y de lluvias oportunas. Pero habría que enseñar su cultivo y aplicación a nuestros campesinos, tan rutinarios como indolentes. Se han hecho ya ensayos en el Departamento de La Paz, por iniciativa particular y con capital escaso, y ya se están palpando las utilidades. Creo que, si se cultivara en gran escala y con una buena dosis de inteligencia y de sentido práctico, sería la solución de muchos problemas económicos en aquella vasta región, en otrora floreciente y que hoy se ve cada día más despoblada de habitantes y sus campos incultos y abandonados, donde en tiempos no lejanos pacían miles y miles de vacunos, de mulas y yeguadas, que se exportaban a Chile, Bolivia y todo el norte argentino. Y todo ello, por faltarles el agua de riego y las lluvias, que son, en todas partes, la savia vivificante del progreso y el factor primero y más importante de la agricultura y la ganade-

ría. Y como complemento de esa industria ganadera, se podría establecer, con pingües y seguros beneficios para la empresa y para toda esa región, un gran establecimiento de *curtiembre*, aprovechando el abundante y rico *tanino* de *sebil* y de *quebracho*, que abundan sobremanera en toda esa región, y se beneficiaría con ello, no sólo a Catamarca, sino también a las Provincias circunvecinas, como Tucumán y Santiago del Estero. Pero falta en todo esto el calor oficial, el estímulo y las leyes de fomento, que deben venir desde arriba, y faltan los capitales y hasta los hombres capaces de una empresa, al menos en nuestra Provincia! . . .

Y concretando mi estudio al cultivo del *algodón*, tengo para mí que este ramo de la industria, cultivado con esmero e inteligencia, abriría para Catamarca una fuente de riqueza inapreciable, dado que el algodón es "planta nativa" de nuestro Valle y ha sido, en los principios de la Colonia, la fuente principal de su riqueza y bienestar. Así lo expresan reiteradamente y con un entusiasmo cada vez mayor, los Gobernadores del antiguo Tucumán, en sus *Informes* al Rey, abogando por la fundación de una Ciudad, grande y propulsora, en el valle de Catamarca. Así lo expresa el Gobernador de Tucumán, don Angel Peredo, en carta que escribe a la Corona de España, con fecha 29 de Marzo de 1671, al referirse al Valle de Catamarca, dice: "Hase poblado de poco tiempo a esta parte con número de más de 150 vecinos, que llevados del sebo de su *fertilidad* y *algodonales*, se han ido a vivir a él de diversas partes". Aún no se había fundado la Ciudad, que lo fué recién en 1683. Nótese lo que dice de la "fertilidad" de la tierra y que repiten sus sucesores en el Gobierno: —fertilidad que aún subsiste en la actualidad, a pesar del escaso riego que tienen esas tierras—. En la última Exposición de productos regionales, realizada en Catamarca, con ocasión de las fiestas jubilares de la Virgen del Valle, hemos contemplado con asombro y con orgullo, algunos de los productos agrícolas de nuestra tierra. Hemos visto *pomelos* de más de 800 gramos, peras de más de un kilogramo, manzanas como las mejores que se producen en Mendoza y Río Negro, cultivados en quintas de Choya (Establecimiento Carabuz), a un paso de la Ciudad, y en la región montañosa de Pomán y Tinogasta . .

El Gobernador de Tucumán, que sucede a Peredo, don José del Garro, con fecha 20 de Febrero de 1678, aconsejando el traslado de la Ciudad de Londres al Valle de Catamarca, dice al Rey: "Hay en este Valle duplicadas comodidades en la agricultura de sus chacras y estancias que tienen pobladas (los colonos), en contorno de tres leguas, y otras muchas tierras yermas; se sujetan todas al riego de *un río caudaloso del que proceden catorce bocatomas, que la más tenue equivale al sustento de una ciudad. Es la tierra fértil, y se dan todos los frutos de la Provincia* (*la Región del Tucumán*, quiere decir): trigo, maíz, viñas y *particularmente el algodón, de que se provee toda la Provincia*, por no darse en otra parte de ella; y aun pasa en pabilo al Perú, que es el principal trato (Comercio) de aquel Valle por lo considerable". Y el 10 de Junio del mismo año, informa al Rey sobre las conveniencias que hay en el Valle de Catamarca para poderse fundar una Ciudad populosa por la capacidad que tiene de tierras de pan llevar y *fertilísimas* (nótese el entusiasmo con que habla y repite lo referente a la fertilidad de la tierra): que produce todas las semillas y legumbres: maíz, trigo, *algodón*, viñas y árboles frutales, acequiadas de cuantiosas acequias, que se sacan de un *río caudaloso* (repite con harta frecuencia lo de *río caudaloso*, que, en aquellos buenos tiempos debía ser una verdad), que la riega y baña y saludables aires y temperamento . . ." Estas eran las Informaciones oficiales que mandaban al Rey de España sus Tenientes Gobernadores, propiciando y aconsejando la fundación de la ambulante Ciudad en el Valle de Catamarca. — Subrayo las palabras de *río caudaloso*, aplicadas al Río del Valle, *"del cual se sacan* —dice— *catorce tomas, la menor de las cuales basta para alimentar una ciudad"*. De lo que se infiere lógicamente que el escaso caudal de agua que lleva en la actualidad, no es igual ni parecido al que llevaba en esos tiempos. Por otra parte, es cosa bien sabida y comprobada que, con el andar del tiempo y de los siglos y por fenómenos diversos, y especialmente cuando la tierra es arenosa y asentada sobre cantos rodados, como lo es en nuestro caso, las corrientes cambian de ruta o se ocultan en las entrañas de la tierra, de donde es necesario extraerlas y obligarlas a aflorar nuevamente, me-

diante perforaciones inteligentes y pozos artesianos; [1] con lo cual, tengo la convicción, ya expresada en otras oportunidades, de que el problema económico de Catamarca ha de resolverse, en primer lugar y ante todo, con el auxilio de máquinas perforadoras y embalses en los ríos, que le den a nuestra tierra, de suyo fértil y exuberante, el riego conveniente para hacer de ella "la tierra de promisión", ¡el Edén del Norte argentino!

Llamo también vuestra atención sobre lo que dicen esos Informes Oficiales acerca del *algodón*. Efectivamente, el algodón, sobre ser planta nativa de aquella región, está suficientemente probado que, si no es el mejor del mundo (y ha obtenido "premios-campeón" en Congresos mundiales, como en Brasil y California), es ciertamente de los mejores que puede ofrecer la producción mundial. Su rendimiento es asombroso, en comparación de otros similares y su fibra es fina, sedosa y resistente como ninguna. La producción, en los Departamentos de Fray Mamerto Esquiú y Valle Viejo, es de 1.500 a 2.000 kilogramos por hectárea, y en 1940 se ha vendido a $ 1.010, 1.050 y 1.100 m|n. la tonelada de fibra, cuando el valor del algodón de primera se cotizaba en plaza a $ 950.— m|n. Es decir, que tenía el algodón de Catamarca una bonificación o premio de $ 50, 100 y 150 por tonelada sobre los mejores del país . . .

Lo que falta al respecto es el estímulo oficial y que nuestros gobiernos fomenten esta industria por demás productiva, y les ofrezcan mercados de venta segura y no eventual, sin lo cual no podrá sostenerse mucho tiempo ni prosperar. Y, sobre todo, que defiendan a los productores de los trusts y acaparadores, que son la roña y la destrucción de nuestras industrias incipientes y, por regla general, de escaso capital.

---

(1) Se han practicado últimamente perforaciones en Chacabuco (a 4 kilómetros de la Ciudad), en Valle Viejo, en la parte sud de la Ciudad, inmediato a la Estación del Ferrocarril, en Chumbicha y hasta en el pueblo de Esquiú (La Paz), y se ha encontrado agua rica y abundante, que da de 30 a 60 mil litros por hora, y en algunas partes, surgente: —lo que demuestra hasta la evidencia lo fundado de nuestra tesis y que tenían razón de sobra los Gobernadores que escribían sus Informes al Rey de España, al decir que el Río del Valle era "un Río caudaloso".

Necesitan también aquellos pequeños industriales, que están muy lejos de ser capitalistas, que el Gobierno les coloque en la región, una máquita desmotadora con sus galpones anexos y accesorios para conservar y guardar el producto hasta su venta. Máquinas que se pagarían con el cobro mismo del servicio prestado y aun dejarían un buen margen de utilidades al gobierno, además de lo que podría recaudar por concepto de impuestos a esa nueva industria. Pues, a falta de esas maquinarias, tienen los productores que enviar su algodón, pagando subidos fletes, desde Catamarca a Santiago del Estero, para hacerlo desmotar y ponerlo en condiciones de venta. Podría decir al respecto mucho más; pero me limito a dejar esbozados, en forma general, estos problemas, que ya están, en su mayor parte, resueltos *en teoría* y sólo falta el *motor oficial* o el hombre industrioso y con capital, que los traduzca en bella realidad y ponga en marcha la máquina rumorosa y floreciente del progreso.

Con los antecedentes que dejo esbozados, y dado el interés creciente que muestran hoy día nuestras autoridades nacionales y aun provinciales por encauzar el progreso de Catamarca hacia un porvenir más halagador, abrigo la esperanza de que nuestro Provincia, cuyos hijos se ven dispersos por todas las zonas de la República y aun fuera de ella, en busca de un porvenir menos penoso, ha de convertirse, dentro de pocos años, en una región floreciente, capaz de competir con las más adelantadas y prósperas del norte argentino.

Y nada digo de la riqueza minera, que sólo espera el golpe mágico y certero del pico y de la barreta para mostrar a propios y extraños, con el asombro consiguiente, que Catamarca, bajo la capa de una corteza tosca y bravía, ¡tiene entrañas de plata, músculo de acero y corazón de oro!. . .

OBRAS DEL MISMO AUTOR

Estudio Biográfico del Obispo Fray Nicolás Aldazor.

Estudio Biográfico de Fray Wenceslao Achával, Obispo de Cuyo.

El Padre Esquiú - Vida, Virtudes y Milagros del Siervo de Dios.

Fray Luis Beltrán - Prócer argentino.

Rasgos biográficos del R. P. Fray Juan B. Reinoso.

Corona Fúnebre del R. P. Fr. Jacinto Nieva.

Rasgos Biográficos del M. R. P. Fr. Bernardino Orellana.

Conferencia, Artículos y Documentos sobre el Convento y Escuela de S. Francisco de Catamarca.

Corona Fúnebre del Pbro. D. José Cornelio Alcorta.

Novena de la Virgen de Cuyo.

Fisonomía Moral del Padre Esquiú (conferencia).

Catamarca y sus problemas económicos.

El Alcoholismo como causa de la miseria en el orden económico.

Sermones y Discursos (en preparación).

IMP. TARONY
MEJICO 345
BUENOS AIRES